

ATILIO A. BORON



El sueño del marqués

Mario Vargas Llosa, una pluma al servicio del imperio





Atilio A. Boron



El sueño del marqués

Mario Vargas Llosa, una pluma al servicio del imperio



1.ª edición en UNDAV Ediciones – Ediciones del CCC -Centro Cultural de la Cooperación, 2021
1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021

El sueño del marqués. Mario Vargas Llosa, una pluma al servicio del imperio
© Atilio Boron

DISEÑO DE PORTADA
Alejo Brignole

DIAGRAMACIÓN
Julia Aibar

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2021
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela
Teléfonos: (0212) 485.0444/ 482.8989
www.monteavila.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal N° 2021001330
ISBN: 978-980-01-2242-6

Agradecimientos

Es un lugar común decir que todo libro —invariablemente— es, sépalo o no su autora o su autor, una empresa colectiva. En este caso, esa fórmula es más cierta que nunca porque, si bien soy responsable de la mayoría de los artículos que componen este libro, no lo soy de todos. De ahí mi agradecimiento a las colaboraciones prestadas por Renán Vega Cantor, Salvador López Arnal, Mariano Dorr, José Luis Méndez, Iván Padilla Bravo, Carlos Alberto Adrianzén, Fernando D'Addario, convencidos de la necesidad de hacer frente a la retórica cautivante pero engañosa del novelista peruano. Hago extensiva mi gratitud a la revista *Proceso*, de México, que autorizó la inclusión en esta obra de la magnífica entrevista que le hiciera al gran Roberto Fernández Retamar y la célebre carta de Haydée Santamaria a Vargas Llosa del 14 de mayo de 1971. Asimismo, a la revista *Caretas*, de Lima, por utilizar un breve extracto de la entrevista que el novelista le concediera a dicha publicación en mayo de 1971.

Pero aparte de los autores hay otra gente que hizo posible la aparición de este libro. En primer lugar, mi agradecimiento a las autoridades de la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV): el rector Jorge Calzoni y Rodolfo Hamawi, decano del Departamento de Humanidades y Artes y, muy especialmente, al director de la Colección Debates (UNDAV Ediciones), Carlos Zelarayán, por la infinita paciencia de la que hizo gala conteniendo la tradicional ansiedad del autor que desea —aunque sepa que tal cosa es imposible— que al día siguiente de haber terminado de escribirla su obra se encuentre impresa y ya en librerías. Prometo corregirme en el caso de futuros emprendimientos. Hago extensiva mi gratitud a Julia Aibar (UNDAV Ediciones), por su pulcro trabajo en el diseño del libro y a mi amigo Alejo Brignole que no solo es un notable escritor, sino también un talentoso diseñador gráfico, como lo prueba la estupenda portada de este libro.

De igual modo quiero manifestar mi agradecimiento al Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, ese importante faro de irradiación del pensamiento crítico en la Ciudad de Buenos Aires, y hacerlo en la persona de su director, Juan Carlos Junio, quien apoyó de inmediato la iniciativa

de mancomunar esfuerzos con la UNDAV para hacer posible la rápida publicación conjunta de esta obra y facilitar su difusión en el marco de la batalla cultural que es misión fundamental del CCC. Va de suyo que estas palabras de reconocimiento alcanzan a todo el personal del Departamento Editorial de esta institución, que contribuyó eficazmente a que este libro viera la luz en muy poco tiempo.

Por último, agradecer también a muchas personas —amigas, amigos, estudiantes, colegas, gente con la que me he cruzado en tantos eventos públicos dentro y fuera de la Argentina— con las cuales nos hemos pasado horas comentando la obra de Vargas Llosa y deplorando su ignominiosa involución política; compartiendo nuestra indignación ante su triste papel de panfletario mayor del imperio y lamentando el daño que sus envenenadas palabras producían en la conciencia pública de nuestros pueblos. Muchas de las ideas que he volcado en este libro fueron gestadas en esos centenares de encuentros, razón por la cual expreso con estas palabras finales mi sincero agradecimiento a tantos anónimos críticos que me enriquecieron con su sabiduría y, también, por el impulso que me dieron para que plasmara en mis notas algunas de sus lúcidas reflexiones.

Índice

Introducción	9
Narcogobernantes ejemplares.	
Reacciones ante el reciente escándalo	15
Vargas Llosa: elogio del narcogobierno	16
Vargas Llosa y su pretensión de legitimar el terrorismo de Estado en Colombia	23
Recensiones, prólogos y entrevistas	37
Entrevista a Atilio A. Boron sobre <i>El hechicero de la tribu (I)</i>	38
Entrevista a Atilio A. Boron sobre <i>El hechicero de la tribu (II)</i>	47
Recensión en Radar Libros	56
Recensión de José Luis Méndez sobre la edición cubana de <i>El hechicero de la tribu</i>	60
Recensión para “Todasdentro”, Caracas	65
Prólogo a la edición peruana	69
Breve prólogo a la edición brasileña	78
Capitalismo, democracia, populismo	83
Vargas Llosa y la democracia: breve historia de una relación infeliz	84
La derecha y su fábrica de mentir	91
La furia del hechicero y la venganza de Roger Casement	94
Las alucinaciones de Vargas Llosa	102
Fabulando sobre capitalismo y pobreza	107
Esa irresistible compulsión por mentir	110
Casos nacionales	113
Colombia. Dos varas para juzgar la vida política	114

Venezuela. Mentiras que matan	119
Cuba. Defensa y abominación de la Revolución Cubana	121
Chile. La implosión del modelo chileno	131
México. López Obrador es la “resurrección” del PRI, afirma Vargas Llosa	138
Bolivia. El mentiroso. Notas sobre Evo y Bolivia	140
Argentina. Vargas Llosa lamenta la victoria de Alberto Fernández	150
Uruguay. La reelección indefinida: vicio en el Sur, virtuosa en el Norte	154
Brasil. Lula entre rejas	157

Epílogo

La hipocresía democrática de un traidor	161
--	------------

Post scriptum	165
----------------------	------------



Introducción

Este libro recopila numerosos artículos que le he dedicado al pensamiento del novelista peruano a lo largo de varias décadas.¹ En cierto sentido, es lo que en el mundo anglosajón se llama un *companion volumen*, un texto que es complementario de otro, en este caso *El Hechicero de la Tribu, Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina*, con el objeto de situar los planteamientos realizados en esa obra aportando valiosos antecedentes acerca del proceso de conformación de las ideas y obsesiones del Nobel de Literatura. Pero hubo un acontecimiento que me motivó a organizar esta compilación: la escandalosa nota titulada “El ejemplo colombiano”, que el novelista publicara en el diario madrileño *El País* el 20 de febrero de 2021. Allí su autor traspasa todas las fronteras morales y exalta como modelos para las trajinadas democracias de la región las figuras de dos criminales como Álvaro Uribe Vélez e Iván Duque. Leí esa nota y me dije a mí mismo que no solo tenía que responderla (es la primera que contiene este libro) sino hacer algo más. El resultado ha sido este libro que ahora ofrezco a las y los lectores.

Vargas Llosa es un personaje excepcional porque a su maestría como escritor y novelista le agrega sus enormes dotes de propagandista de las peores causas del momento. Diría que el pensamiento conservador contemporáneo no tiene otro “intelectual público” de la talla del peruano, en ningún idioma; nadie como él que sea capaz de llegar con sus mentiras y

¹ Incluyo, también, algunas notas de terceros referidas a mi libro *El hechicero de la tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina* (AKAL, 2019) como recensiones, entrevistas o prólogos, así como unas pocas contribuciones de autores que también se han dedicado a desmenuzar el pensamiento del novelista peruano, como Roberto Fernández Retamar y Renán Vega Cantor.

falacias a millones de personas no solo en nuestra lengua sino en las principales del mundo. Para la burguesía imperial y sus mayordomos locales el autor de *Conversación en la Catedral* es una joya de incalculable valor: un tráfuga que en su juventud se plantaba en el extremo izquierdo del espectro político para, con el paso del tiempo, desplazarse velozmente hacia las antípodas, repudiar sus convicciones de entonces y terminar en la más profunda abyección convertido en un escriba y perro guardián de la derecha mundial.

Sabemos que no hay originalidad alguna —mucho menos, mérito— en este tránsito que lo coloca al servicio de ricos y poderosos. Vargas Llosa no ha sido el primero en recorrer este triste sendero, ni será el último. El capitalismo como sociedad tiene un déficit serio a la hora de generar intelectuales propios porque la defensa de un régimen como ese —opresor, explotador, racista, belicista, ecocida, patriarcal— es hartamente difícil y un intelectual convencional de derecha carece del *glamour* requerido para despertar la adhesión y, de ser posible, el entusiasmo de las masas. Los intelectuales conservadores son insípidos, insulsos y condenados a entonar himnos que hablan de un mundo que ya no existe. Deben presentar al capitalismo como un sistema justo, que premia el trabajo y el esfuerzo, que el progreso y el ascenso social están garantizados, que la pequeña propiedad será respetada y protegida y que la magia de los mercados hará que cada quien reciba la recompensa que le corresponde por su contribución al bienestar del todo social. Pero como bien lo anotara Daniel Bell, la ética protestante y el espíritu puritano fueron corroídos hasta sus propios cimientos por la pujanza del capitalismo norteamericano. Por eso, cuando a finales de los años setenta el colapso de la fase keynesiana dio inicio al auge neoconservador, no fue casual que la mayoría de sus intelectuales y publicistas fuesen gentes con un pasado de izquierda o, por lo menos, asociados a un liberalismo de tinte radical. Varios de ellos fueron activos militantes del trotskismo de los años treinta, como el propio Bell, Seymour M. Lipset, Nathan Glazer e Irving Kristol, que fue un antiguo dirigente juvenil de esa agrupación.²

² Examiné en detalle este tema en “La crisis norteamericana y la racionalidad neoconservadora”, un texto de inicios de 1981 y contenido en la antología de mi obra titulada *Atilio Boron. Bitácora de un navegante. Teoría política y dialéctica de la historia latinoamericana* (Buenos Aires: CLACSO, 2020).

La defensa del capitalismo es muchísimo más persuasiva cuando quienes se encargan de esa tarea son “arrepentidos”, personas que veían en esa sociedad todo tipo de males pero que la historia, el movimiento de lo real, les demostró cuán equivocados estaban y corrigieron a tiempo su marcha. Por eso la palabra de un converso, o un renegado, como Vargas Llosa, es mucho más efectiva que el soporífero sermón de un publicista conservador.

Esta sed insaciable de reclutar intelectuales otrora críticos es un fenómeno universal y permanente de las sociedades capitalistas. En el caso español, hay una larga lista de ilustres nombres de la izquierda que abandonaron sus críticas a la sociedad burguesa y, sin llegar a los extremos de los *neocons* norteamericanos, se embarcaron sin mayores recelos ni escrúpulos de conciencia en proyectos políticos en donde la premisa fundamental era que “no había alternativas al capitalismo” (como con tanto énfasis lo manifestara Margaret Thatcher) y que había que resignarse a aceptar el veredicto de la historia. En España, este proceso tuvo como protagonistas a gentes como Ramón Tamames, Enrique Curiel, Jordi Solé Tura, Jorge Semprún, Ludolfo Paramio, Jordi Borja y muchos más. En la Argentina el grupo de brillantes marxistas entre los que sobresalen Oscar del Barco, José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Héctor Schmucler (empujados hacia la senda que remataba en el posibilismo de la “democracia capitalista” por su previa expulsión del PC) y tantísimos otros que no viene al caso enumerar, también abandonaron sus viejas convicciones y se dejaron llevar por el desencanto y la resignación. Pero, corresponde decirlo, ninguno de ellos cayó en los extremos en que lo hicieron sus homólogos españoles. Sí lo hizo, en Colombia, Plinio Apuleyo Mendoza, que de ser uno de los fundadores de *Prensa Latina*, con el paso de los años se convertiría en uno de los más ardientes defensores del neoliberalismo, acompañando en su cruzada restauradora a su amigo Mario Vargas Llosa.

La historia de los conversos en América latina es todavía una asignatura pendiente y no es mi intención —ni tendría la capacidad— asumir dicha tarea en este momento. Basta con recordar, para retornar a Europa, la trayectoria de aquellos desafiantes maoístas franceses de mayo del 68, que luego pusieron fin a sus afanes convertidos en inofensivos “nuevos filósofos” y dóciles apóstoles de la derecha. O los casos de Arthur Koetsler, Ignazio Silone y George Orwell, fervorosos militantes comunistas que, en su desilusión, se convirtieron en furibundos anti-comunistas. El clásico libro de Isaac Deutscher ofrece un vívido retrato de este proceso, al igual que

el texto de don Alfonso Sastre, *La batalla de los intelectuales* que, publicado por CLACSO en la Argentina, tuve el honor de prologar. A ellos remito a mis lectores/as. No puedo dejar de señalar, sin embargo, que durante la redacción de *El hechicero de la tribu* no tuve más remedio que abordar sucintamente este tema para situar la degradante involución política de Vargas Llosa en un contexto más amplio.³

No exagero un ápice si digo que el novelista ha sido algo así como una sombra a lo largo de mi larga vida y con la cual, al modo de Alfonso Sastre, he venido imaginariamente discutiendo de modo cada vez más encarnizado a partir de la década de los años setenta. Antes disfruté y mucho de la lectura de *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y la deslumbrante *Conversación en la Catedral*. Compraba esos libros y literalmente me los devoraba. Tanto era el influjo que ejercía sobre mi persona que en algún momento llegué a preguntarme si en lugar de estudiar la árida e insulsa sociología norteamericana que enseñaban en Buenos Aires a comienzos de la década de los años sesenta no debía mandar todo eso al diablo y dedicarme a escribir, “como Vargas Llosa”. Notaba en aquellas obras un alado espíritu crítico, la materialización —valga el retruécano— del espíritu de Ariel que daba pie a una incisiva mirada sobre diversas facetas de la sociedad burguesa, la oligarquía, los militares, la iglesia y, si bien no tan explícitamente, del imperialismo. Además, sus posturas en defensa de Cuba hacían que me acercara ávidamente a sus escritos, aunque luego de 1971 noté en él que se abría una grieta, una hendidura que separaba cada vez más el espíritu rebelde y contestatario que impregnaba muchas de sus novelas del comentarista de los sucesos contemporáneos, cada vez más encerrado dentro de los moldes del pensamiento dominante. Esta bifurcación en su sendero intelectual me produjo una profunda decepción, que el paso del tiempo y a medida que sus planteamientos eran cada vez más conservadores y acomodaticios, la convirtió en cólera, ira, bronca. Estado de ánimo que sigue hasta el día de hoy, cuando me cuesta explicar cómo una persona que, en *Tiempos recios*, describe con tanta minuciosidad la conspiración del gobierno de Estados Unidos para destruir al único intento de construir la democracia en Guatemala puede, simultáneamente, disparar dardos en-

³ Alfonso Sastre, *La batalla de los intelectuales. O nuevo discurso de las armas y las letras* (Buenos Aires: CLACSO, 2005); Isaac Deutscher, *Herejes y renegados* (Barcelona: Ariel, 1970).

venenados contra cualquier gobierno que en la región intente replicar el experimento de Juan J. Arévalo y Jacobo Arbenz.

¿Cómo explicar tamaña esquizofrenia? Solo su psicoanalista podría ofrecernos algunas pistas, y está claro que en caso que el novelista lo tuviera ninguno ha salido a hablar del tema. Pero aun cuando no pueda explicar este lamentable desdoblamiento de su personalidad —y descarto las hipótesis simplistas que aseguran que al escritor “lo compró la derecha y por eso cambió”, porque su desertión se produjo antes de que un torrente de dinero y honores recompensaran su defección— sí me siento con pleno derecho a cuestionarla y denunciarla por el tremendo daño que hace a la conciencia pública. Esto porque, a diferencia de tantos otros reaccionarios, que no conocen cómo funcionan el imperio y sus aparatos de dominio, Vargas Llosa sabe perfectamente bien cómo operan la CIA y todas las agencias encargadas de preservar el control de Estados Unidos sobre esta parte del mundo. Y pese a eso, toma partido por quienes, en la mayoría de sus novelas, son los enemigos y verdugos de sus entrañables protagonistas, como Roger Casement, en *El sueño del Celta*; o Alejandro Mayta, en *Historia de Mayta*; o Urania Cabral en *La fiesta del Chivo*, o Antonio Vicente Mendes Maciel, el “Consejero” de los pobres en *la guerra del fin del mundo*. Esquizofrenia rampante que lo lleva a expresar su satisfacción por la actitud digna y ejemplar del Rey de España (¡sí, ese monarca corrupto, fugitivo de la justicia española!) en la Cumbre de las Américas de 2007 cuando le espetó a Chávez (caracterizado como “espadón”, “soldadote”, “sátrapa”) el famoso “¡por qué no te callas!”.⁴ En otra pieza para su ignominia calificó a Cristina Fernández como “un desastre total” al paso que exaltaba la mediocre figura de Mariano Rajoy, definía a Silvio Berlusconi como “un caudillo democrático sin el autoritarismo de Mussolini” y a Nicolás Sarkozy (hoy en la cárcel, por corrupto) como un “personaje carismático”.⁵ Ejemplos tan escandalosos como estos se multiplican a lo largo del último medio siglo.

Según el Diccionario de la Real Academia Española uno de los componentes de la “alevosía” es “actuar sobre seguro”, como hace el novelista amparado por jefes de Estado y monarcas, por la plutocracia que está

⁴ “El Comandante y el Rey”, *El País* (Madrid), 18 de noviembre de 2007.

⁵ “Vargas Llosa: Cristina Kirchner es un desastre total”, *La Nación* (Buenos Aires) 20 marzo 2009.



hundiendo al planeta en una crisis que podría ser terminal, por el “saber convencional” y los oligopolios mediáticos que reproducen sus patrañas y sus infamias a escala universal. Un hombre, además, que rehúye el debate de ideas y que solo conversa con interlocutores amigables. Y, sobre todo, un escritor que puso su embriagante prosa al servicio de los intereses y las fuerzas sociales dispuestas a sacrificar a la propia humanidad con tal de preservar sus privilegios y la intangibilidad de sus fortunas.

Narcogobernantes ejemplares

Reacciones ante el reciente escándalo

A continuación, una serie de artículos en respuesta a la provocación de Vargas Llosa en su nota enaltecendo a dos narcogobernantes colombianos.



Vargas Llosa: elogio del narcogobierno

Atilio A. Boron

Decepcionado con el “modelo chileno” del cual fue un obstinado propagandista durante más de treinta años, el novelista hispano-peruano acaba de publicar el pasado domingo un artículo que completa el proceso de descomposición moral de su pensamiento político. Huérfano de referentes ejemplares a los cuales señalar en la región, en su desgraciada intervención no se le ocurre nada mejor que exaltar a los narcogobernantes colombianos Álvaro Uribe e Iván Duque como ejemplos que los demás países de América latina deberían emular.¹

Las afirmaciones que desgrana en ese artículo son una mezcla de mentiras y disparates que exceden a las que ya nos tiene acostumbrados. Es más, un fiscal celoso podría llegar a considerarlas como apología del delito, dado que el narcotráfico está así tipificado en casi todos los países. Se nota que los años no pasan en vano y las tendencias al desvarío del escritor se tornan incontrolables, especialmente cuando voltea su mirada sobre Venezuela y sus adyacencias. Digo esto porque lo que origina su nota del domingo fue la promesa de Iván Duque de regularizar la situación de los inmigrantes venezolanos radicados en Colombia.

Esta iniciativa merece ser aplaudida, y ojalá que se convierta en realidad. Pese a una incertidumbre que llama a la cautela, el solo anuncio de Duque desató la desbocada respuesta del peruano que escribió nada menos que “ningún otro (país) ha sido más libre, civil y democrático en ese mismo período” que Colombia. Se refiere a la etapa inaugurada con el Bogotazo, en 1948, y que llega hasta la actualidad. Con la furia y la ceguera propia de los conversos asegura que mientras las guerrillas mataban, secuestraban y perpetraban toda clase de atentados terroristas “la Colombia ‘civilizada’ [énfasis

¹ “El ejemplo colombiano”, *El País* (Madrid) 20 de febrero 2021, disponible en <https://elpais.com/opinion/2021-02-20/el-ejemplo-colombiano.html>

en el original] tenía una vida política democrática, con libertad de prensa y elecciones limpias, salvo el pequeño período de la dictadura militar de Rojas Pinilla, entre 1953 y 1957”. La consecuencia de un clima político y social tan favorable, acota Vargas Llosa, no fue otra que facilitar las actividades del empresariado colombiano, que “ha hecho progresar al país a unos niveles que envidia el resto de América latina”. Al otorgársele al casi millón de migrantes venezolanos sus documentos de identidad podrán “acceder a puestos de trabajo, así como a la seguridad social y a la educación en las instituciones colombianas”. Esto será posible debido a que supuestamente la población local no da abasto para satisfacer la demanda de mano de obra que existe en Colombia y que los que no consiguen trabajo saben que su bienestar está asegurado por la amplia cobertura de la seguridad social existente en el país y la extensión de su sistema de educación gratuita en todos los niveles. Sin embargo, los datos de la realidad no avalan las demenciales ocurrencias del autor de *La casa verde*. En efecto, según datos oficiales la tasa de desempleo nacional entre septiembre y noviembre de 2020 fue de 14,6 por ciento, aumentando 4,8 puntos porcentuales respecto del mismo trimestre de 2019.² Difícil que bajo estas condiciones los migrantes venezolanos encuentren el paraíso laboral que les promete Vargas Llosa. Por otra parte, la seguridad social es una planta exótica en Colombia que solo una minoría puede disfrutar, y la educación pública, sobre todo la universitaria, está fuera del alcance de las grandes mayorías nacionales. De hecho, el alumnado universitario está predominantemente matriculado en instituciones privadas y las universidades públicas no son gratuitas, aunque los aranceles varían según los casos y la condición social del alumno.

Al elogiar la actitud de Duque hacia los migrantes, el novelista destila su ponzoña en contra de quien por largos años fuera su ídolo, Sebastián Piñera, y resalta la diferencia entre la actitud del presidente colombiano y “la del gobierno de Chile que acaba de expulsar a muchos venezolanos”. Nadie puede asegurar que la promesa de Duque de regularizar la situación de los migrantes venezolanos será concretada. Pero Vargas Llosa tiene una memoria selectiva y soslaya mencionar un ejemplo notable que no puede ignorar: la legalización de la situación de unos cuatro millones de residentes invisibilizados en Venezuela, buena parte de los cuales eran colombianos.

² https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech/bol_empleo_nov_20.pdf.

Esas personas carecían de documentos de identidad, vivían en los cerros en calles sin nombres y ranchitos sin número, y gracias a Hugo Chávez se convirtieron en ciudadanas y ciudadanos de Venezuela. Ese masivo proceso se llamó la “cedulación”, y luego fue completado con un gigantesco programa de construcción de viviendas populares, la extensión de los servicios de salud por todo el país (Programa Barrio Adentro) y un enorme impulso a la educación. Ninguna de estas tres cosas figura en la agenda de Iván Duque. Mentiroso impenitente, Vargas Llosa oculta lo que conoce, porque el objetivo de sus notas de opinión no es esclarecer e informar al público sino mentir, difamar a las personas y procesos que repudia y apoyar a sus “amiguetes” conservadores en la región o fuera de ella. O, para usar el lenguaje que él también usa, aupar a sus “hijos putativos” en América latina, que son más de los que quisiéramos. Solo que ahora están en decadencia. Por eso exhorta a los gobernantes del Grupo de Lima para que imiten a Duque, que hagan lo que este dice que quiere hacer: “legalizar la presencia de las decenas de miles (o millones) de venezolanos que han llegado a sus playas... esos exiliados podrían encontrar trabajo legal, acudir a la sanidad y sus hijos acceder a la escuela pública, que ahora les está vedada”.

¿Podrían, de verdad? Basta una mirada superficial a los indicadores sociales de Colombia para comprobar que tal cosa es prácticamente imposible, porque los ya mencionados índices de desempleo en Colombia, sumados a la desocupación encubierta, y la histórica desatención de la salud y la educación públicas, frustrarán sin duda las rosadas aspiraciones del novelista. Una rotunda desmentida de las prédicas de Vargas Llosa lo brinda un reciente informe oficial de las Naciones Unidas, con base en cifras oficiales del gobierno colombiano en donde se asegura que hay en el país unos ocho millones de personas desplazadas de sus lugares habituales de residencia a causa de la violencia del paramilitarismo, el narcotráfico, la apropiación de tierras y el conflicto armado. Colombia es el país con el mayor número de desplazados del mundo: 7.816.500 personas al final del 2018, seguramente a causa de la prosperidad y democracia que tanto ha alabado el novelista. ¿Podrá garantizar para los migrantes venezolanos lo que ha demostrado ser incapaz de hacer con su propia ciudadanía?³

³ <https://news.un.org/es/story/2019/06/1458001>

El homenaje que le rinde a la “Colombia civilizada” solo puede caracterizarse como una alucinación, un delirio que arroja un manto de ocultamiento sobre la brutal violación de los derechos humanos en ese país. Un informe reciente de la Defensoría del Pueblo, un órgano del Estado colombiano, señala que “753 líderes sociales fueron asesinados entre 2016 y 2020” (573 durante la gestión presidencial de Duque) y que aparte “existen otras 4281 víctimas de otras formas de violencia en Colombia”.⁴ ¿Éste es el gobierno que Vargas Llosa propone nada menos que como “modelo a imitar” en América latina y el Caribe? ¿Está el novelista en su sano juicio? ¿Se puede llamar “democracia” o proponer como un ideal a emular un régimen de represión y violencia como el colombiano, que ha sembrado de fosas comunes todo el territorio y que perpetró, bajo Uribe, el crimen de los “falsos positivos”: humildes campesinos analfabetos y desempleados que eran reclutados por el Ejército, disfrazados luego como insurgentes de la FARC o el ELN y aniquilados a mansalva para ser presentados ante la prensa como prueba de la eficacia de la lucha antiguerrillera en Colombia, mientras sus familiares los buscaban con desesperación. ¿Es ese el modelo a imitar?

Una misión del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH), comprobó que “la defensa de los derechos humanos en Colombia continúa siendo una actividad de alto riesgo. En 2020, se conoció de 133 casos de homicidios de personas defensoras de derechos humanos”.⁵ ¿Puede un intelectual público como él, tan atento a las vicisitudes que atribulan a América latina, ignorar algo que cualquier medio de comunicación ha venido informando regularmente?

Suficiente con el tema de la violencia y la represión. Examinemos por último los vínculos con el narcotráfico del tan admirado Álvaro Uribe, supuesta víctima de la campaña de desprestigio de la omnipotente izquierda latinoamericana. Un documento del Departamento de Defensa de Estados Unidos, inicialmente elaborado en septiembre de 1991, desclasificado en 2004 y filtrado a la prensa poco después, tenía por objeto lo que exhibimos a continuación:

⁴ <https://www.infobae.com/america/colombia/2021/02/20/defensoria-del-pueblo-revelo-que-753-lideres-sociales-fueron-asesinados-entre-2016-y-2020/>

⁵ “Informe sobre la Situación de los derechos humanos en Colombia”: publicación A/HRC/46/76, p. 4.

UNCLASSIFIED
SUMMARY: (U) THIS REPORT PROVIDES INFORMATION ON THE MORE IMPORTANT COLOMBIAN NARCO-TRAFFICKERS CONTRACTED BY THE CARTELS FOR SECURITY, TRANSPORTATION, DISTRIBUTION' COLLECTION AND ENFORCEMENT OF NARCOTICS OPERATIONS IN BOTH THE US AND COLOMBIA. THESE INDIVIDUALS ARE ALSO CONTRACTED AS "HIT MEN" FOR ASSASSINATIONS BY THE CARTEL LEADERS.

Traducción:

Este informe suministra información sobre los narcotraficantes colombianos más importantes contratados por los cárteles para su seguridad, transporte, distribución, colección y ejecución de operaciones de narcóticos en Estados Unidos y Colombia. Estos individuos son también contratados como “sicarios” por los líderes de los cárteles para perpetrar asesinatos.

En el número 82 de esa lista, al final de la página 10, figura Álvaro Uribe Vélez, que los redactores lo caracterizan de esta manera:

Político colombiano y senador, dedicado a la colaboración con el cártel de Medellín a los más altos niveles gubernamentales. Uribe está involucrado en negocios del narcotráfico en Estados Unidos. Su padre fue asesinado en Colombia por su conexión con los narcotraficantes. Uribe ha trabajado para el cártel de Medellín y es un estrecho amigo personal de Pablo Escobar Gaviria. Participó en la campaña política de Escobar para acceder a una posición de parlamentario suplente de Jorge Ortega. Uribe ha sido uno de los políticos que desde el Senado ha atacado todas las formas de un Tratado de Extradición (pp. 10 y 11).⁶

Obviamente que a partir del descubrimiento de estos vínculos de Uribe con el narcotráfico el gobierno de Estados Unidos observó con atención la progresión de su carrera política y en el momento oportuno algún funcionario de la CIA estacionado en Bogotá se apersonó a él y le dijo algo que imaginamos habrá sido más o menos así: “¡*Hello*, Álvaro. Bienvenido a

⁶ El documento está depositado junto a otros archivos desclasificados en la George Washington University, localizada en Washington, DC. Si es que no fue removido se encuentra en <https://nsarchive2.gwu.edu//NSAEBB/NSAEBB131/dia910923.pdf>

la compañía! ¡Ahora trabajas para nosotros! Puedes negarte si quieres, pero en tal caso terminarás pudriéndote en una cárcel de máxima seguridad por el resto de tu vida”. La lambisconería de Uribe para con la Casa Blanca, y la de sus sucesores, todos cómplices del narco colombiano, hay que entenderla a partir de esta realidad. No solo porque son oligarcas y reaccionarios. Es gente que carga con un tremendo prontuario sobre sus hombros y deben obedecer sin chistar lo que ordena el gobierno de Estados Unidos. Si éste les dice que ataquen a Chávez o a Maduro lo hacen; si les pide que organicen un concierto/invasión a Venezuela desde Cúcuta lo hacen; si les ordenan que sus tropas penetren en territorio ecuatoriano en Sucumbíos y arrasen con un campamento guerrillero lo hacen; si les piden destruyan a la Unasur acatan la orden sin chistar. No tienen opción, porque saben que están en “libertad condicional” que el amo del Norte puede interrumpir en cualquier momento y encerrarlos en un calabozo por el resto de sus días. Narcogobernantes con tales prontuarios son presas fáciles de cualquier extorsión que decida la Casa Blanca.

¿Solo Uribe? No. En marzo del año pasado la Agencia EFE informaba sobre “la tormenta que empezó a formarse sobre el presidente colombiano, Iván Duque, y su mentor, el senador Álvaro Uribe, por una supuesta compra de votos en 2018 con la ayuda de un presunto testaferro de narcotraficantes”, José Guillermo Hernández, alias el “Ñeñe”.⁷ Y el diario en el que Vargas Llosa publica sus brulotes, *El País*, informaba en su edición del 11 de marzo de 2020 que

el narcotraficante y testaferro, fue asesinado en mayo de 2019 en Brasil y el propio expresidente y actual senador Álvaro Uribe manifestó en un trino que “causa mucho dolor el asesinato de José Guillermo Hernández, asesinado en un atraco en Brasil donde asistía a una feria ganadera”. El homicidio sucedió en medio de una *vendetta* entre narcotraficantes, según las pesquisas. (...) Desde hacía unos meses, igualmente, en redes circulaban múltiples fotos del presidente Duque, senadores y altos dirigentes del partido Centro Democrático, fundado por Uribe y principal plataforma del actual Gobierno, con el Ñeñe.⁸

⁷ Cf. <https://www.efe.com/efe/america/politica/nuevo-escandalo-remueve-los-vinculos-de-la-politica-colombiana-con-el-narcotrafico/20000035-4195719>

⁸ Cf. *El País* (Madrid), 11 de marzo del 2020.

Estos delincuentes son los que Vargas Llosa, en su descomposición moral, propone como modelos para Nuestra América. Es el remate lógico de su defensa a ultranza del capitalismo y del neoliberalismo; de la protección de los intereses de sus compinches como el híper corrupto rey emérito Juan Carlos o el mentiroso serial José María Aznar y gran parte de la burguesía española y latinoamericana. Mentir y mentir hasta el fin, confiando en que algo quedará en la conciencia de sus lectores. Se equivoca, y debe ser amargo reconocerlo; desesperante también tener que aferrarse en medio del naufragio de sus proyectos políticos a dos bandidos como Álvaro Uribe e Iván Duque. Como apasionado lector de sus novelas, pletórica de personajes queribles y admirables, siento lástima por aquel joven inconformista de San Marcos y la célula Cahuide del Partido Comunista peruano que el ultraje irreparable de los años —por cierto no para todos— convirtieron en un bárbaro adalid de la derecha, incluyendo a sus más desprestigiados narcogobernantes.

Vergüenza debería sentir por proponer tamaño desatino, movido por su odio visceral, incandescente contra quienes luchan por una sociedad mejor basada en el humanismo, la solidaridad, la felicidad colectiva.

Vargas Llosa y su pretensión de legitimar el terrorismo de Estado en Colombia

“No se mencione a Chocano en una reunión de hombres y mujeres decentes. No se puede ni se debe tocar ni con el verbo a un sujeto que posee la inmunidad del excremento”.

José María Vargas Vila,
refiriéndose al poeta peruano José Santos Chocano

Renán Vega Cantor¹



Es el escritor de la extrema derecha mundial, apologista de golpes de Estado, invasiones, asesinatos, caracterizado por su acendrado racismo, cultor del libre mercado, adorador de los poderosos, con un rancio título de marqués de la putrefacta monarquía española, defensor de la brutal conquista y saqueo de lo que hoy se llama América, un blancuzco de estirpe oligárquica que odia a los indígenas, a los negros, a los mestizos y a los pobres, un defensor incondicional de la opresión, la explotación, la desigualdad y la injusticia, un delincuente que evade impuestos en paraísos fiscales y que aparece en *Los papeles de Panamá*. Ese individuo, cuyo nombre es Mario Vargas Llosa, ha vuelto a poner su pluma de escritor bien pagado al servicio del régimen criminal imperante en Colombia. En ese libelo que es *El País* de España ha escrito un artículo con el título de “El ejemplo colombiano”. Esta vergonzosa apología amerita algunos comentarios, indispensables para determinar el nivel de cinismo y capacidad de mentir que puede tener el mencionado marqués, una de las mascotas de la

¹ Publicado originalmente en *Mal Salvaje* <https://malsalvaje.com/2021/03/01/vargas-llosa-y-su-pretension-de-legitimar-el-terrorismo-de-estado-en-colombia/>

pretendida nobleza de España —encarnada en los corruptos borbones— cuando habla del vicepresidente Duque y de su amo Uribe, el marqués funge como escritor y bufón del Duque y su corte.



Duque condecora a Vargas Llosa con la Cruz de Boyacá, para devolverle el favor por el apoyo electoral

Es una sociedad de elogios mutuos, entre el marqués Vargas Llosa y el Duque de esa inmaculada casta del Ubérrimo, la que se ha instaurado en los últimos años. Los elogios mutuos empiezan en plena campaña presidencial de 2018, cuando el marqués Vargas Llosa dictamina, con la arrogancia y la soberbia de quien se cree un predestinado del libre mercado, qué es lo bueno y lo malo para nuestro país y continente. En esa campaña señaló: “Quisiera hacer público mi apoyo entusiasta a la candidatura de Iván Duque. Estoy seguro de que con él serán reforzadas la democracia y la libertad para Colombia y para toda América latina” y criticó a Gustavo Petro, de quien dijo “es un demagogo peligroso [...] que puede empujar a Colombia cada vez más hacia soluciones de tipo colectivista y estatista, es decir, a un populismo que abriría una muy riesgosa vía para el futuro colombiano”. *Esta disertación de sabiondo neoliberal no merece muchos comentarios. Esta postura del marqués no sorprende porque Vargas Llosa respalda a todo aquel que defienda el neoliberalismo de sus amores, sin que importe qué tipo de criminales están detrás de esos candidatos, como lo hemos podido comprobar en el apoyo irrestricto del escritor a la extrema derecha a lo largo y ancho de nuestra América y el mundo entero.*

Poco después, y luego de que Duque fuera escogido en una elección fraudulenta —que contó con el apoyo de narcos, traquetos y paramilitares de la costa atlántica, en lo que se denomina en forma benigna “ñeñepolitica”— el ungido le devolvió el favor. Ya en la presidencia, Iván Duque le concedió al marqués Vargas Llosa la Orden de Boyacá, la máxi-

ma condecoración que entrega el Estado colombiano y que cada vez se desprestigia más puesto que se la han entregado a personajes que legitiman el terrorismo de Estado, como aconteció recientemente con la entrega a Plinio Apuleyo Mendoza, individuo que siempre resalta su amistad con Gabriel García Márquez, con un amplio prontuario de apoyo a militares y paramilitares comprometidos en crímenes de lesa humanidad.

Cuando Vargas Llosa recibió la condecoración, participó en la II Edición del Foro Diálogos de Innovación para la Democracia, en donde compartió tribuna con ese gran pensador y literato que es Álvaro Uribe Vélez y donde, por supuesto, el escritor repitió su consabida cantinela contra aquellos que se oponen al neoliberalismo y a la extrema derecha.



Dios los cría y la infamia los junta: Mario Vargas Llosa y Álvaro Uribe Vélez.
En el medio Luis Guillermo Echeverry, el censor del régimen de Duque.

Un poco después, la perla de la lambonería se la llevo el marqués Vargas Llosa al prologar un “libro” de Iván Duque que porta el título *El humanismo importa*. Esta compilación reúne las columnas que Duque escribió en *Portafolio* (el pasquín económico de *El Tiempo*, propiedad de Luis Carlos Sarmiento Angulo). En ese prólogo, Vargas Llosa dice, sin sonrojarse:

Estas columnas, publicadas entre 2009 y 2013, cuando todavía no era presidente de Colombia, permiten conocer mejor a Iván Duque. Lo que más destaca en ellas es su *vocación humanista* y global, su curiosidad e interés por el desarrollo en todos los ámbitos, incluyendo el cultural y el científico, su *respeto por los derechos del individuo* y su *convicción de que las artes y lo que llama las “industrias creativas” pueden ser no solo una carta de presentación de su país y de América latina ante el mundo, sino también una gran fuente de prosperidad* (énfasis nuestro).

Resulta llamativo que Vargas Llosa exalte la “cultura general” de Iván Duque, cuyo acervo literario cuenta con los *Siete enanitos* como obra de cabecera. Y claro que Duque es un gran humanista, frente al cual los humanistas de todos los tiempos le quedan en pañales (tipo Bartolomé de las Casas, Erasmo de Rotterdam, Bertrand Russel, Noam Chomsky) no solo por sus ideales, sino, sobre todo, por sus grandes realizaciones, de las que pueden recordarse algunas que enaltecen a la humanidad: dar la orden de bombardear un campamento donde se sabía que se encontraban niños y niñas, y masacrar a dieciocho de ellos; exaltar la muerte a cada rato, poniéndole precio a la cabeza de los que considera sus enemigos, en lo que prosigue la senda del gamonal del Ubérrimo, su amo local; escupir sobre la memoria de los trece colombianos masacrados por la policía en Bogotá y Soacha el 9 y 10 de septiembre de 2020, cuando visitó a los policías asesinos y se vistió con una de sus prendas, para respaldar a quienes a mansalva mataron a humildes habitantes de la capital de Colombia; reunirse con el títere Juan Guaidó en Cúcuta, luego de que este fuera llevado a territorio colombiano por el grupo paramilitar Los Rastrojos, responsable de miles de crímenes de campesinos y trabajadores en Colombia. ¡Estas son unas pocas muestras del gran humanismo de Iván Duque, que tanto alaba el marqués Mario Vargas Llosa!

Al margen de esos detalles secundarios, que no pueden manchar una hoja pulcra al servicio de los poderosos de Colombia, Vargas Llosa nos dice que Duque es un excelso pensador que impulsa la “industria de la creatividad”, y por eso se codea con pensadores tan notables como Maluma, ese poeta urbano que, según un gobernador de Antioquia, uribista para más señas, es superior a Jorge Luis Borges. Y para recalcar la genialidad de Duque, que tanto asombra a Vargas Llosa, citemos su última ocurrencia, cuando para demostrar qué es la economía naranja compara un vaso de naranja y un vaso de agua:

Esta es una industria tradicional —dice Duque— ahí la ves, el agua totalmente transparente. Y aquí tienes la creatividad, el talento y la cultura (toma el vaso con jugo de naranja). En la construcción del sector privado cada vez más va a necesitar de esto. En la medida en que tú le agregas más creatividad estás cambiando el contenido, la densidad, el sabor. Yo creo que hoy más que nunca, el mensaje de cómo la creatividad y la cultura agrega valor aún en las industrias que se ven más convencionales es fundamental.

Tal profundidad y rigor analítico supera con creces a los mejores economistas de todos los tiempos, incluyendo a Adam Smith, David Ricardo y J. M. Keynes. Por ello, tanta inteligencia ameritaba un prólogo del escritor, quien no podía dejar de alabar al autor que considera a los *Siete enanitos* como lo mejor de la literatura mundial de todos los tiempos, algo con lo que está de acuerdo el escritor peruano por aquello que Colombia es un país de hadas por su inigualable democracia, libertad y legalidad.



En esta sarta de elogios mutuos entre el marqués y el Duque, al final no interesa quién se desprestigia más, en una época en la que ha desaparecido cualquier atisbo de autoestima y decoro, y cuando no importa hacer el ridículo, todo en aras de beneficiar al capitalismo realmente existente, al que sirven los dos personajes en cuestión.

Xenofobia y odio a los venezolanos

El objetivo central del artículo de Vargas Llosa radica en resaltar la supesta gran acción del gobierno de Iván Duque al adoptar un Estatuto Temporal de Protección para los Migrantes venezolanos. Aterricemos esa noticia en el contexto de la política de bloqueo económico contra Venezuela, impulsada activamente desde Colombia. Esa política genocida, promovida por Estados Unidos, la Unión Europea, el Grupo de Lima y el gobierno de Duque, ha significado el desangre de la economía venezolana a unos niveles sin precedentes, si tenemos en cuenta que se le han robado a Venezuela miles de millones de dólares y se le ha embargado su empresa

² Fuente: <https://blogs.eltiempo.com/la-corte-de-macumba/2018/11/13/ivan-duque-los-7-enanitos/>

Citgo, que cuenta con tres refinerías y una red de diez mil gasolineras en territorio estadounidense. Los dineros provenientes de esa empresa se le ha entregado a un delincuente y golpista, Juan Guaidó, reconocido dizque como presidente encargado de Venezuela por esa mafia que es la autodenominada “Comunidad Internacional”. Este hecho central que es soslayado por Vargas Llosa, como si no existiera, es la razón fundamental que explica el desangre de la economía venezolana, y la hiperinflación subsecuente, en una planificada acción desestabilizadora para destruir un país —como lo reconocen diversos documentos producidos por los gobiernos de Estados Unidos— y a lo cual se ha sumado Colombia. Esta es la fuerza principal que ha expulsado a miles de venezolanos de su país, incluyendo a muchos colombianos o hijos de colombianos que vivían en ese país, donde, hay que recordárselo a Vargas Llosa, fueron acogidos más de seis millones de colombianos en las últimas décadas que huían del terrorismo de Estado, un hecho que ni es mencionado por el plumífero neoliberal.

Si el régimen de Duque es altamente responsable del éxodo de venezolanos, debe asumir la consecuencia de su política criminal de “cerco diplomático” y de apoyo a mercenarios, paramilitares y golpistas. Adicionalmente, esa acogida es una medida demagógica para intentar congraciarse con el gobierno de Joe Biden, el amo imperial, ante el cual siempre son incondicionales los lamebotas como Iván Duque, que pretende canalizar grandes sumas de dinero a nombre de los venezolanos, que añora que le suministren los Estados Unidos o la Unión Europea, para dilapidarlos en forma corrupta como suele suceder en Colombia con este tipo de “ayudas”.

Esa medida no augura nada bueno para el grueso de migrantes venezolanos, por lo que se ha visto en años recientes. Las cifras son elocuentes: apenas el 2 por ciento de los venezolanos que están en Colombia puede satisfacer sus necesidades básicas y la de sus familias; el 84 por ciento de los venezolanos no consigue ni alimentación adecuada, ni alojamiento, ni vestuario para vivir dignamente; en Colombia se asesina a tres venezolanos por día... Por lo demás, las imágenes de las inhumanas condiciones en las que viven los venezolanos, y millones de colombianos, no son, precisamente, muestra de un trato humanitario, y nada indica que las cosas vayan a mejorar en el futuro inmediato con el supuesto plan de integración, en un país que nunca recibe población, sino que antes por el contrario la expulsa a granel, mediante la violencia estatal y paraestatal.

Para darse cuenta del “amor” de Iván Duque por los venezolanos es bueno recordar su postura xenófoba y discriminatoria de diciembre del año anterior, cuando afirmó que a esos migrantes no se les brindaría la vacuna, con el grandioso argumento de que se trataba de evitar “que todo el mundo cruce la frontera para pedir que lo vacunen”. Delirante afirmación, si se tiene en cuenta que a estas alturas ha llegado a Colombia la fabulosa cifra de 50 mil vacunas que alcanzan para inmunizar al 0.05 por ciento de colombianos.



El “ejemplar” trato que en Colombia se les da a los migrantes venezolanos. Y de eso es lo que presume el régimen de Iván Duque.³



Vargas Llosa y la “democracia asesina” a la colombiana

Vargas Llosa sostiene en el artículo de marras que

el caso de Colombia es muy curioso. Ningún país latinoamericano ha padecido tantas guerras civiles y, sin embargo, con la misma seguridad puede decirse que *ningún otro ha sido más libre, civil y democrático en ese mismo período* [recalca que] *la clase empresarial colombiana, muy moderna, ha hecho progresar al país a unos niveles que envidia el resto de América latina (énfasis nuestro).*

Incluso llega a decir una estupidez que produce risa: “Colombia tuvo en el siglo XIX destacados gramáticos y filólogos, gracias a los cuales el español que se enseña en sus colegios es de primer orden y los colombianos suelen jactarse por ello de hablar el mejor castellano de Iberoamérica.

Cuando el marqués Vargas Llosa viene a darnos a los colombianos lecciones sobre lo que supuestamente es este paraíso democrático en el que vivimos, deben recordársele algunas de las grandiosas contribuciones que

³ Fuente: https://caracol.com.co/emisora/2020/06/15/bucaramanga/1592177044_572830.html

el Estado y las clases dominantes de este país le han hecho a la historia universal de la infamia, y que demuestran hasta dónde llega la civilidad y libertad que se respira realmente en esta fosa común a cielo abierto que se denomina Colombia:

El país del mundo donde más se asesinan dirigentes sindicales, con una cifra de 3200 desde 1986. Al respecto dice la OIT, en un dato actualizado, que entre enero de 2019 y marzo de 2020 fueron asesinados 14 líderes sindicales, uno fue desaparecido, 198 fueron amenazados de muerte, un dirigente agrario fue asesinado y varios dirigentes sindicales fueron espionados y seguidos por el Ejército.

El país del mundo donde más se asesinan ambientalistas, y luego de varios años de oscilar entre el segundo y cuarto lugar, el año anterior Colombia se colocó a la cabeza del asesinato de ecologistas, con una cifra de 64 personas.

La democracia criminal donde está en marcha un nuevo genocidio contra los excombatientes de las Farc, 250 de los cuales han sido asesinados desde la firma del acuerdo, en 2016, sin contar a los familiares que también han sido masacrados. Uno de los asesinados, Dimar Torres, fue torturado por miembros del Ejército.

En esta democracia ejemplar se masacran líderes sociales y comunitarios de manera cotidiana. Aquí se asesina el 54 por ciento de los defensores de Derechos Humanos que se matan en todo el mundo. En 2020 se asesinaron 309 líderes sociales, casi uno por día en diversos lugares de la geografía colombiana.

En esta democracia genocida existe un lugar que se llama Buenaventura (vaya nombre tan mentiroso, como la pretendida democracia colombiana), el principal puerto nacional, en el Pacífico, donde a la gente la matan y la destrozan con motosierra y sus pedazos los lanzan al mar. Esta ciudad de medio millón de habitantes, en su mayor parte afrodescendientes, es la capital del horror en Colombia, hasta el punto de que hace unos años la BBC describía la situación así: «Esta es la ciudad de “las casas de pique”, donde bandas criminales de origen paramilitar, dedicadas a la extorsión y el narcotráfico, descuartizan vivas a muchas de sus víctimas antes de arrojar los pedazos al agua». Y eso no es cosa del pasado, ahora mismo, mientras que el escritor, que se hospeda en hoteles de cinco estrellas y viaja en avión en primera clase, exalta la democracia colombiana y hace apología de sus criminales de Estado, sobrevienen las masacres de los indefensos

pobladores, hundidos en la abismal pobreza, en medio de la riqueza del moderno puerto, manejado por capital transnacional.

En esta eficiente “democracia neoliberal” vemos cómo Colombia se ha convertido en el tercer peor país en el manejo de la pandemia de coronavirus, con una cifra de 60 mil muertos, mal contados, y con un ridículo programa de “vacunación masiva” que al ritmo actual requiere de 38 años para inocular a toda la población nacional.

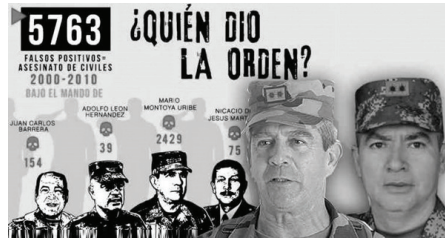
En la democracia ejemplar de Vargas Llosa suceden hechos que avergüenzan a la humanidad, como la masacre del Salado, en la costa atlántica, de la cual se han cumplido 21 años este mes de febrero. En esa localidad, los paramilitares, con el respaldo del Ejército, masacraron a más de un centenar de personas, con un nivel de sadismo difícil de igualar. El escritor Ricardo Silva Romero dice sobre este hecho: “cadáveres torturados, descabezados, empalados, como si no hubieran tenido nunca nombres ni apellidos” y en una “cancha de piedra [...] los verdugos jugaron fútbol con las cabezas de las víctimas, celebraron cada ejecución con tambores y gaitas y acordeones, y dejaron que los cerdos de la plaza hicieran lo que les diera la gana con los muertos”. Una cifra indeterminada de personas fue asesinada; algunos señalan que la cifra puede llegar a 300, y sus restos fueron botados en La Escombrera, un basurero, donde se encuentran más de diez mil huesos humanos. Esa es otra maravilla de la democracia ejemplar que tanto alaba el marqués escritor Mario Vargas Llosa, y sobre lo cual, para hablar de literatura, el escritor Pablo Montoya ha publicado recientemente la novela *La sombra de Orión*. Este autor señala: “hoy sabemos que lo terrible no fue solo la operación militar, la violación de derechos humanos que cometieron esas fuerzas militares, ilegales y legales, lo terrible fue también la desaparición forzada que vino después”.

Y para terminar este breve recuento de unos pocos ejemplos de las sólidas bases de la “democracia colombiana” mencionemos el hecho más criminalmente notable de terrorismo estatal, los asesinatos de civiles indefensos, masacrados a mansalva y conocidos de manera eufemística como “falsos positivos”. Esos asesinatos permanentes del Ejército colombiano desde hace décadas se acentuaron durante el gobierno del personaje que tanto admira Vargas Llosa, como lo acaba de revelar un informe de la JEP (y de lo que hablaremos más adelante).





Solamente decir que, según ese registro, conservador todavía, entre 2002 y 2008 fueron asesinados 6402 colombianos por las fuerzas estatales, es decir, tres por día. Y fueron asesinados por una orden emanada del Ministerio de Defensa (sic) que puso precio a la cabeza de los muertos, con recompensas, premios, dinero y ascensos a los militares que fueran más efectivos en cumplir las órdenes macabras y en medir los resultados, muy al estilo estadounidense, en *body counts* y en litros de sangre. En esa lógica se atraía mediante engaño a humildes jóvenes —algunos de ellos con limitaciones físicas y mentales— a ciertas zonas de Colombia, donde se les uniformaba con atuendos militares que usan los guerrilleros y luego a sangre fría se les asesinaba y se reportaba que el Ejército en forma heroica había dado de baja en combate a unos terroristas. Y el responsable de ese genocidio presidió el país entre 2002 y 2010, un individuo admirado por Vargas Llosa del que dice que ha defendido “siempre la libertad y la legalidad, en las que cree [...] y muchos colombianos lo respetan y admiran lo que ha hecho por su país”. Este mismo personaje, hoy expresidiario, dijo en su momento para justificar los asesinatos que los muertos eran delincuentes que habían sido dados de baja en combate y “de seguro esos muchachos no estaban recogiendo café”. Para comparar las cifras del horror de esta “genuina democracia”, que tanto alaba el escritor, digamos que la dictadura de Pinochet durante 17 años asesinó y desapareció a unas 3000 personas, mientras que los asesinatos estatales dejaron, solo por cuenta de los mal llamados “falsos positivos”, más del doble de muertos en un lapso de seis años. De modo que la democracia colombiana, una verdadera ficción no literaria, es más criminal que la ominosa dictadura de Pinochet, otro personaje que entrelíneas admira Vargas Llosa, por aquello de su apoyo al libre mercado.



El falso positivo de Vargas Llosa

El marqués Vargas Llosa hace en su artículo una afirmación que solo puede hacer alguien aislado de todo principio de realidad, un analfabeto político o un apologista del crimen. Como nuestro europeo nacido en Arequipa no es nada de las dos primeras cosas, termina siendo un apologista del crimen y del terrorismo de Estado. Y tan devaluadas quedan sus afirmaciones, que en este caso fueron desmentidas por las revelaciones de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) que no descubrieron nada nuevo, sobre el asesinato de 6402 colombianos por las fuerzas armadas durante la presidencia del innombrable e incluso el mismo periódico donde Vargas Llosa publicó su columna escribió un editorial el lunes 22 de febrero con el título “Uribe debe responder”. En su artículo de marras, Vargas Llosa dice, reiteremos la cita:

Uribe es otra de las *víctimas* [sic] de una campaña de desprestigio de la extrema izquierda que lo ha perseguido desde que estaba en el poder; pero él, *respetando siempre la libertad* [¡!] *y la legalidad* [¡!] (...) se ha defendido bien y muchos colombianos lo respetan y admiran lo que ha hecho por su país.

Pues resulta que horas después de la “sabia y oportuna” defensa que Vargas Llosa, sin vergüenza alguna, hace de un individuo que una serie digital denomina el Matarife, los críticos de extrema izquierda engrosaron sus filas con dos nuevos miembros. El primero es la ONG *Human Rights Watch* y su director de la División de las Américas, José Miguel Vivanco, que criticó al régimen de Uribe por su política criminal de los falsos positivos. La respuesta de Uribe no podía ser más cómica cuando le dijo a Vivanco: “Ya que usted es militante de Farc no debería dar apariencia de defensor de derechos humanos”. Como puede verse el ex presidiario del Ubérrimo coincide con su defensor de oficio, el marqués Vargas Llosa, en

calificar a todo el que lo critica de ser de extrema izquierda, incluyendo ahora a una ONG proimperialista, al servicio de Estados Unidos, y patrocinada por George Soros, uno de los teóricos de la “sociedad abierta”, que frecuentemente exalta Vargas Llosa y de la que tanto se ha lucrado.



El segundo, la sorpresa mayor para Vargas Llosa y Uribe, *El País*, el periódico imperial-global al servicio de las peores causas de la desinformación —por algo uno de sus columnistas estrellas es Mario Vargas Llosa— de la noche a la mañana resultó ser aliado y vocero de los “terroristas” y de la extrema izquierda, porque horas después de divulgar el artículo del marqués (que había aparecido en la edición del 20 de febrero), y cuando todavía estaba fresca su tinta, publicó un editorial con el llamativo título “Uribe debe responder”, en donde concluye que la JEP

al demostrar con cifras que el mayor número de *falsos positivos* ocurrió entre 2002 y 2008 deja claro que Uribe guarda gran parte de la verdad sobre estos episodios. El conflicto, que se cerró después de más de cinco décadas, seguirá dejando heridas abiertas mientras haya, como en el caso del expresidente, quienes se niegan a afrontar sus responsabilidades.

¡Increíble!, entre el momento en que Vargas Llosa terminaba su panegírico sobre Duque y Uribe, y lo enviaba a imprenta, *El País* se le volvió “terrorista”, de extrema izquierda, castro-chavista y de las Farc!

Esto demuestra que el marqués es ciego, sordo y mudo porque nunca ha querido ver —su posición de clase y su pensamiento reaccionario se lo impiden— las toneladas de información que existen en Colombia y en el mundo sobre los crímenes del expresidente y expresidiario. Pero esto dice

mucho sobre la personalidad de Vargas Llosa, proclive a aplaudir a cuanto criminal sea necesario, por el solo hecho de que sea un incondicional defensor del neoliberalismo. Y cuando Vargas Llosa dice que las denuncias sobre los crímenes del Ubérrimo proceden de enemigos de la extrema izquierda que quieren enlodar la intachable hoja de servicio de un individuo que, según él, tanto le ha servido a Colombia, está escupiendo también sobre la memoria de los miles de colombianos que han sido asesinados por el terrorismo de Estado y está justificando dichos crímenes. En este caso, el escritor se convierte en un apologista del crimen y eso se basa en la ignorancia de lo que sucede en Colombia, sociedad a la que pretende entender con unos esquemas prefabricados de manual neoliberal para pontificar sobre lo divino y lo humano y venir a enseñarnos a los que sobrevivimos en este malhadado país, asediado por el terrorismo de Estado y las falacias de una pretendida civilidad y legalidad que solo existe en el papel, sobre las supuestas grandezas de esta democracia y de los prósperos empresarios que se enriquecen a costa del sufrimiento de la mayoría de la población. En este caso sí que puede aplicársele a Vargas Llosa la advertencia de George Bernard Shaw: “Cuidado con el falso conocimiento, es más peligroso que la ignorancia”.



Recensiones, prólogos y entrevistas



Entrevista a Atilio A. Boron sobre *El hechicero de la tribu (I)*

Salvador López Arnal¹

“Vargas Llosa sigue siendo un gran escritor.

Otra es la opinión que nos merecen sus ensayos u opiniones políticas”

Atilio Boron (Buenos Aires, 1 de julio de 1943) es una de las figuras más relevantes de las ciencias sociales en América latina. Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Harvard, es profesor consulto de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe de dicha Universidad, de la cual fue vicerrector entre 1990 y 1994. Ha sido investigador Superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y director del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, de Buenos Aires, en cuyo canal de televisión digital conduce el programa de entrevistas llamado “Palabras Latinoamericanas” Actualmente es director del Ciclo de Complementación Curricular de Historia de América Latina del Departamento de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Avellaneda. Columnista en diversos medios,² también ha sido secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) de 1997 a 2006. Entre sus reconocimientos cabe mencionar el Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada de Casa de las Américas (2004), por su libro *Imperio e Imperialismo*, y el Premio Internacional José Martí por su contribución a la unidad de integración de los países de América latina y

¹ Entrevista en *Rebelión*: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=256511>, 29 Mayo 2019.

² *Página/12*, www.rebelion.org, *La Jornada*, Telesur.

el Caribe otorgado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) en 2009. En España se ha publicado su *Estado, capitalismo y democracia en América latina* (Ediciones Hiru) y, por la misma casa editorial, su *América latina en la geopolítica del imperialismo*, libro que en 2012 fuera galardonado con el Premio Libertador al Pensamiento Crítico. Con una presencia muy activa en la militancia cibernética puede seguirse el avance de sus investigaciones y sus comentarios sobre la realidad argentina e internacional en diferentes soportes.³

Su último libro publicado (Ediciones Akal, Madrid, 2019) lleva por título *El hechicero de la tribu. Mario Varas Llosa y el liberalismo en América Latina*. En él centramos esta entrevista.

Mi enhorabuena por su último libro. ¿El hechicero de la tribu es una deconstrucción del pensamiento político del Premio Nobel peruano, sin entrar en su obra literaria?

Sí. He sido durante largos años profesor de Filosofía Política y en su libro, *La llamada de la Tribu*, Vargas Llosa incursiona ampliamente en esa temática en donde se demuestra, de modo categórico, que no es precisamente allí donde se siente como “un pez en el agua”, parafraseando uno de los títulos de su extensa producción. No es un terreno en donde el novelista transite con familiaridad. Lo suyo, evidentemente, es la ficción y si bien es un agudo observador de la realidad, las complejidades de la filosofía política requieren de una formación especial de la que obviamente carece. Pero la persuasión que ejerce una escritura bella y seductora disimula, para el aficionado, las profundas lagunas en que se empantana su pensamiento cuando comienza a discurrir sobre filosofía política. Por eso mi lectura sobre su libro se realiza desde esta perspectiva. No podría ser otra porque no soy un especialista en crítica literaria, aunque sí un lector muy familiarizado con la obra de Vargas Llosa. He disfrutado de varias de sus novelas —no todas de igual calidad, como ocurre con cualquier escritor— y me han disgustado sus ensayos sobre la actualidad social o política, o cada vez que escucho sus diatribas contra los gobiernos de izquierda, progresistas,

³ Sitio web atilioboron.wordpress.com, página de Facebook: Atilio Boron, en Twitter en @atilioboron y en Instagram.

revolucionarios o populistas, todo los cuales logran sacar de él, según mi parecer, sus peores resentimientos y sus odios más viscerales.

¿Cómo consigue este “hechicero de la tribu” hechizar a sus lectores? ¿Con la magia de sus palabras, con la belleza de su prosa, con la buena argumentación que acompaña a sus posiciones, análisis y propuestas?

Algo fue dicho más arriba. Sin duda que Vargas Llosa (VLI) es un escritor que cautiva a sus lectores y que maneja con maestría ese arte perverso de “decir mentiras que parezcan verdades”, según él lo ha dicho y escrito en reiteradas oportunidades. Y, además, combina muy hábilmente la ficción con el ensayo, lo que muchas veces induce a sus lectoras y lectores a dar crédito como si fuera real lo que no es sino una ficcionalización o, si se quiere, una fantasía del escritor. En un ensayo académico eso es un error imperdonable, a la vez que fácilmente detectable, pero en un libro como *La llamada de la tribu* las tergiversaciones y mentiras que el escritor introduce, mientras cita autores de la talla de Adam Smith o Karl Popper, solo pueden ser advertidas por un lector muy avisado. Uno de los tantísimos ejemplos que surgen cuando, en respuesta a esta entrevista, abro al azar su libro y encuentro en la página 147 que dice, textualmente que “el autor de *El Capital* fue un secreto defensor de la sociedad abierta”. Entonces: ¿fue Marx un insólito predecesor de un reaccionario como Popper? No, de ninguna manera. Claro que Marx defendía una sociedad abierta, pero lo que VLI escamotea al lector es que ésta solo sería posible en el comunismo, es decir, en una sociedad sin clases, pero jamás en el capitalismo. Ese “pequeño detalle” desaparece en el sereno flujo narrativo del peruano, e introduce una gigantesca falsificación en el pensamiento de Marx.

En el subtítulo “Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América latina” habla usted de liberalismo y no de neoliberalismo. ¿Alguna diferencia entre estas dos categorías? ¿Cómo deberíamos entender a lo largo de su libro el término “liberalismo”?

En efecto, hablo solo al pasar y en ocasiones muy puntuales del neoliberalismo porque creo que este no es sino la re-encarnación de los principios fundamentales del liberalismo clásico, solo que en clave mucho más reaccionaria. El liberalismo de John Locke y los Federalistas de Estados Unidos —estamos hablando de finales del siglo XVII y todo el XVIII— te-

nía ciertos componentes valiosos como la libertad de expresión, la defensa frente a la opresión política de las monarquías o las dictaduras, la libertad de asociación, etcétera, que en su versión contemporánea —luego de que las masas populares conquistaran la democracia doblegando la resistencia de la burguesía y sus aliados— fueron dejados de lado o redefinidos en un sentido retrógrado. Ahí está, y es solo un ejemplo, toda la producción de los teóricos de la Comisión Trilateral (Samuel P. Huntington, Michel Crozier, Jōji Watanuki, etcétera) que en los años setenta del siglo pasado lanzaron un demoledor ataque en contra de los “excesos democráticos”, la participación popular y contra la libertad de asociación al satanizar el poderío de los sindicatos y organizaciones de base. El liberalismo, como lo vengo afirmando durante más de cuarenta años, jamás propició ni defendió argumentalmente la democracia, y en su versión “neo” esta tendencia no ha hecho sino acentuarse porque si en su versión original no tenía que enfrentarse a los desafíos de la democracia, hoy asume una postura retrógrada, abiertamente contraria a ella, y que el prefijo “neo” no alcanza a disimular. Friedrich von Hayek y Milton Friedman elogiaron públicamente a un feroz dictador como Augusto Pinochet, para colmo un ladrón de siete suelas. Y permanecieron indiferentes ante la cancelación de las libertades exaltadas por Locke y sus seguidores en tierras americanas. Por otra parte es preciso reconocer que la “magia” del nuevo vocablo, “neoliberalismo”, ha obrado el milagro de transformar al arcaico y desprestigiado liberalismo que condujo a tantas inequidades, miserias y guerras desde su implantación en algo embellecido con el ropaje de lo fresco y novedoso; o con la insinuación de que estamos en presencia de una recreación positiva y juvenil de una filosofía económica y social como el liberalismo, plasmada en la segunda mitad del siglo XVIII, que consagraba la supervivencia de los más aptos y el imperio del egoísmo universal como criterio fundante de una buena sociedad. Es precisamente por este engaño del término “neoliberalismo” que aparto de mi mirada los fuegos artificiales de la propaganda burguesa y concentro mi análisis en su matriz teórica fundamental, el liberalismo a secas.

¿Observa usted alguna diferencia esencial entre el liberalismo en América latina y el liberalismo en otros territorios o continentes? Por ejemplo, con el liberalismo norteamericano o con el liberalismo de algunas fuerzas políticas europeas, como Macron, Ciudadanos o el Partido Liberal alemán.

Sí, en el siguiente sentido: la aplicación de las políticas del liberalismo en América latina y el Caribe ha sido más brutal, totalmente desprovista de algunas salvaguardas de derechos individuales e inclusive sociales que en Europa se heredaron del “cuarto de siglo de oro” del keynesianismo (1948-1973) y que aún con dificultades han sobrevivido al ataque sufrido desde los ochenta en contra del Estado de Bienestar, teniendo en cuenta que éste tuvo una presencia poco más que embrionaria en Estados Unidos. En el Sur global, y especialmente en Nuestra América, el liberalismo mata sin piedad, produce un holocausto social de enormes proporciones ante la indiferencia de sus agentes históricos, de los Estados burgueses de la región, de la prensa canalla que envilece y embrutece a la población y también de los gobiernos de Estados Unidos y Europa, que abandonaron por completo la tradición de la Ilustración y que apelan a los derechos humanos solo para hostigar a gobiernos indóciles ante las órdenes del Calígula que habita la Casa Blanca. En Europa, y mucho menos en Estados Unidos, el liberalismo tiene que conservar una cierta fachada democrática que en América latina es desechada sin la menor contemplación. La expansión democrática de la posguerra y la conquista de importantes derechos sociales y laborales, concedidos, claro está, ante la amenazante presencia de la Unión Soviética, no pudo ser revertida en Europa como sí lo fue en América latina, porque en estas latitudes aquellos procesos fueron más débiles y siempre acosados, cuando no combatidos abiertamente, por la intervención norteamericana. Producto de aquello es que ni Macron, ni Ciudadanos ni los liberales alemanes pueden decir lo que les gustaría porque aún en una Europa dominada por un talante conservador, y hasta reaccionario en algunos sectores sociales, expresiones tales como que “los pobres no quieren trabajar” o “son adictos al clientelismo populista”, corrientes en la derecha latinoamericana, generarían un repudio de buena parte de la ciudadanía en Europa. Aparte de lo anterior, hay otra diferencia muy significativa, que no podemos pasar por alto: las políticas del neoliberalismo se ensayaron primero entre nosotros, en Chile desde 1973 y en Argentina a partir de 1976, a cargo de dos tenebrosas dictaduras. Es decir, agotado el ciclo keynesiano había que “testear” las nuevas políticas pregonadas por décadas por el FMI y el Banco Mundial. Y hemos sido las y los latinoamericanos el banco de pruebas o los cobayos de laboratorio de las políticas del neoliberalismo salvaje que, poco después y conocidos ya sus deplorables resultados, aplicarían Margaret Thatcher en el Reino Unido y Ronald Reagan en Estados Unidos.

¿Ha sido y es esencial la figura del marqués Vargas Llosa en el desarrollo del liberalismo en América Latina? ¿Por sus ensayos, por sus artículos, por sus intervenciones políticas?

Sí, y es lo que explico sobre todo en los dos primeros capítulos de mi libro. Primero porque es uno de los latinoamericanos más conocidos a nivel internacional, una especie de *rock star* de las letras, cuyos escritos y cuyas palabras se escuchan con incondicional devoción y se reproducen a escala masiva por casi todos los medios de comunicación, fuertemente concentrados y que dominan la formación de la conciencia colectiva no solo en toda América latina sino en el mundo del Caribe y también en Brasil y, no olvidemos, en buena parte del mundo angloparlante. Segundo, porque VLI es una referencia obligada dado que es uno de los poquísimos divulgadores de alta escuela que tiene el liberalismo. No se trata de un propagandista inculto como la inmensa mayoría de los que repiten las letanías de ese credo sino de un hombre muy educado, que transmite con éxito la idea de que lo que dice es absolutamente cierto e indiscutible. Tercero, porque tiene un ingrediente adicional: es un converso, un hombre que proviene del marxismo más dogmático y cerril y que “vio la luz de la libertad” brillando, según confiesa en *La llamada*, en los ojos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. No olvidar que la opinión de un apóstata o un renegado vale más que la de quien siempre se mantuvo fiel al dogma, porque es la de alguien que estuvo cegado y hundido en el error y tuvo la capacidad de romper esas cadenas y pasarse de bando y defender lo que antes había execrado. Cuarto, tal vez por todo lo anterior, el peruano tiene acceso directo a las elites políticas, gubernamentales, empresariales y culturales (o de quienes manejan la industria cultural) lo que le permite amplificar extraordinariamente la llegada de sus opiniones y puntos de vista a una enorme audiencia.

¿No es muy extraño que alguien que dice haber militado en su juventud en el Partido Comunista de Perú (con el nombre clandestino de “camarada Alberto”) se acerque a partir de su madurez a figuras tan relevantes en la derecha extrema europea como el ex presidente de gobierno español José María Aznar, por no hablar de figuras de la realeza como el ex Juan Carlos I? ¿No recuerda, en cierta medida, el caso del filósofo italiano Lucio Colletti o el del gran poeta mexicano Octavio Paz?

Sí, en mi libro me extiendo sobre lo de Colletti y el mismo Octavio Paz, pero creo que dada la gran cantidad de casos registrados a nivel mundial, desde el triunfo de la Revolución Rusa pero sobre todo a partir de los juicios de Moscú y en una escala impresionante desde los inicios de la Guerra Fría carece por completo de sentido hablar de “extrañeza” o “rareza” para describir al gran número de renegados que no solo abandonan sus viejas creencias políticas sino que se convierten en furiosos propagandistas de las contrarias. Llamémoslos como queramos: “renegados”, “apóstatas”, “desilusionados” o con la expresión más fuerte de “traidores”, a la que apelaría en casos extremos, lo cierto es que ellos constituyen una legión. El más repugnante de estos casos, un traidor infame, fue el salvadoreño Joaquín Villalobos, ex comandante de la guerrilla Farabundo Martí, que en 1975 ordenó que ejecutaran al gran poeta Roque Dalton, activo miembro de la guerrilla, acusado de ser agente de la CIA. Al tiempo Villalobos desertó y terminó su inmundo recorrido convirtiéndose en asesor de Álvaro Uribe, paradigma insuperable de la narcopolítica y el militarismo. Tratar de comprender estas tragedias es la apelación que formulara en mi *Imperio & Imperialismo* para construir una sociología de los intelectuales revolucionarios en tiempos de derrota. El caso de VLI es uno de los más interesantes por la amplitud de su recorrido desde la extrema izquierda a la derecha radical y, sobre todo, por el ardor con que arremete contra el nacionalismo (en Venezuela, Cataluña, Euskadi, donde sea) y por la incontrolable atracción que sobre él ejercen los poderosos, incluyendo un monarca tan desprestigiado como Juan Carlos. Hay otros más mesurados o vergonzantes, sobre los que apenas hablo en mi libro. Pero, para resumir: de rarezas o extrañezas, nada. Cito en mi libro la obra del brillante marxista inglés Terry Eagleton que también se ha preocupado por el tema con su habitual rigurosidad, así como a la clásica obra de Isaac Deutscher, pero no es este el lugar para reproducir sus argumentaciones al respecto. No más recordar que Deutscher comienza uno de sus artículos citando a Ignazio Silone, revolucionario comunista italiano que terminó sus días como agente de la CIA, quien le habría dicho a Palmiro Togliatti, líder del PCI, que “la lucha final será entre los comunistas y los excomunistas”. No creo que sea así, pero hay un grano de verdad en ese comentario de Silone.

Las posiciones políticas del autor de La ciudad y los perros o La fiesta del chivo, ¿enturbian la calidad o el valor poético de su obra literaria? Para un lector de izquierdas, ¿sería mejor no transitar por su obra literaria?

De ninguna manera. VLI sigue siendo un gran escritor, y en la medida en que la *poiesis* es creación, capacidad de crear e imaginar, las posiciones políticas de nuestro autor no han menoscabado la calidad de su obra literaria. He disfrutado y también aprendido mucho de algunas de sus mejores novelas. A mi juicio las mejores son *La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Conversación en la Catedral*, *El sueño del Celta*, *La fiesta del Chivo*, *La guerra del fin del mundo* e *Historia de Mayta*. Pero otra es la opinión que nos merecen sus ensayos u opiniones políticas volcadas en la prensa o en los medios de comunicación. Como creo haberlo dicho esto no equivale a afirmar que todas sus obras son de igual calidad literaria, como tampoco lo fueron las de Cervantes Saavedra o las de García Márquez, Cortázar o Fuentes para hablar de los escritores del *boom* latinoamericano. Pero yo estoy convencido de que para escribir bien uno debe leer a autores que escriban bien, y el peruano es uno de los que mejor lo hace. Creo, así todo, que está un peldaño más abajo de Octavio Paz o Jorge Luis Borges que, según mi modesto entender, ilustran paradigmáticamente lo que debe ser el castellano del siglo veintiuno. Una prosa límpida pero profunda, cargada de significados. Pero escrita de forma sencilla, contundente, sin afectaciones, exenta de superfluos barroquismos y alejada de los vicios del culteranismo que abren una zanja entre el pueblo y el escritor. De joven me impresionó para siempre esta reflexión de Bertolt Brecht:

Escribir la verdad es luchar contra la mentira, pero la verdad no debe ser algo general, elevado y ambiguo, pues son estas las brechas por donde se desliza la mentira. El mentiroso se reconoce por su afición a las generalidades, como el hombre verídico por su vocación a las cosas prácticas, reales, tangibles.

No por casualidad Lenin decía que el marxismo es el análisis concreto de la realidad concreta, y Brecht es un leninista del lenguaje. Y yo pretendo ser un modesto discípulo de Brecht a la hora de ponerme a escribir, procurando que mis lecturas de los maestros de la lengua castellana me ayuden a transmitir mis ideas de forma “clara y distinta”, como exigía Descartes, y susceptibles de ser asimiladas por las mujeres y los hombres comunes y corrientes de nuestras sociedades.

Dedica usted su libro a Fidel Castro: “A Fidel, por sus enseñanzas, por sus luchas, por su fe martiana en la necesidad de la batalla de ideas...”. ¿Qué ha

significado?, ¿qué significa Fidel, en su opinión, para los pueblos de América latina y del mundo?

Fidel es una figura extraordinaria, alguien que siguió el camino trazado por el gran manco de Lepanto cuando puso en boca del Quijote que su misión era “Soñar el sueño imposible, luchar contra el enemigo imposible, correr donde valientes no se atrevieron, alcanzar la estrella inalcanzable”. Eso que orientaba al hidalgo en su lucha por “deshacer entuertos y castigar agravios” marca a fuego la personalidad de Fidel. Soñar con la Segunda y Definitiva Independencia de Nuestra América, luchar contra un “enemigo imposible” como Estados Unidos, tener la valentía de hacerlo en increíbles condiciones de inferioridad al iniciar la lucha contra la tiranía de Batista y su ejército armado y entrenado por Estados Unidos expresa con rotundidad la identidad de Fidel. Por eso el diálogo del reencuentro en la Sierra Maestra con su hermano Raúl, al anochecer del 18 de diciembre, manifiesta de manera insuperable la fecunda mezcla de voluntarismo e idealismo que caracterizaba a ese personaje inigualable. Después del tumultuoso desembarco del Granma —un naufragio, diría el Che, más que un desembarco— transcurrieron más de dos semanas hasta que Fidel se re-encontrara con Raúl, y he aquí el diálogo:

—¿Cuántos fusiles traes? — le pregunta a su hermano

—Cinco—, responde Raúl.

—¡Y dos que tengo yo, siete! ¡Ahora sí ganamos la guerra!

¿Quieren alguna reinención más fiel al espíritu del Quijote en la época actual? Pero a ese utopismo creativo y eficaz hay que sumarle una integridad ética y política a prueba de balas, una inteligencia excepcional, una memoria prodigiosa, un sinfín de lecturas de todo tipo, un activismo incansable, una curiosidad insaciable, y todo eso nos permite entender quién era Fidel y por qué su figura marcó con caracteres indelebles la historia de la segunda mitad del siglo veinte y se extendió hasta su muerte. Y por qué alguien como yo, que tuvo la inmensa fortuna de poder conversar con él en varias oportunidades, no podía sino reconocer la influencia que ejerció sobre mí en un libro como este.

Tomemos un pequeño descanso si le parece. Volvemos en un momento. De acuerdo, como quieras.

Entrevista a Atilio A. Boron sobre *El hechicero de la tribu (II)*

“Vargas Llosa es un violinista virtuoso que a veces, como en *La llamada de la tribu*, toca una partitura que apenas conoce y los resultados están a la vista”

Salvador López Arnal¹

Su último libro publicado (Ediciones Akal, Madrid, 2019) lleva por título El hechicero de la tribu. Mario Varas Llosa y el liberalismo en América latina. En él centramos esta entrevista. Nos habíamos quedado en este punto. Cita usted en la “Introducción” un comentario de César Gaviria, el que fuera secretario General de la OEA. Es este: “A veces al leer a don Mario tengo la impresión de que su capacidad de análisis político es proporcionalmente inversa a sus logros literarios, y debería oír con más frecuencia el refrán que a todos nos enseñaron de chicos: ‘zapatero a tus zapatos’”. ¿Le parece correcta esta observación del señor Gaviria?

Sí, muy acertada y por eso la cito. Aunque introduciría un matiz: a menudo no es tanto que sus análisis sean inadecuados por su ineptitud sino por el sesgo ideológico que enturbia todas sus intervenciones públicas en calidad de ensayista o comentarista político. Por supuesto, su instrumental analítico es limitado, pero su crítica biliosa a todo lo que huele a colectivismo, socialismo, marxismo, comunismo o populismo empobrece inevitablemente cualquier tentativa de análisis. En el caso concreto del populismo, VLI lo ha erigido en el mayor enemigo de la democracia, una vez desaparecida la “amenaza comunista”. Según lo afirma el populismo es

¹ *Rebelión*: <https://www.rebelion.org/noticia.php?id=256796>

la política irresponsable y demagógica de unos gobernantes que no vacilan en sacrificar el futuro de una sociedad por un presente efímero. Por ejemplo, estatizando empresas y congelando los precios y aumentando los salarios, como hizo en el Perú el presidente Alan García durante su primer gobierno (cf. *La Nación*, Buenos Aires, 6 de marzo de 2017).

En las ciencias sociales latinoamericanas, en cambio, el populismo no se reduce a una actitud del gobernante: “irresponsable y demagógica”, sino que es como una situación estructural caracterizada como un “empate de clases” o, según otros, un “equilibrio catastrófico” de fuerzas sociales en pugna. Fue precisamente este rasgo el que motivó que algunos marxistas latinoamericanos utilizaran como fuente de inspiración para el estudio de este novedoso fenómeno las reflexiones de Marx sobre el bonapartismo francés, las de Engels sobre el bismarckismo alemán, las de Trotsky sobre algunas experiencias históricas de la Europa posterior a la Primera Guerra Mundial y las de Gramsci sobre los cesarismos “regresivos” y “progresivos.” En otras palabras, tanto unos como otros al referirse al populismo apuntaban a un momento especial en la historia de nuestras sociedades en donde las nuevas clases populares emergentes, aliadas a sectores subordinados dentro del bloque dominante (como la burguesía industrial, por ejemplo) y a ciertas categorías sociales como las fuerzas armadas o la burocracia, rompían el equilibrio tradicional del Estado oligárquico e inauguraban una nueva fase en el desarrollo de la sociedad. La forma estatal que plasmó esta nueva correlación de fuerzas se caracterizaba por un “doble empate social”: por una parte, entre las masas populares de reciente movilización y los sectores hegemónicos de la coalición populista (la burguesía y sus aliados en las fuerzas armadas y el aparato estatal); por otra parte, un empate entre esta coalición y los tradicionales detentadores del poder político, económico y social, subsumidos en aras de la brevedad bajo el nombre de “oligarquía”. Doble empate, por ende, porque los nuevos sectores obreros no pudieron sobreponerse a la “dirección burguesa” en el seno del movimiento y del Estado populistas y, por otro lado, porque esta coalición fue incapaz de quebrar la espina dorsal del *ancien régime* mediante una reforma agraria que debilitara irreversiblemente el poderío de los dueños de la tierra y abriera paso a una nueva era industrial. Desde esta perspectiva estructural, nada tiene que ver con las ocurrencias de VLL, y fue una fase transicional de la historia de algunos países latinoamericanos

que se extendió entre el ocaso de la dominación oligárquica y el ascenso y consolidación de un nuevo bloque dominante hegemonizado por el capital transnacional, una vez producida la derrota del proyecto de desarrollo nacional-burgués, que se hundió porque esta burguesía jamás tuvo entre sus planes oponerse al imperialismo para darle aire a su propio proyecto de desarrollo nacional. Fue por eso que el Che decía que más que “nacional” esa clase debía tener como adjetivo la palabra “autóctona”. Ahora bien: ¿Qué tiene que ver toda esta teorización con las opiniones del novelista peruano, para quien cualquiera que se aparta de lo que él considera como propio del liberalismo sería populismo? La respuesta es: nada. Donald Trump, Marine Le Pen, Viktor Orban en Hungría y Beata Szydlo en Polonia ejemplifican el caso de líderes o gobiernos “populistas” por sus estilos de hacer política o sus orientaciones en relación con el tema de los migrantes y los extranjeros, o por su exacerbado chauvinismo, pero en ningún caso son expresión de un empate de clases o una situación estructural en donde las clases dominantes del capitalismo se encuentren bajo asedio. En VLI el “populismo” es cualquier actitud o política que cuestione la libertad de los mercados, la previsibilidad de su funcionamiento, la serenidad que exigen los capitalistas para decidir de modo eficiente dónde y cuándo invertir. Y, por supuesto, cualquier actitud o política que rechace las imposiciones del imperialismo norteamericano, un pecado mortal para el hispano-peruano. Para otros, como Ernesto Laclau, por ejemplo, la palabra “populismo” perdió todo significado estructural para quedar reducida a la sola idea de la confrontación “amigo-enemigo” como rasgo definitorio de toda vida política. Por eso él pudo afirmar en varios de sus escritos que eran tan populistas Uribe como Chávez, o Mao como Perón. Va de suyo que ninguna de estas interpretaciones actitudinales, psicologistas o superestructurales (¡perdón por aludir a una palabrota expulsada de los medios académicos donde impera el “buen pensar” al que se refería Alfonso Sastre!) arrojan luz alguna para comprender la dinámica económica o política del capitalismo contemporáneo.

Solo para dejar planteada otra crítica: no es más acertada la caracterización que VLI realiza sobre otra de sus *vetes noires*: el nacionalismo. Colocar en un mismo casillero teórico a procesos tan disímiles como el de algunos países latinoamericanos (Cuba, Venezuela, Bolivia, el Ecuador de Correa, Bolivia, Nicaragua y, más recientemente, el México de López Obrador) y equiparlos con el nacionalismo catalán o vasco, en el caso de España, cu-

yos líderes, por lo que se vislumbra desde este lado del Atlántico, no están precisamente animados por un incontenible fervor antiimperialista, revela los extravíos a los que puede conducir el desprecio por la reflexión teórica y el análisis concreto, y su reemplazo por un seductor juego de palabras que nada explica pero que, al confundir, favorece los intereses más conservadores de la sociedad.

Ha escogido como hilo conductor de su aproximación crítica a la obra del Marqués su último libro, La llamada de la tribu. ¿Por algo en especial? ¿Le parece más relevante para su deconstrucción que otras obras del autor como, por ejemplo, El pez en el agua?

Sí, sin duda. Claro está que *La llamada de la tribu* no es el único libro autobiográfico de VLI. Tal como usted dice *El pez en el agua* también lo es, en un cierto sentido, como también su deliciosa novela *La tía Julia y el escribidor*. Pero hablando de ensayo, *El pez en el agua*, publicado en 1993, es un libro de memorias cuya primera parte narra sus recuerdos de niño y adolescente y la segunda su frustrada apuesta por ser elegido presidente del Perú en 1980, cuando fue vapuleado por Alberto Fujimori. Solo que a diferencia de *La llamada* no hay en aquel una referencia puntual y detallada a quienes fueron los mentores ideológicos de su conversión. En todo caso, esta multiplicación de textos autobiográficos, da un indicio del desmedido narcisismo del narrador peruano. Puedo equivocarme, pero en principio no conozco otro autor que haya escrito tanto sobre sí mismo. Ahora bien, a diferencia de estos títulos *La llamada* no solo es un texto autobiográfico que revela su pasaje desde un marxismo de raíz sartreana a la derecha radical e imperialista, sino que, cosa que no hizo en ningún de sus escritos, su autor presenta, uno por uno, a quienes fueron los pensadores que lo tomaron de la mano, como Beatriz al Dante, y lo llevaron del infierno del marxismo sartreano al Paraíso (¿o al purgatorio?) del liberalismo. En ese libro repasa a sus tutores, comenzando por Adam Smith, instalado en las alturas de la Ilustración escocesa para, desde allí, iniciar un descenso vertiginoso que culmina en el fango en el que medraba Jean-Francois Revel, un vulgar panfletario al servicio de la CIA, con estaciones intermedias en la obra de Ortega y Gasset, Von Hayek, Popper, Aron y Berlin. Por eso *La llamada* es una obra especial porque a diferencia de todos sus demás escritos, en ella el novelista tiene la cortesía de presentarnos a sus tutores y guías ideológi-

cos. Y al hacerlo no puede ocultar la precariedad de su fundamentación, la tergiversación en la que incurre —que llega a niveles escandalosos en el caso de Adam Smith— y la insanable inconsistencia teórica e histórica a la vez de la tesis central de su libro y de toda su obra propagandística, a saber: que sin liberalismo no hay democracia, y que nada que se llame así lo es de verdad si no cultiva las virtudes del libre cambio y el libre mercado. Abordo este tema, con mucho detalle, en el último capítulo de mi obra.

Sigue manifestándose muy crítico de la obra de Negri y Hardt. Escribe, por ejemplo, “o en una abstrusa metafísica de lo social como lo hicieron Michael Hardt y Antonio Negri con su gaseosa teoría de un imperio que ya no es imperialista”. ¿Sigue estando muy alejado de sus últimas aportaciones? ¿Por qué han tenido y siguen teniendo tanto éxito e influencia entre sectores de la izquierda no solo europea o usamericana?

Por la fenomenal desorientación que impera en la izquierda europea y usamericana y, en no menor medida, latinoamericana. Solo a partir de esa lamentable confusión, madre de tantas derrotas políticas, puede entenderse este verdadero retruécano de un imperio que no es imperialista. Y este verdadero absurdo ha ejercido un impacto profundamente negativo sobre las fuerzas políticas y los movimientos sociales de todo el mundo. Es una lástima que un autor como Antonio Negri, que décadas atrás fue expresión de un marxismo refinado y fiel a su vocación de ser un instrumento para la transformación del mundo, se haya convertido en una expresión más de lo que Perry Anderson denominara “el marxismo occidental”. Es decir, un marxismo convertido en una narrativa inofensiva, pseudo-filosófica (porque tengo un profundo respeto por la filosofía del materialismo histórico), que en su extravío termina aportando a la dominación del capital a escala mundial al remover del horizonte de visibilidad de las masas populares la crucial cuestión del imperialismo.

En el apartado “Entre la historia y una urgente epifanía” recuerda la labor de algunos marxistas fallecidos en estos últimos años. Entre ellos, Manuel Sacristán. ¿Le llegó a conocer? ¿Qué opinión le merece la obra del que fuera traductor de El Capital y autor de “Panfletos y materiales” y de Introducción a la lógica y al análisis formal?

Desgraciadamente no tuve la suerte de conocerlo personalmente. Sé que fue uno de los grandes marxistas del siglo veinte, con una obra creativa y esencialmente refractaria al dogmatismo prevaleciente en su tiempo y que, además, fue también un organizador y un promotor del pensamiento crítico no solo en España sino en todo el mundo hispano-parlante. Pero desgraciadamente, y esto refleja un preocupante colonialismo cultural en el seno de la izquierda, se conoce mucho más al marxismo francés o al anglosajón que a la obra de un pensador original y punzante como Sacristán que habla y escribe en nuestra lengua. Es un lastre que aún nos hace mucho daño en América latina. Y no solo ocurre con don Manuel, sino también con algunos de los mayores marxistas de nuestra región que son apenas marginalmente conocidos entre los cuadros y la militancia de la izquierda. Ni siquiera el gran José Carlos Mariátegui se salva de este infortunio, para ni hablar del argentino Aníbal Ponce, el cubano Julio Antonio Mella. Y entre los más recientes, del hispano-mexicano Adolfo Sánchez Vázquez, autor de numerosos libros sobre estética y marxismo y filosofía política que son una fuente imprescindible para la formación de cualquier marxista en Nuestra América.

Al final de su Introducción, señala usted que el marqués “introduce, a lo largo del libro, las nociones estereotipadas que el pensamiento burgués promueve acerca de la buena sociedad, la democracia y el imperio de la libertad”. ¿No hay entonces aportaciones originales del autor de Pantaleón y las visitadoras en estos ámbitos? ¿Lee a su manera, interpreta, resume y nos cuenta con prosa brillante lo ya sabido?

Definitivamente es así. No hay una sola idea original en su libro. Es más, diría que inclusive en el ámbito del universo teórico del liberalismo hubo autores que, en la segunda mitad del siglo veinte, produjeron algunas innovaciones teóricas que solo a partir de la ignorancia pueden ser descartadas. Me refiero, entre otros, a la obra del filósofo de Harvard John Rawls, que he examinado en detalle hace ya varios años y que en su notable *Teoría de la Justicia* (1971) introduce una serie de argumentos a favor de un igualitarismo radical que, en su extremo —al cual empero Rawls no llega— termina impugnando la legitimidad histórica de la sociedad burguesa. El profesor de Harvard fue, a mi juicio, la cumbre del pensamiento liberal a lo largo del siglo veinte y esa latente impugnación del capitalismo es lo que

explica el cuidadoso ocultamiento sufrido por su obra, por contraposición a la sobreexposición que disfrutaran los liberales tradicionales, absolutamente fieles a las premisas de la sociedad burguesa, como Von Hayek o Popper, sin ir más lejos. Rawls establece una inescindible vinculación entre justicia y equidad que es inaceptable para la ideología burguesa y para los defensores de la dominación capitalista. Uno de sus tesis centrales afirma que la justicia “es la virtud primera de las instituciones sociales” y no la libertad de mercado como afirman los divulgadores contemporáneos del liberalismo. Este autor también escribió posteriormente otra obra que ningún estudioso o divulgador serio del liberalismo puede ignorar: se trata de su *Liberalismo político*, originalmente publicado en 1993 y en el que aborda muchos de los temas sobre los cuales sobrevuela la ágil pluma de Vargas Llosa. Tampoco considera la influyente obra de Robert Nozick, *Anarquía, Estado y utopía*, de un sesgo claramente conservador, pero que mal podría estar ausente en una revisión como la que hace el novelista en su obra, aunque Nozick, al igual que Rawls, no hubiera sido su fuente de inspiración. Otros autores también deberían haber sido tenidos en cuenta en sus reflexiones: Ronald Dworkin, por ejemplo, o el propio Milton Friedman, pero no lo hace. En síntesis: ninguna originalidad y, tampoco, ninguna revisión sistemática del estado del pensamiento liberal en el mundo actual. Evidentemente el tema apenas lo puede abordar de modo muy superficial, aunque la brillantez de su pluma pueda en parte ocultar esta falencia.

¿Cree usted que Mario Vargas Llosa ha trabajado suficientemente estos autores que cita: Adam Smith, Ortega y Gasset, Von Hayek, Popper, Aron, Berlin, Revel? ¿O habla un poco de oídas o con lecturas no suficientemente repasadas?

Definitivamente no, aunque hay matices. Se ha apropiado de algunos clichés absolutamente falsos elaborados por la derecha para desfigurar el pensamiento humanista de Adam Smith y, en los demás casos, ha tomado sus tesis medulares, pero sin aportar ningún aparato mínimamente crítico que faculte una acabada interpretación de la obra de esos autores. Además, apenas si formula algunas reservas en los casos más escandalosos, como el de Von Hayek, por ejemplo, y su abierta apología de la dictadura de Pinochet en Chile a partir de la superstición, que no una teoría, que reza que la libertad del mercado es condición necesaria y también suficiente para el florecimiento de la democracia, por lo que aún la más corrupta y feroz

tiranía cuenta con la bendición del economista austríaco. Vuelvo a repetirlo: no son lecturas que nuestro autor haya realizado de modo metódico y sistemático, y eso se nota en su libro. Vargas Llosa es como un violinista virtuoso, pero que a veces, como en *La llamada de la tribu*, se avienta a interpretar una partitura que apenas si conoce y los resultados están a la vista.

En su opinión, ¿puede aprender algo el pensamiento de izquierdas de la obra de estos grandes y sólidos autores del pensamiento burgués?

Creo que hay que leer a los principales intelectuales del pensamiento burgués, aunque muy selectivamente. No creo que, por ejemplo, Ortega pueda ser de utilidad para comprender eso que él denominó “la rebelión de las masas”; tampoco me parece que Popper aporte conocimientos que puedan ofrecer una clave interpretativa para comprender al capitalismo contemporáneo. Von Hayek y Berlin son un poco más apropiados para tales fines, pero en todos estos casos para comprender cómo se intenta justificar lo injustificable. Es decir, cómo se pretende hacer pasar a la sociedad capitalista como una buena sociedad cuando se funda en el despojo y el saqueo de las mayorías y la destrucción implacable del medio ambiente. Pero, más allá de estos autores, creo firmemente que la izquierda y las jóvenes generaciones deben estudiar muy seriamente el pensamiento de la derecha norteamericana, porque si se quiere derrotar al imperio lo primero que hay que hacer es conocerlo. Esto es tan viejo como el manual de arte de la guerra de Sun-Tzu que tiene ya 2500 años. Más que estudiar a Von Hayek o el mismo Berlin es necesario que las nuevas generaciones de luchadores sociales europeos, latinoamericanos y de todo el mundo lean el pensamiento de los estrategas del Pentágono, los documentos oficiales del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, los informes desclasificados de la CIA —o los aún clasificados pero descubiertos y dados a conocer por Julian Assange y sus colaboradores, que son un aporte inestimable para el estudio del imperio y sus planes— o la obra de autores como Henry Kissinger, el ya difunto Zbigniew Brzezinski, o Joseph Nye y, por supuesto, sus críticos al interior de Estados Unidos como Tom Engelhardt, Noam Chomsky, Peter Dale Scott, Sheldon Wolin, Michael Parenti, James Petras, Malcolm X, Angela Davis y tantos otros. Existe una poderosa, aunque arduamente combatida, corriente antiimperialista subterránea en Estados Unidos que no debemos subestimar ni desconocer. Por eso hay que leer

a los ideólogos del imperio para anticipar sus definiciones, diagnósticos e iniciativas; y hacer lo propio con sus críticos en Estados Unidos, que suelen tener mejor acceso a fuentes originales que nosotros, para aprender, también desde y con ellos, la mejor forma de desbaratarlas.

Mil preguntas quedan pendientes dada la riqueza de su libro. No le robo más tiempo. Muchísimas gracias por todo.

Recensión en Radar Libros

Página/12 (Buenos Aires)¹

En su nuevo libro, Atilio Boron desmonta el pensamiento de Mario Vargas Llosa

Confirmado: se jodió el Perú

La conversión de Mario Vargas Llosa al liberalismo como una fe ciega tuvo una expresión concreta y reciente en La llamada de la tribu, su autobiografía intelectual. En El hechicero de la tribu, Atilio Boron recorre las fuentes de ese libro y el derrotero político de Vargas Llosa desde los años 60. Y lo hace en la convicción de que es necesario deconstruir la ideología del más influyente intelectual orgánico de la derecha en habla hispana.

Mariano Dorr

Más allá de las frecuentes apariciones en las que Vargas Llosa ha llegado a acostumbrarnos a sus bravuconadas neoliberales, tanto en los periódicos como en eventos siempre amplificadas hasta el acople por la llamada “prensa hegemónica”, el Nobel peruano ha publicado recientemente un opúsculo en donde presenta su “autobiografía intelectual” de corte liberal. Se trata de *La llamada de la tribu*, un recorrido por las lecturas que de alguna manera vendrían a explicar cómo fue posible que el autor de *La ciudad y los perros*, luego de haber sido un ferviente defensor de la Revolución Cubana, haya terminado convirtiéndose en “Jorge Mario Pedro, marqués de Vargas Llosa” según reza el título nobiliario concedido por

¹ <https://www.pagina12.com.ar/204518-confirmado-se-jodio-el-peru>, 7 Julio 2019.

Juan Carlos I, rey de España. “¿Cómo fue posible que ese muchacho tan talentoso y crítico de la realidad de Nuestra América, militante del PC de su país, derrapó para convertirse en el más descollante intelectual orgánico y paradigmático del neoliberalismo?”, se pregunta Ana María Ramb en el prólogo de *El hechicero de la tribu*. Esta pregunta es el punto de partida para un análisis exhaustivo por parte de Atilio Boron (doctor en Ciencia Política por la Universidad de Harvard, profesor en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, autor de numerosos textos y columnista de diversos medios), donde la lectura crítica del *corpus* presentado por Vargas Llosa en *La llamada de la tribu*, el desmonte de las falacias y tergiversaciones de los autores, va dando lugar a una suerte de bozal teórico filosófico-político que debería servir si no para callar definitivamente a “VLI” al menos sí para una invitación a un diálogo serio sobre los fundamentos del liberalismo.

“¿Por qué criticar un libro que es un inmenso océano de sofisterías y artimañas?”, se pregunta Boron en la Introducción. Porque Vargas Llosa es el más importante intelectual público de la derecha en el mundo hispanoparlante, erigiéndose ya como el mayor “profeta del neoliberalismo contemporáneo”, el trabajo de responder a su elegante prosa, desarticulando sus fabulaciones, se vuelve una tarea necesaria. En un libro anterior, *El pez en el agua*, Vargas Llosa anticipaba el relato personal de su ruptura con el marxismo y su conversión liberal. Allí comenta que ya en 1954, tiempos de militancia estudiantil, ya no creía del todo en “nuestros análisis clasistas y nuestras interpretaciones materialistas”. Su “firme apoyo” al proceso revolucionario cubano dejó de ser tal cuando el autor de *La casa verde* se convenció de que el comunismo no era otra cosa que un enorme holocausto social. Luego de formar parte del Jurado de Casa de las Américas y del comité de redacción de su revista, se aleja de Cuba criticado por el propio gobierno cubano, algo que para el peruano significó quitarse “un gran peso de encima, porque ya no tendría que estar simulando una adhesión que no sentía”, según confiesa en *La llamada de la tribu*. Pero su camino de Damasco, la conversión neoliberal propiamente dicha, llegaría un poco más tarde, cuando el genial novelista conoce personalmente a dos figuras de la vida política que le dejarían una impresión imborrable: se trata de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Los halagos de Vargas Llosa hacia Thatcher incluyen el haber llevado a cabo “una revolución hecha en la más estricta legalidad”. Boron nos

recuerda que “esa revolución, cuyos estragos se sienten todavía hoy en el Reino Unido, fueron la política de privatizaciones, el fin de los subsidios, la liberalización y desregulación de los mercados y la apertura al comercio internacional”. Cabe reformular —sugiere Boron— la célebre pregunta de *Conversación en la Catedral*, “¿En qué momento se jodió el Perú?”, para preguntarnos, ¿en qué momento se jodió Vargas Llosa? Y la respuesta está sin dudas vinculada al impacto que implicó pasar de tener, como referentes y mentores, a Sartre y Camus, para luego colocar en esos lugares a “dos connotados criminales de guerra, aparte de impenitentes verdugos de sus pueblos”. En su libro, Vargas Llosa se jacta —orgullosa y engréido— de haber cenado tanto con Thatcher como con Reagan, gobernantes “de temple, cultura y convicciones”. Con dolor manifiesto, Boron confiesa que “como intelectual latinoamericano, me avergüenza tener que describir actitudes tan colonizadas y lacayunas”.

¿Cuáles son los autores que Vargas Llosa repasa intentando propagar su adhesión neoliberal? La colección es antojadiza: Adam Smith, Ortega y Gasset, Von Hayek, Karl Popper, Raymond Aron, Isaiah Berlín y Jean-F. Revel. La exposición que el novelista hace de sus autores es siempre tendiente a justificar las bondades del liberalismo en plan “teoría del derrame” (gracias a la sobreabundancia de riquezas, el recipiente de los amos se desborda y sus mieles colman las necesidades de los desposeídos, que irán fortaleciéndose en la medida en que dicho derrame sea constante y en todas direcciones). El Estado, desde esta perspectiva, debe incidir lo mínimo posible, ocupándose fundamentalmente de la seguridad jurídica (especialmente, la santísima propiedad privada). Así de simple es el camino hacia una “democracia moderna” para Vargas Llosa, que evita cuidadosamente aquellos pasajes en que, los autores que aborda, no se dejan encuadrar en tamaña reducción del análisis de la realidad económica, política y social. Por ejemplo, parece olvidar cuando Adam Smith en *La riqueza de las naciones* afirma que

los amos raramente se reúnen aun por entretenimiento o diversión sin que la conversación termine en una conspiración contra el público, o en una complot para aumentar sus precios. Los patronos están siempre y en todo lugar en una suerte de asociación tácita, constante y uniforme para impedir el aumento de los salarios.

Innumerables casos como este constituyen el trabajo pormenorizado de Borón, poniendo de relieve la operatoria de Vargas Llosa en su intento de naturalizar una supuesta conciliación entre “liberalismo” y “democracia”, dos conceptos que se rechazan entre sí. Son imperdibles las páginas en que Borón analiza, con Gramsci, la categoría de “intelectual orgánico” no ya de la izquierda sino de la derecha. ¿En qué mundo vive Vargas Llosa?:

en la elegante irrealidad de la burbuja de riqueza y esplendor de su deslumbrante mansión madrileña (...) Sus interlocutores son reyes y príncipes, presidentes o ministros y, por supuesto, los magnates y sus corruptos amigos del Partido Popular, que han convertido este mundo en un infierno

escribe Borón, que no encuentra en el gran novelista sino a un pobre “aprendiz de analista político” que debate sus participaciones públicas entre la ingenuidad, la canallada y la burda hipocresía.

Recensión de José Luis Méndez sobre la edición cubana de *El hechicero de la tribu*¹ (19/12/2019)

El hechicero de la tribu y sus maleficios

José Luis Méndez

La necesaria descripción de la metamorfosis política de Vargas Llosa, si la hubo realmente, es didáctica, no deja dudas de ser un renegado

El peruano, ahora español, Mario Vargas Llosa, a sus 83 años, es considerado uno de los más grandes novelistas hispanoamericanos de la segunda mitad del siglo XX, junto a Julio Cortázar, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez. Es el único Premio Nobel latinoamericano vivo. Es, además, un cantor comprometido, entusiasta y decidido del liberalismo, como solución universal a todos los males de la humanidad.

Tiene la rara virtud de poder presentar las mentiras como candidas verdades y estas, como terribles argucias, es el don de la manipulación, que obnubila detrás de su prosa indudablemente cautivadora, que hechiza al lector. Es la vía para inocular y sembrar retrógrados fundamentos filosóficos.

La obra del politólogo argentino Atilio Boron, *El hechicero de la tribu*, muestra los maleficios de este personaje de manera culta, sustentada, respetuosa, pero es igual, incisiva, mordaz y deja ver sus aristas más sutiles.

La necesaria descripción de la metamorfosis política del aludido, si la hubo realmente, es didáctica, no deja dudas de ser un renegado, práctica que ha cultivado a lo largo de su prolífica vida en la que el mimetismo es recurrente.

¹ <https://www.lahaine.org/mundo.php/el-hechicero-de-la-tribu>, 19 diciembre 2019.

El ilustrado Boron escudriñó en todos los vericuetos de la extensa labor del hechicero, desde su llamada primera etapa literaria, donde aparece el primigenio *Los jefes* y la galardonada *La ciudad y los perros*, en la cual rememora sus experiencias en el colegio militar Leoncio Prado. Obra cargada de gran violencia, tensión dramática y cuestionamiento moral sobre autenticidad, responsabilidad y heroísmo.

Este autor, como representante joven de los acelerados cambios en la novelística latinoamericana de esa época, pescó sus beneficios y tuvo la visión para sus siguientes dos novelas: *La casa verde* y *Conversación en la Catedral*, hasta llegar al notable relato *Los cachorros*. Invirtió esa década prodigiosa de los años sesenta, que marcó a América latina en acontecimientos históricos trascendentales, en desarrollar una destreza técnica y virtuosismo para encontrarse y definirse. Aunque dejó algunos conflictos personales sin resolver, que lo acompañan aún en sus octogenarios años.

Suma el humor grotesco en *Pantaleón y las visitadoras*. Se desnuda en su relato, *La tía Julia y el escribidor*, en la que describe episodios de su primer matrimonio y sus comienzos literarios. Llega la década del neoconservadurismo resplandeciente en Estados Unidos y el hechicero sintoniza su musa a ese turno de la historia, aparecen *La guerra del fin del mundo*, donde incursiona en el mundo sociopolítico del Brasil de fines del siglo XIX, después sus obras tienen una esencia política [ya derechista] como en *Historia de Mayta*, o *Lituma en los Andes*.

Ensayo con lo detectivesco en *¿Quién mató a Palomino Molero?*, y lo erótico, como *Elogio de la madrastra*. Añade *El hablador*, que señala un retorno al mundo de la selva, uno de sus ambientes favoritos, para contar una historia sobre identidades culturales y diferencias antropológicas. En *Los cuadernos de don Rigoberto*, a través de los recuerdos del protagonista, el autor se sumerge en el mundo de la fantasía creadora y vuelve al recurrente erotismo. El peruano no solo cultiva el maleficio como daño causado por el arte de la hechicería: de su pluma identificada con las peores causas en contra de lo progresista, emerge el hechizo para causarlo.

En 1971 se sucedieron ciertos acomodados intelectuales en la Revolución cubana, donde bandos diferentes expresaron sus puntos de vista sobre lo que acontecía en la Isla. Uno de ellos fue arrestado y después aceptó su culpa de manera pública. Este hecho fue utilizado por adversarios habituales de todos los cambios progresistas y un puñado de intelectuales, con premeditación, confundidos o no, apelaron a la colección de firmas en

apoyo o en contra de lo sucedido. En el bando de los enemigos estampó su firma el maléfico.

En los años finales de la década de los años sesenta, pródigos en acontecimientos políticos notables en Europa y en América latina, el maléfico sufre un debate ideológico interior, que sería decisivo en su cambio de casaca. De militante fervoroso en defensa de la Revolución Cubana, prende la duda y no encuentra la fórmula para tomar distancia del proceso socialista isleño. Su imagen internacional es al lado de las causas justas, llega al viejo continente y coquetea con las élites intelectuales, siente el rechazo de éstas por su pertenencia a la izquierda. Las inquietudes intelectuales en Cuba le dan el pretexto para abjurar. En una dicotomía absurda reconoce el esfuerzo extraordinario y las difíciles circunstancias en que se construye el socialismo en Cuba, pero a la vez se pronuncia con severidad sobre lo acontecido, esta es la llave para encumbrarse.

En momentos de sus titubeos ideológicos, él había simpatizado con las radicales transformaciones económicas, políticas y sociales en Cuba, era un proceso renovador inédito en América Latina. Cuando se producen los cambios políticos en Europa, la contrarrevolución cubana intenta derrocar al sistema cubano y una de las fórmulas fue la realización de un plebiscito que, de triunfar, retrotraería a más de once millones de personas al capitalismo ya desterrado. El cautivador se sumó al intento y firmó a su favor en alianza con otros antagonistas.

Por esa misma fecha, ya se había instalado en España y abraza el pretexto de moda contra la Revolución Cubana: se trataba de un ex represor de la dictadura de Fulgencio Batista, detenido, juzgado y sentenciado por terrorismo al encontrársele medios para ejercerlo. Este sujeto, simulador profesional, aparentó ser paralítico y además escritor, su caso sirvió de pretexto para convocar a los enemigos de la Isla.

Se armó una colosal campaña para que fuera liberado, confundió hasta presidentes europeos, algunos intelectuales se añadieron de manera consciente para defender al supuesto autor del poemario *Desde mi silla de ruedas*, que resultó ser un plagio. Pero ya se había instalado la *fake news* y la matriz de opinión: “el poeta paralítico condenado por delito de opinión”. La firma del hechicero aparecía entre las primeras.

La verdad sobre este pasaje infame quedó inmortalizada en el libro *Les masques*, del francés Regis Debray, cuando describe: “El hombre no era poeta, el poeta no estaba paralítico y el cubano es hoy un norteamericano”.

Este maleficio del hechicero no progresó, tampoco él tuvo el pudor de retractarse, como lo hizo Debray.

El noviembre de 1996, lo encontramos como uno de los integrantes más descollantes del Patronato, de la llamada Fundación Hispano-Cubana, una entidad creada en España por el derechista Partido Popular, para atacar al gobierno de Cuba. Concebida para tal fin, el “cautivador” valoró así a la contrarrevolución cubana: “Ha sido el exilio más calumniado, difamado y satanizado del que yo tengo recuerdo”. Ese llamado “exilio”, así valorado, con el concurso y patrocinio de sucesivas administraciones estadounidenses, causaron al pueblo de Cuba la pérdida de 3 478 vidas humanas y la incapacidad a 2 099 ciudadanos, además de terribles secuelas psicológicas y millonarios daños materiales.

La Fundación Hispano-Cubana integró en su proyecto los conceptos de la llamada Fundación Nacional Cubano-Americana y la entonces Plataforma Democrática Cubana, simbiosis reaccionaria que operó desde España, donde la corona ha gratificado los servicios prestados hasta concederle al encantador el título de marqués. Él desde sus espacios en la prensa local sigue los guiones de la derecha española, como la declaración que propiciaba la ansiada destitución del presidente de Venezuela, Nicolás Maduro, por medio de un publicitado intento de golpe militar.

El hechicero, anclado en España, es una pluma guiada desde hace veinticinco o treinta años al servicio de los peores intereses imperiales y sobre todo allí que ha sido centro de esos proyectos desestabilizadores.

El “encantador”, aparece también como uno de los regentes de la Universidad Latinoamericana de la Libertad Friedrich Von Hayek, con sede en Miami, junto a cinco directivos de la mencionada Fundación Nacional Cubano-Americana. Su afinidad por la causa anti-cubana es evidente. De su radical militancia en la izquierda no queda nada, su devoción por la derecha lo define.

Sus críticos lo signan como una pluma mercenaria sin fronteras, defensora y apologista a ultranza del liberalismo, una de sus precursoras. La explicación de su reversión política se encuentra en su exacerbado y cultivado ego, más que en pretensiones económicas que lo desviaron de sus raíces como “camarada”. Esta mezcla lo erosionó, más los conflictos sin solución ya mencionados, que afloran en la formación de su pubertad, adolescencia y primera juventud, cuando asomó al mundo literario, que lo recibió agradecido.

Siguieron en 2006 *Travesuras de la niña mala*, una novela de corte clásico, que tiene como trasfondo algunos de los pasajes más importantes en la vida del propio autor, como Lima, París, Londres y Madrid. A finales de ese mismo año vio la luz *Diccionario del amante de América latina*, que reúne diversos textos [diz que «ensayos»] sobre el mundo latinoamericano escritos por él a lo largo de su carrera, algunos de ellos inéditos.

Ya consolidado incursionó en la novela histórica como *La fiesta del chivo*, donde trata de la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo en la República Dominicana y de la conspiración para asesinarlo; fue llevada al cine en 2006. Ahora ha presentado otra novela sobre una historia de la época trujillista titulada *Tiempos recios*, tal vez lleve en su contenido el síndrome de las segundas partes, que no resultan buenas.

La crítica fundada de Boron sobre el hechicero y sus maleficios es imperdible, atrapa, encanta, nos lleva de la mano y nos convence de la mutación de Vargas Llosa hasta convertirse en un apologista prácticamente del liberalismo. Emplea sus dones y merecida fama para llegar a multitudes, es el brujo, que intenta someter con su autoridad y palabra a la tribu irredenta.



Recensión para “Todasdentro”, Caracas

Diálogo con Atilio Boron sobre su último libro¹

Iván Padilla Bravo, director de Todasdentro

Este año hemos sido testigos de la aparición de un nuevo título en su amplia bibliografía *El hechicero de la tribu. Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina*

¿Cuándo podremos disfrutar de una edición de su libro en Venezuela?

Estamos esperando que la Editorial AKAL de España nos diga si va a enviar un número razonablemente grande de ejemplares a Venezuela o si habrá un acuerdo de co-edición con una editorial venezolana. Yo preferiría lo segundo, porque garantizaría un menor costo de producción y, por lo tanto, mayor accesibilidad para el público de este país.

¿Por qué para confrontar desde el pensamiento crítico al neoliberalismo usted recurre a la figura de un destacado novelista del boom latinoamericano y, además, lo califica de «hechicero»?

El libro es una respuesta al que publicara Vargas Llosa a comienzos del 2018 bajo el título *La llamada de la tribu*. En esa obra el novelista peruano explica las razones de su conversión al liberalismo, su abandono del marxismo sartreano al que abrazara en su juventud y de su lealtad hacia la revolución cubana que, pese a sus titubeos luego de su viaje a la Unión Soviética y la invasión de Checoslovaquia en 1968, sostuvo hasta 1971. Mi libro

¹ Entrevista para la página web *Todasdentro* - Caracas, 24 de marzo de 2019.

examina ese itinerario y, sobre todo, las interpretaciones que VLI hace de quienes fueron sus mentores en este tránsito: Adam Smith, Friedrich von Hayek, Raymond Aron, José Ortega y Gasset, Isaiah Berlin, Karl Popper y Jean-François Revel. La tesis central del libro no es novedosa, porque es la que constituye el núcleo fundamental del pensamiento liberal: la prosperidad, la felicidad, y el bienestar social solo pueden ser alcanzados a partir del esfuerzo individual. Cualquier tentativa de tomar un atajo a partir de la intervención gubernamental y de las restricciones que se puedan imponer al juego del libre mercado tendrá como efecto dañar irreparablemente la máquina del progreso social que no es otra que el individualismo. Pero, observa el narrador, los pueblos suelen engañarse, o ser engañados, por demagogos (según su visión) que les señalan otro camino, el camino del colectivismo, del retorno a la homogeneidad y uniformidad de la tribu, en donde la figura del innovador y del “desviado” es sancionada y aherrojada. Esta metáfora me pareció que, al criticarla, situaba muy claramente a VLI en el papel de un hechicero que, con sus malas artes —la seducción que ejerce con la elegancia de su prosa— mantenía a la masa en su resignación y pasividad. Su libro no ofrece escapatoria alguna al holocausto del neoliberalismo, pero con sus sofismas y falacias perpetúa el engaño al que se ve sometida gran parte de la población mundial.

Ese «hechicero» parece tener asignada la tarea de conjurar a «la tribu» por contraposición a la «aldea global» del pensamiento único: ¿Es así? Por favor explíqueme lo que se propone a través de su libro.

El objetivo del libro es precisamente desmontar esta operación, y demostrar que lo que VLI pretende, al igual que sus mentores del liberalismo global, es precisamente que nos mantengamos como una tribu sometida, subordinada, sumida en la ignorancia y la superstición. ¿Cómo no recordar aquella frase del Libertador que decía que “nos han dominado más por el engaño que por la fuerza”? Precisamente, VLI es el gran hechicero, el hombre cuyos escritos reverberan por todo el mundo hispano parlante, publicado y reproducido por todas las cadenas comunicacionales hegemónicas que hicieron de la “posverdad” y la “plusmentira” un sello indeleble de sus actividades. Por eso, por la enorme gravitación que el novelista peruano logra a través de su presencia en los medios de todos nuestros países, que reproducen sus ataques a cuanto proceso emancipatorio se encuentre en

marcha en América latina y el Caribe, es que me ha parecido de crucial importancia refutar sus argumentos y poner en evidencia la naturaleza incurablemente reaccionaria de sus intervenciones públicas, siempre a favor de la derecha, del imperialismo e, invariablemente, opuesta a las causas de nuestros pueblos.

Usted ha dicho que Vargas Llosa «valoró» —especialmente en los años 80— a personajes influyentes de la política burguesa como Ronald Reagan y Margaret Tacher, ambos «invitados de honor» del grupo Bilderberg (la élite de las élites del gran capital transnacional). ¿No sería más bien ese el canal de «seducción» a un vacilante pequeñoburgués como Vargas Llosa? ¿Por qué usted, en vez de atacar al «hechicero» no lo hizo directamente con el «Dios Bilderberg»?

En relación con la primera pregunta mi hipótesis final es que la capitulación de VLI, su “herejía”, para utilizar una palabra que no me agrada pero que en este caso puede ser aplicable, tuvo menos que ver con la atracción ejercida por el interés material que por el afán de reconocimiento y la búsqueda de honores de un hombre que, sus propios amigos lo dicen, posee un ego de dimensiones descomunales. Ese fue el primer paso, la carnada en el anzuelo. Pero luego de los premios y el reconocimiento vino el dinero, en enormes cantidades y recién luego su conversión, su convicción profunda de que la verdad y el futuro estaba en el liberalismo; es decir, su salto de talanquera. Y en relación con la segunda pregunta respondo que atacar al Grupo Bilderberg hubiera sido como disparar a la luna porque esa conjura es desconocida por el 99 por ciento de la población mundial. Además, su influencia se ejerce a nivel de las élites, del alto funcionariado, y no en el plano de las masas populares, en la formación de la conciencia pública. De esto se encargan los intelectuales orgánicos de esa gran burguesía y de ellos, el más eficaz, el que tiene mayor llegada es Vargas Llosa. Por eso lo elegí como blanco de mi refutación al liberalismo. Poco hubiera ganado discutiendo a Milton Friedman o Friedrich von Hayek, cosa que hice en numerosos textos pero que no lograron trascender el formidable muro de la academia. Quería llegar al gran público, y creo que con mi libro lo estoy logrando.

La «tribu» Bolivariana de Venezuela, pero también pueblos como el cubano, el nicaragüense y el boliviano, son objetos de ataques de exterminio. ¿Que

está planteado hoy para contrarrestar esa ofensiva del hegemon que sabe que más «nos han dominado por la ignorancia que por las armas»?

Mira. Esos pueblos han dado muestras de una resiliencia extraordinaria. Las cubanas y cubanos, soportando un asedio que se extiende por sesenta años; el bravo pueblo venezolano, que en las últimas semanas dio al mundo una lección extraordinaria de solidaridad y de cohesión social, de conciencia nacional, al resistir a pie firme la sucesión de ataques lanzada por el imperialismo movilizando a sus repugnantes lugartenientes locales y provocando toda clase de penurias y sufrimientos a chavistas y no chavistas por igual. ¿O es que el mega apagón dejó sin electricidad tan solo a los primeros? ¿Y los ataques posteriores perjudicaron tan solo a los chavistas? No. A todas y todos en Venezuela, buscando incendiar la pradera que los estadounidenses y los cipayos locales (los Borges, Guaidó, López, Machado y compañía, fantoches que responden a los planes de Marco Rubio y los hampones que merodean por la Casa Blanca) pensaban que estaba reseca y que provocaría una gigantesca protesta masiva exigiendo la “salida” de Maduro. Y se equivocaron, otra vez, porque subestimaron al pueblo venezolano y a la inmensa labor educativa realizada por el comandante Eterno y el gobierno de Nicolás Maduro. La batalla de ideas ha sido crucial para contener la ofensiva estadounidense, desenmascarando las mentiras de la prensa corporativa. Y las heroicas iniciativas y el enorme protagonismo de un sinnúmero de comunicadores populares venezolanos logró lo que parecía imposible: obligar nada menos que al *New York Times*, a la CNN y la revista empresarial *Forbes* a reconocer que quienes quemaron los camiones en el puente fueron los mercenarios contratados por la derecha entre el lumpenaje de Colombia y Venezuela; que sí existió un atentado con drones contra la vida del presidente Nicolás Maduro y la plana mayor de la revolución; y que el apagón fue teledirigido desde Estados Unidos. Son tres victorias ideológicas de trascendental importancia, que nos deben llenar de optimismo e insuflar nuevas fuerzas en la lucha contra el opresor imperialista y sus pérfidos e impresentables aliados.

Prólogo a la edición peruana¹

Atilio Boron o la teoría política como deporte de combate

Carlos Alberto Adrianzén

Sin duda, Mario Vargas Llosa es el escritor peruano vivo con mayor reconocimiento mundial, además, un activo intelectual público promotor del neoliberalismo a nivel global. Sin embargo, en el Perú, su participación política expresada en la posición que ha desarrollado en las últimas décadas en contra del fujimorismo, es más notoria que su rol como intelectual público neoliberal.

Es justamente este vacío el que viene a llenar el libro que tiene entre manos el lector. La primera virtud de *El hechicero de la tribu* es que nos devuelve un Vargas Llosa desparroquializado, colocado en el entramado de la circulación y la producción de ideas neoliberales a escala global, dejando a su versión más local en un segundo plano.

Vargas Llosa es, desde hace décadas, no solo un difusor de ideas neoliberales; sino también un importante organizador de las redes mediante las cuales estas ideas circulan y eventualmente toman cuerpo.

La segunda virtud del libro escrito por Atilio Boron es que, con enorme solvencia y energía, polemiza con las ideas políticas de Vargas Llosa. Desglosa punto por punto el libro del Nobel *La llamada de la tribu* y confronta a los miembros de esa tribu con la realidad de sus ideas políticas.

A partir de estas dos virtudes, planteo este breve texto como prólogo a la edición peruana de *El hechicero de la tribu*.

¹ Publicado por la casa editorial OtraMirada en colaboración con Latindadd, Lima, Perú, 2020.

La circulación de las ideas neoliberales

Si bien, como escribió Alberto Flores Galindo a propósito de otro intelectual neoliberal peruano, Hernando de Soto, “el porvenir de una ideología es muy pobre si solo se convierte en un libro”; no es una tarea menor, rastrear los procesos mediante los que las ideas políticas se van desarrollando y ganando lugar en esa arena de debate.

Es cierto que entender el éxito del neoliberalismo únicamente a partir de estos procesos es insuficiente, si es que no se mencionan los procesos sociales que permitieron que este conjunto de ideas desarrollase la hegemonía que tuvo y mantiene vigente en la actualidad.

Obviamente, habría que mencionar la crisis económica que el *boom* petrolero de inicios de los setenta desencadenó en las principales economías centrales, produciendo simultáneamente procesos inflacionarios y de estancamiento económico. Tampoco se debería dejar de mencionar el desplazamiento de las cadenas de valor industrial desde esos mismos territorios hacia el sudeste asiático, lo que marcaría el proceso de desindustrialización y debilitamiento de los sectores obreros en los países centrales.

Sin embargo, con similar atención habría que dar cuenta de las trayectorias que siguieron ideas y autores, que las llevaron de un lugar marginal en la esfera de las ideologías políticas en los inicios de la década de 1940, a que cuarenta años después terminaran ocupando un lugar central.

Normalmente, se señala a varios profesores universitarios de origen austríaco, cuyas publicaciones se produjeron a partir de inicios de la década de 1940 como el inicio del pensamiento neoliberal; el punto de origen se sitúa unos años antes, en 1938 para ser precisos, en Francia. En el coloquio Walter Lippman no solo se expondrían algunas de las ideas claves del actual neoliberalismo, sino que se darían los primeros pasos para construir los mecanismos de difusión que permitiesen su circulación alrededor del mundo.

Más que un cuerpo perfectamente coherente de ideas, el neoliberalismo constituye una constelación de ideas que guardan entre sí parecidos de familia y presupuestos metateóricos comunes para observar la realidad.²

² Dieter Plehwe, Bernhard Walpen, and Gisela Neunhöffer, eds., *Neoliberal Hegemony: A Global Critique*, Ripe Series in Global Political Economy (London; New York: Routledge, 2006).

Es el paso del tiempo, así como las distintas estrategias que impulsaron su transnacionalización, lo que le permitieron a esta corriente ideológica ganar su actual cohesión.

Como señala Fisher,³ desde que los primeros exponentes del neoliberalismo iniciaron sus discusiones colectivas en la pequeña ciudad suiza de Mont Pellerin en 1947, se planteó la necesidad de poner en el centro las estrategias de difusión e incidencia que se realizarían. La producción del neoliberalismo como una ideología política suponía no solo el desarrollo de nuevas ideas; sino también la creación de diversas tecnologías, estrategias de difusión y redes transnacionales.

En este terreno, la influencia de un pequeño panfleto escrito por Hayek en 1949, *Los intelectuales y el socialismo*, es determinante. En aquel texto, el austríaco señala la importancia de las ideas en el combate político. No solamente porque estas ideas plantean los marcos de las políticas públicas implementadas; sino también porque al ganar preeminencia en la opinión pública, terminan por influir en los políticos que ejercen el poder. Para Hayek, la opinión pública era modelada por los discursos de los intelectuales, lo que a su vez terminaba por constituir el clima donde las élites políticas actuaban. Hayek, como Schumpeter, creía que los políticos eran maximizadores de votos y que, por tanto, terminarían por seguir a sus votantes.

En *La ciudad letrada*, el papel de los intelectuales era el de oficiar de traductores e intérpretes de los conocimientos de expertos para que estos pudiesen ser comprendidos por la opinión pública. Los intelectuales eran, pues, la bisagra entre uno y otro espacio.

La red de *think tanks* articulados para empaquetar y difundir la ideología neoliberal buscaba modificar el curso de la política introduciendo cambios ideológicos en las demandas de los votantes.

Pero este esfuerzo intelectual no se realizaba en el vacío, sino en un medio donde las ideas keynesianas, socialdemócratas y comunistas tenían una

Philip Mirowski and Dieter Plehwe, *The Road from Mont Pèlerin the Making of the Neoliberal Thought Collective*, (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2009), <http://turing.library.northwestern.edu/login?url=http://site.ebrary.com/lib/northwestern/Doc?id=10400477>.

³ Karin Fischer and Dieter Plehwe, "Redes De Think Tanks E Intelectuales De Derecha En América Latina. (Spanish)," *Networks of Think Tanks and Right-Wing Intellectuals in Latin America*. (English), no. 245 (2013).

enorme influencia. Desplazarlas requería un esfuerzo organizativo vigoroso que supuso la constitución de una red de personas y centros de pensamiento a escala global, capaz de empaquetar y distribuir los puntos de vista que la Sociedad Mont Pelerin (SMP) y sus miembros elaborasen. Estos *think tanks*, además, servían como nexo con periodistas y líderes de opinión para la difusión de las ideas en las opiniones públicas nacionales.⁴

El primero de los *think tanks* bajo el modelo de la SMP fue curiosamente formado un año antes de su primera reunión. La Fundación para la Educación Económica (FEE) fue creada por el empresario Harold Luhnow, quien había conocido a Hayek en 1945, y que financiaría parcialmente la reunión de 1947.

Otra figura clave en los primeros pasos de la red de la SMP fue el también empresario Anthony Fisher, quien luego de conocer el trabajo de la FEE y al mismo Hayek, fue animado por éste para crear lo que sería el Instituto de Asuntos Económicos (IEA, por sus siglas en inglés) ubicado en Londres. Esta institución no solo colaboró en la formación de muchos otros *think tanks* alrededor del mundo, sino que además creó varias de las metodologías que permitieron traducir las doctrinas neoliberales para un consumo masivo, acompañándolas con investigaciones que les dieran sustento.⁵ Hayek estaría en deuda con estos benefactores no solo por el financiamiento recibido, sino por las técnicas provenientes del *marketing* y las relaciones públicas que estos empresarios incorporaron al paquete tecnológico que los *think tanks* desarrollarían. Fisher sería fundamental años después en la expansión del neoliberalismo en América latina gracias a la creación de la Fundación Atlas para la Investigación Económica, en 1981. Dos años antes, en 1979, Fisher y Hayek discutirían la necesidad de ampliar la influencia que el Instituto de Asuntos Económicos de Londres había logrado.

La Fundación Atlas fue puesta en marcha con el objetivo de institucionalizar el proceso de creación de nuevos *think tanks*, convirtiéndose, con el paso de los años, en uno de los nodos centrales de la red neoliberal, encargada de dirigir recursos financieros y de personal hacia distintos nodos de la red.⁶ Atlas no solo empezó a ofrecer paquetes tecnológicos para la

⁴ Mirowski and Plehwe.

⁵ Ibid.

⁶ Fischer and Plehwe.

formación de *think tanks* neoliberales, sino también espacios para las relaciones interpersonales de quienes formarían parte de estas organizaciones.

En décadas recientes, la fundación se involucró en la formación de redes de *think tanks* tanto a nivel intra regional como extra regional. En esta dirección, Atlas colaboró en la formación del Centro Hispanoamericano para la Investigación Económica (HACER, por sus siglas en inglés) y de la Red Liberal para América Latina (RELIAL).⁷

Mientras que HACER articula los distintos *think tanks* hispanoamericanos con sus pares en Estados Unidos, otra organización la Fundación Iberoamericana para Europa (FIE) hace lo propio con el viejo continente. La FIE con fuertes vínculos con el Partido Popular español. Hasta el 2013 había distribuido más de 100 millones de euros en proyectos principalmente asentados en América latina.

Desde la FIE se constituyó la Fundación Internacional para la Libertad (FIL) que articuló a los tanques de pensamiento de Estados Unidos, América Latina y Europa. El presidente de esta organización es el peruano Mario Vargas Llosa.⁸

El escritor peruano participa de todas estas redes transnacionales que desarrollan importantes niveles de superposición entre sí. Por una parte, ha sido becario *Templeton* de la Fundación Atlas, es miembro de la Junta Honorífica de la RELIAL y es presidente de la FIL. Adicionalmente, su hijo y compañero en los proyectos del escritor, Álvaro Vargas Llosa, ha recibido el premio Juan Bautista Alberdi otorgado por HACER. El Nobel es un activo participante de las redes transnacionales que movilizan el pensamiento neoliberal en la región. No solo organiza los nodos que permiten la circulación de estas ideas; sino que tiene el plus de que su figura y pensamiento también son ampliamente difundidos por estos espacios.

En el Perú, Vargas Llosa acompañó la presentación de una de las piezas intelectuales clave del neoliberalismo peruano: *El otro sendero*. En el texto de presentación del libro del economista Hernando De Soto, el Nobel peruano enhebra los ejes del pensamiento neoliberal a las problemáticas nacionales. El Movimiento Libertad y el frente electoral que el escritor

⁷ Ibid.

⁸ Ibid.

impulsó a fines de la década de 1980 bebieron de muchas de las ideas germinadas de aquel encuentro intelectual.

En la discusión pública peruana este Vargas Llosa, entroncado con la tradición neoliberal, fue desapareciendo al son del fin de Libertad y la entronización de Fujimori en el poder. En el Perú de fin de siglo, el clivaje definitivo entre fujimorismo y antifujimorismo ubicó a Vargas Llosa en este último grupo, donde coincidían actores políticos y sociales que, más allá de su acuerdo en lo ilegal de la tercera reelección fujimorista en 2000, tenían planteamientos muy disímiles en otros temas medulares.

A partir de la caída de Fujimori, Vargas Llosa fue uno de los intelectuales que respaldó la elección de Alejandro Toledo en 2001 y que en 2006 respaldó la elección de Alan García del partido aprista contra el ex militar de ideas nacionalistas Ollanta Humala. Si bien el pase a segunda vuelta de Humala podía denotar una radicalización de la política peruana, el país se mantenía relativamente alejado del giro a la izquierda que se desarrollaba en la región. La debilidad de la izquierda electoral y el progresivo crecimiento del fujimorismo volvió a situar al escritor en el mismo clivaje que en el de fines del siglo pasado. Sus intervenciones públicas en el Perú se concentraban entonces en la denuncia de los peligros del fujimorismo como opción política. La recepción del discurso del Nobel tenía una audiencia más amplia y menos homogénea en términos ideológicos que la que reclutaba en otros países de la región.

De ahí, como ya mencioné, la importancia del libro de Boron, pues hace recordar al lector peruano el papel público que Vargas Llosa cumple en el resto de América latina como un claro defensor del neoliberalismo y de los gobiernos que lo impulsan, dejando fuera de juego el rol más contemporizador que el escritor ha cumplido en nuestro país, dadas las singularidades de la lucha política reciente en el Perú.

El liberalismo de Vargas Llosa

Si la primera virtud del libro de Atilio Boron consiste en extraer a Vargas Llosa de la escena política local recolocándolo en la tribuna global de los promotores del neoliberalismo, la segunda virtud de *El hechicero de la tribu* consiste en discutir las ideas políticas de Vargas Llosa con amplia solvencia. Los diez capítulos que componen este volumen confrontan uno a uno a los integrantes de la tribu de Vargas Llosa.

Las ideas de cada uno de los siete autores abordados por el premio Nobel, son retomados por el argentino con una profundidad ampliamente superior. Los sistemas de ideas de la familia neoliberal pierden la elegancia de la abstracción y de la coherencia que se logra al abordar teorías como si de una narración de la realidad se tratase; y son más bien presentados como esquemas conceptuales que deben ser contrastados con la realidad de la que pretenden dar cuenta. El pase al mundo empírico resulta una dura tarea para la tribu de Vargas Llosa.

Además de los siete capítulos que funcionan como un espejo para saldar cuentas con la obra del peruano, se agradece a Boron dos capítulos adicionales. El primero explica el contexto sociopolítico en el que estas ideas actúan. Las del neoliberalismo, ya no como cuerpo de ideas, sino como gobiernos y políticas en lucha política con otros proyectos políticos. Aquí la distancia entre las ideas y la realidad se vuelve descarnada. Si esta última experiencia es siempre dramática para cualquier cuerpo de ideas, en el neoliberalismo adopta un dramatismo adicional. La libertad de unos se convierte en la explotación, el asesinato o el exilio de otros. La libertad de empresa se traduce en la desaparición de los sindicatos y el debilitamiento de los sectores obreros y populares. El enriquecimiento de unos supone el empobrecimiento relativo y en otros casos absoluto de otros.

Desde la instauración del neoliberalismo en los países centrales, los trabajadores de todo tipo han visto caer su participación en la apropiación de las rentas nacionales. El chorreo como doctrina económica mostró su naturaleza falaz. En países periféricos como el nuestro, el ajuste neoliberal condenó a nuestro raquítrico Estado a un achicamiento mayor. Hoy que la pandemia del Covid-19 aparece en toda su dureza, la falta de un Estado capaz de proveer derechos, condena a los ciudadanos a tener que optar por el riesgo del contagio debido a la falta de ingresos. En un Estado con tan bajas capacidades como el peruano, la estrategia dominante ha sido la del sálvese quien pueda.

Si Boron reclama con justeza a Vargas Llosa la falta de algún tipo de conclusión en su libro, esto no es óbice para que el primero esboce algunas conclusiones propias. El último capítulo es un ajuste de cuentas con una idea que germinó originalmente al calor de la Guerra Fría: a saber, la naturaleza indesligable entre las libertades del capitalismo y la democracia. El autor de *El hechicero de la tribu* señala como una operación de propaganda, el vínculo íntimo propuesto por la tribu neoliberal entre capitalismo y

democracia. Si bien esta relación pudo llevarse con cierta armonía durante la edad de oro del capitalismo en los países centrales; hoy esta afirmación no puede tomarse como una petición de principio que no requiera comprobación empírica. El desplazamiento hacia los países asiáticos de las principales cadenas de valor industrial, el debilitamiento de los sindicatos y de las fuerzas políticas que representaban políticamente a estos sectores ha marcado el carácter cada vez más plutocrático que adquiere el régimen democrático en la primera potencia mundial. Autores como Winters⁹ y Gilens & Page¹⁰ señalan que las tendencias oligarquizantes de la democracia norteamericana son palpables. Así lo atestigua la desmedida influencia que ejercen las élites económicas y los grupos de interés empresarial sobre las políticas públicas que pone en marcha este país.

La importancia de las ideas políticas

Intereses, preferencias y comportamientos son tres elementos necesarios para analizar a los actores políticos y sociales. Dependiendo del enfoque que se utilice, el tipo de relación causal entre interés y preferencia, y preferencia y comportamiento demostrará una mayor o menor complejidad. En una visión que Lukes¹¹ denomina tridimensional del poder, y que recuerda al concepto de *hegemonía* desarrollado por Gramsci, uno de los objetivos de la acción política consiste en modificar las preferencias de los individuos para así afectar sus comportamientos. Existen múltiples mecanismos para que esto suceda, sin embargo me interesa, por la naturaleza del trabajo aquí presentado, subrayar uno: la ideología de los actores entendida como los mapas cognitivos, los valores y las identidades que orientan su comportamiento.¹² La ideología es la forma en que los actores creen que la

⁹ Jeffrey A. Winters, *Oligarchy* (Cambridge; New York: Cambridge University Press, 2011).

¹⁰ Martin Gilens and Benjamin I. Page, "Testing Theories of American Politics: Elites, Interest Groups, and Average Citizens," *Perspectives on Politics* 12, no. 3 (2014).

¹¹ Steven Lukes, *Power a Radical View*, Segunda edición ed. (New York: Palgrave Macmillan, 2005).

¹² Acuña, Carlos y Mariana Chudnosky (2013). *Cómo entender a las instituciones y su relación con la política: lo bueno, lo malo y lo feo de las instituciones y los institucionalismos*. En Carlos H. Acuña (comp.) *¿Cuánto importan las instituciones? Gobierno, Estado y actores en la política argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

sociedad funciona, cómo debería funcionar y a partir de la cual construyen su visión acerca de la realidad. Independientemente de si estas se guían por fundamentos divinos, morales, científicos, y, por lo tanto, al margen de su carácter verdadero o falso, resulta relevante su comprensión, la cual a su vez habilita el entendimiento del comportamiento de los actores políticos y sociales.

Tomando en cuenta lo anterior, *El hechicero de la tribu* resulta clave. Las ideas políticas ayudan a formar los marcos de referencia que los actores políticos y sociales utilizarán para formular sus preferencias y movilizarlas durante la lucha política. Tener claridad sobre las ideas políticas propias y las debilidades y falsedades de las de los adversarios políticos es parte de la tarea de quienes luchan por un mundo mejor al actual. En tal sentido, el libro de Boron constituye una herramienta necesaria para librar ese combate.

La lectura de *El hechicero de la tribu* me hizo pensar en el título de un documental sobre el pensamiento de otro intelectual militante en sus labores académicas y su activismo social: Pierre Bourdieu, uno de los sociólogos más importantes de las últimas décadas. Me refiero al documental *La sociología es un deporte de combate*. Parfraseando aquel título me gustaría terminar señalando que le calza perfecto a la labor de Atilio Boron y nos recuerda que no solo la sociología puede ser un deporte de combate, sino que la teoría política también.

Lima, 1 de octubre de 2020.

Breve prólogo a la edición brasileña¹

Atilio A. Boron

Brasil probablemente sea, junto a Colombia, uno de los países culturalmente más blindados del mundo. Blindado, claro, por una clase dominante rapaz, heredera de las tradiciones de la aristocracia del imperio, empeñada en separar a ese país de sus revoltosos hermanos latinoamericanos y caribeños y en abortar cualquier tentativa de integración o de coordinación regional. La ignorancia de lo que ocurría en el entorno geográfico inmediato fue siempre cultivada con esmero por los ricos y poderosos de Brasil. Para ello contaban con sus tentáculos educativos y mediáticos y con unas fuerzas armadas que tenían como hipótesis de conflicto (¿tienen todavía?) a alguno de sus vecinos: antes Argentina, ahora Venezuela. El deliberado desconocimiento de las naciones hermanas se combinaba con una fuerte dosis de prejuicio, desconfianza e inclusive hostilidad hacia pueblos estigmatizados por sus desplantes plebeyos y su irreverencia frente a las jerarquías tradicionales. O sea, se cultivaba la idea de la ajenidad del Brasil en relación con los demás pueblos y naciones del área. Incluso hubo quienes llegaron a decir que Brasil no tenía nada que ver con —ni pertenecía a— América latina. Que su presente —y menos aún su futuro— no estaba sujeto a la suerte de este continente. Los hechos se encargaron de refutar impiadosamente tamaña equivocación.

La frontera lingüística que hace medio siglo erigía una barrera casi infranqueable entre hispanos y *lusoparlante* fue muy importante para la realización de tan infames propósitos. Pero esa infausta muralla se ha venido erosionando en un proceso que, afortunadamente, es irreversible. De a

¹ *O feticheiro da tribo. A farsa de Mario Vargas Llosa e do neoliberalismo na América Latina* (Sao Paulo: Editorial Autonomía Literaria, 2021).

poco el pueblo de Brasil sale del aislamiento impuesto por sus clases dominantes y comienza a tener noticias de lo que pasa en los países vecinos. El gobierno del PT y el protagonismo de algunos movimientos sociales como los *Sem Terra* y la realización en Porto Alegre de sucesivas ediciones del Foro Social Mundial dieron importantes pasos para “latinoamericanizar” al Brasil y, simultáneamente, “brasileñizar” a América latina. Este acrecentado contacto con el mundo circundante hizo que la producción escrita o hablada en lengua castellana circulase más fluidamente por Brasil especialmente desde Recife hacia el sur. Llegaron ideas novedosas, se conocieron audaces experiencias sociales y políticas de claro signo emancipatorio pero, también, se filtró por las hendijas de ese maltrecho muro lingüístico la mala hierba que se expande en el mundo hispano parlante. Ejemplo de ello es la generalizada presencia de los ensayos periodísticos de Vargas Llosa en los principales medios de la prensa brasileña, no solo por sus novelas, sino, sobre todo, por sus reaccionarias y viscerales columnas de opinión, cosa que se ha hecho cada vez más notoria. Y esto hace que el portavoz de la derecha mundial y una de sus principales espadas en la lucha ideológica que se libra a escala planetaria pueda derramar su venenosa retórica entre el público brasileño.

Vargas Llosa es hoy por hoy el principal propagandista de la reacción mundial. Nadie, no solo en el mundo hispanoparlante sino también en la hegemónica cultura anglosajona, logra que sus palabras tengan un alcance y cobertura comparables a las del peruano. Un ex comunista, otrora un fervoroso defensor de la Revolución Cubana que en un proceso que se extiende a lo largo de unos diez años se convierte en un fanático defensor del capitalismo y el neoliberalismo en su versión más radical: el *thatcherismo*, y que se convierte en el principal predicador y apologista del capitalismo en ésta, su fase más virulenta. Hay muchos que en Brasil y en el resto del mundo transitaron por el mismo sendero recorrido por Vargas Llosa desde la izquierda hacia la derecha radical. Es un fenómeno gravísimo que refleja la ventaja que el neoliberalismo ha conquistado en la “batalla de ideas”. Por eso, su conversión está lejos de ser el gesto extravagante de un personaje dotado de un ego de dimensiones colosales. Pero lo que marca la diferencia con tantos otros casos es que se trata de uno de los mejores escritores en lengua castellana del último medio siglo, autor de novelas extraordinarias y en las cuales casi invariablemente sus protagonistas son gentes de izquierda o que están dispuestas a entregar su vida para construir un mundo mejor. La esquizofrenia de Var-

gas Llosa se revela en toda su fuerza cuando se compara la minuciosidad con que en sus novelas describe las formas en que el colonialismo y el imperialismo han sumido a los pueblos latinoamericanos o africanos en la miseria, la ignorancia y la muerte; o las artimañas y crímenes a los cuales apeló la CIA para consumar el golpe de Estado en contra de Jacobo Árbenz en Guatemala con el total olvido en que caen esas consideraciones a la hora de opinar sobre la realidad actual de América latina. Cuando Vargas Llosa se olvida de sus apasionantes ficciones y se interna en el universo de lo realmente existente deja de lado las aceradas armas empleadas al escribir sus novelas y exaltar a sus héroes y empuña, en cambio, los toscos ideologemas del pensamiento burgués convencional. A la luz de este penoso desvarío toda huella de política popular o de izquierda es fulminada por Vargas Llosa con el hechizo de sus palabras y reproducida en los principales medios de comunicación del mundo. Bajo el impulso flamígero de su pluma ruedan las cabezas de Luiz Inácio Lula da Silva, Dilma Vana Rousseff, Néstor Kirchner, Hugo Chávez Frías, Andrés Manuel López Obrador, Cristina Fernández de Kirchner, Alberto Fernández, Evo Morales Ayma, Rafael Correa, Nicolás Maduro, Daniel Ortega, Fidel y Raúl Castro, Miguel Díaz-Canel, José Manuel Zelaya Rosales (“Mel Zelaya”), Fernando Lugo y de cuanto líder o gobierno que se asome en el horizonte sociopolítico regional y demuestre su indocilidad ante los mandatos de Washington. “Populistas”, “estatistas”, “izquierdistas”, “chavistas”, “comunistas” son algunas de las muletillas que utiliza para descalificar a todo aquel, o toda aquella, que se atreva a cuestionar, en sus retóricas o en los hechos, los principios fundantes del credo neoliberal. Todo esto escrito en una prosa muy elegante pródiga en sofismas e informaciones tergiversadas tendientes a presentar a las víctimas de sus ataques como personajes perversos, corruptos e irracionales por cuya influencia nuestros países están sumergidos en la pobreza y el atraso.

Por eso es que, como autor, no puedo sino expresar mi más profunda satisfacción ante la publicación de *El hechicero de la tribu* en el Brasil. Mi libro es una respuesta puntual, capítulo tras capítulo, a *La llamada de la tribu*, un ensayo de Mario Vargas Llosa en donde cuenta cómo abandonó su marxismo de juventud y abrazó con fervor la causa del capitalismo en su expresión más radical: el neoliberalismo *thatcherista*. En su libro analiza a los autores que fueron nutriendo su formación ideológica, comenzando por Adam Smith y siguiendo por José Ortega y Gasset, Friedrich von Hayek, Karl Popper, Raymond Aron, Isaiah Berlin y Jean-François Revel. La

línea argumental de todo su libro procura fundamentar algo absolutamente reñido con las enseñanzas de la historia: que el liberalismo y la democracia son dos caras de una sola y única moneda. Esto puede resumirse en la siguiente fórmula: “Si quieres la democracia debes aplicar a rajatabla los preceptos del liberalismo; y si lo haces, tu democracia florecerá aventando a la vera del camino a los populismos que tanto daño han hecho”.

En mi obra examino con detenimiento la interpretación que hace Vargas Llosa de aquellos siete autores y demuestro cómo los deforma en el caso de Adam Smith y cómo, en el caso de los demás autores, sus planteamientos son irreconciliables con la democracia. Demuestro también que la profundización del capitalismo, en su versión neoliberal como en cualquier otra, tiene como único resultado la instalación de una dictadura de los mercados. Es a causa de ello que el mundo asiste horrorizado a la destrucción del medio ambiente; al escándalo que tan solo el 1 por ciento más rico de la población mundial concentre en sus manos más riquezas que el 99 por ciento restante; y a la acelerada degradación de las democracias en gélidas plutocracias en donde el poder del dinero se sobrepone a cualquier otra cosa. Vargas Llosa es el gran ideólogo y profeta del capitalismo contemporáneo y vocero principal del imperialismo norteamericano. Refutar una a una sus tesis es la tarea que me he propuesto en mi libro, teniendo a la vista que no se trata de un ejercicio académico ni de una controversia teñida por rivalidades personales sino de una empresa de educación política destinada a exhibir, ante grandes sectores de la opinión pública, las falacias del novelista peruano y el sentido moral del proyecto que predica que no es otro que el de hacer que nos resignemos ante las injusticias y horrores de este mundo, que bajemos nuestros brazos y abandonemos toda lucha para construir un mundo mejor. Por eso es tan importante salir al cruce de sus sofisterías, medias verdades y sus malas artes propias de un maligno hechicero que quiere, pese a proclamar lo contrario, sumir definitivamente a nuestros pueblos en la ignorancia y la sumisión a los intereses de los amos del mundo. Desnudar el propósito de sus escritos y ensayos de coyuntura es de la mayor importancia cuando el mundo contiene su respiración a la espera de la finalización de la pandemia del Covid-19 ocasión en la cual, probablemente, surjan las oportunidades para cambiar el rumbo de la historia y avanzar, resueltamente, en la construcción de un mundo pos-capitalista.

Buenos Aires, 5 de octubre de 2020.



Capitalismo, democracia, populismo



Vargas Llosa y la democracia: breve historia de una relación infeliz¹

En una entrevista publicada en el periódico *Clarín* de Buenos Aires, el infame Vargas Llosa aseguraba que “Con Ollanta Humala desaparecería la democracia”.² La ocasión le dio pie al escritor peruano para volver a rumiar sus ocurrencias —pues no se trata de ideas, en el sentido epistemológico estricto de la palabra— sobre la democracia; y a los lectores les permitió asombrarse una vez más ante la elementalísima rusticidad de sus razonamientos sobre la materia.

No es la primera vez que un gran escritor demuestra una radical ineptitud para comprender los problemas políticos de su tiempo. O que, si los comprende, adopta un punto de vista francamente reaccionario por razones que solo un psicoanalista —o tal vez mejor un banquero— podrían explicar. El caso de Louis-Ferdinand Céline, uno de los más grandes escritores franceses del siglo XX es uno de los más destacados: apologista de los nazis, activo colaborador del régimen de Vichy, aparte de sus memorables novelas, Céline escribió, en 1937, un violentísimo panfleto anti-semita titulado *Bagatelas para una masacre* en donde hacía una fervorosa —y oportuna, para Hitler— exhortación para exterminar a los judíos. Otro caso interesante es el de George Orwell, un socialista radical que se jugó la vida como miliciano republicano en la Guerra Civil española. Orwell es el autor de numerosas obras, entre ellas *Rebelión en la Granja* y *1984*. Pese a ello, terminó penosamente sus días como un escritor a sueldo de la CIA en los años de la posguerra. Vargas Llosa es un caso muy parecido al del francés,

¹ Fuente: *Rebelión*, 11 junio 2006.

² https://www.clarin.com/ediciones-antiores/vargas-llosa-ollanta-humala-desapareceria-democracia_0_S1yfyCNJCFe.html

no por su antisemitismo (que su incondicional sumisión a Washington le tiene absolutamente prohibido) sino porque su mutismo ante los crímenes perpetrados por sus amos imperiales es tan estridente e infame como el panfleto antisemita de Céline. En momentos en que algunos medios norteamericanos revelan las matanzas a sangre fría de niños, ancianos y mujeres en las aldeas iraquíes en Haditha e Ishaqui a manos de patrullas de marines, el celoso vestal de la democracia latinoamericana hace mutis por el foro y guarda un oportuno silencio. Cuando habla, en cambio, lo hace para manifestar, en la mencionada entrevista, su honda preocupación por la presencia de la izquierda “tradicional, autoritaria, antidemocrática, que es la izquierda de Fidel Castro, de su discípulo Hugo Chávez, del discípulo del discípulo que es Evo Morales”.

Es que para fanáticos como Vargas Llosa el mundo político se divide maniqueísticamente en dos categorías claramente diferenciadas: está el bien, la democracia; y el mal, personificado —nos dice— en gobiernos como el de Chávez o Velasco Alvarado, “dos modelos absolutamente autoritarios y antidemocráticos”. Claro está que la coyuntura electoral peruana le jugó una mala pasada al desmemoriado autor de *Conversación en la Catedral*. Dado que Humala es el mal absoluto, a Vargas Llosa no le quedó otra que tener que votar por un dinosaurio como Alan García, cuyo desastroso gobierno a mediados de los años 80 exhibió niveles de corrupción, represión e ineficiencia que abrieron de par en par la puerta a la década infame del fujimorismo. Pero el escritor reconoce que todavía hay esperanzas, y que se puede votar a Alan, aunque sea “tapándose la nariz”. El hombre ha dado muestras de haber abandonado su arcaico populismo y parece haberse reconciliado con la economía de mercado, aprendiendo de socialistas “realistas y pragmáticos” como Felipe González, Tony Blair y, entre nosotros, Ricardo Lagos y Fernando H. Cardoso. Además, se está acercando a los Estados Unidos y está dispuesto a concretar el TLC firmado por otro gran demócrata peruano, el presidente Alejandro Toledo, cuyo partido fue arrollado en las urnas en la última elección presidencial y que pese a su total deslegitimación democrática (se retira con apenas un 7 por ciento de aprobación popular) tuvo la desfachatez de ir a Washington a hipotecar el futuro de los peruanos firmando las bases de un tratado profundamente lesivo para su país. Tamaña infamia, antidemocrática hasta la médula, no motivó ninguna protesta del siempre atento Vargas Llosa. El de Toledo fue un gesto democrático que no le mereció el menor reproche.

Leal al imperio hasta sus últimas consecuencias, el escritor peruano adhiere sin vueltas a la nueva doctrina oficial de la democracia pergeñada en Washington y publicitada *ad nauseam* por Condoleezza Rice y sus epígonos, entre los cuales sobresale Jorge Castañeda con su reciente artículo en el *Foreign Affairs* de abril de 2006 en donde reproduce, con visos academicistas, la postura oficial norteamericana.³ ¿Qué dice esta teoría? Que el giro a la izquierda producido en América latina en los últimos años requiere distinguir entre dos variedades: por una parte, una izquierda sensata, realista, pro-americana, que cree en la economía de mercado y en la democracia, y que se expresa en gobiernos como la Concertación chilena, Luiz Inácio Lula da Silva y Tabaré Ramón Vázquez Rosas; por la otra, una izquierda autoritaria, estatista y populista, encarnada en las figuras de Fidel Castro, Hugo Chávez y Evo Morales Ayma, con Néstor Kirchner sospechosamente afectado por “reflejos” que, según Vargas Llosa, van en esta misma desafortunada dirección.

Esta deplorable condición de Vargas Llosa y Castañeda (y tantos otros, por supuesto) como intelectuales del imperio y a su servicio no es inédita en la historia. Hace dos mil años el pueblo de Israel se debatía en un intenso dilema acerca de cómo debía ser la relación con la Roma del Emperador Augusto.⁴ ¿Se cooperaba con la potencia imperial, o se la confrontaba en todos los planos? El dilema dio origen a dos tendencias político-ideológicas: estaban por un lado los “herodianos” que, a partir de una postura supuestamente “realista”, eran partidarios de una alianza incondicional con Roma. Como sus sucedáneos de hoy, decían que no había alternativas y que era necesario trabar un acuerdo con el emperador —el ALCA de su tiempo— aceptando su autoridad y la de sus enviados, consentir en el cobro de los odiosos tributos imperiales y colaborar entusiastamente en la administración de la lejana provincia judía del imperio. Frente a los “hero-

³ “Latin America’s left turn. There is More Than One Pink Tide”, *Foreign Affairs*, May-June 2006, accessible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/south-america/2006-05-01/latin-americas-left-turn>

⁴ Hemos examinado este tema, a propósito de la infausta doctrina del “alineamiento automático” con Estados Unidos adoptada por el gobierno de Carlos S. Menen en “Las transformaciones del sistema internacional y las alternativas de la política exterior argentina”, incluido en: Roberto Russell, compilador: *La política exterior argentina en el nuevo orden mundial* (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1992) pp. 105-148.

dianos” se plantaban los zelotes, una especie de liga político-religiosa que proponía un rechazo xenófobo a todo lo que fuese romano y que hicieron de la intransigencia su principio político. La temporaria victoria de los “herodianos” sobre sus adversarios finalizó abruptamente, cuando Judea fue destruida a manos de sus supuestos protectores romanos y el “realismo” de los primeros quedó al desnudo como una actitud colonizada, infantilmente ingenua, derrotista y, para colmo, reaccionaria. Los “herodianos” se equivocaron miserablemente en el pasado y con sus ideas precipitaron la ruina de Judea. ¿Será que los “herodianos” de hoy —los Vargas Llosa, Castañeda y compañía— que suspiran por el ALCA y que abogan por una incondicional alianza con los Estados Unidos, estarán esta vez en lo cierto?

Intelectuales colonizados, su pensamiento político no es otra cosa que un reflejo grotesco de la concepción oficial, cultivada con esmero por el *establishment* diplomático norteamericano desde hace por lo menos setenta años. La eclosión más descarnada de esta tipología de los gobiernos de la región se le atribuye, con justas razones, a Franklin D. Roosevelt cuando, reaccionando ante los lamentos de la intelectualidad liberal norteamericana de los años 30 por su total apoyo a la sangrienta tiranía de Anastasio Somoza en Nicaragua dijo: “Sí. Es un hijo de puta. Pero es nuestro hijo de puta”. En los años 80 del siglo pasado esta concepción habría de adquirir una pátina académica de la pluma de Jeanne Kirkpatrick, una profesora de ciencia política, que en 1980 escribió un documento de trabajo publicado por un tanque de pensamiento de la derecha, el *American Enterprise Institute*, con un sugestivo título “Dictatorship and double standards”.⁵ La tesis central del documento, que luego se convertiría en un libro, sublimaba el exabrupto de Roosevelt al decir que Washington debe distinguir entre las dictaduras amigas de los Estados Unidos y aquellas que son sus enemigas. Por lo tanto, aplicar indiscriminadamente una política de derechos humanos que penalice a ambas por igual constituye un grosero error, que desmoraliza a nuestros amigos y alienta a nuestros adversarios. En línea con esta teorización Kirkpatrick abogaba por abstenerse de condenar a gobiernos como los de Pinochet y Videla (porque promovían una economía de mercado, eran aliados de los Estados Unidos y, a la larga, harían que

⁵ Jeanne Kirkpatrick, “Dictatorship and double standards”, Documento de Trabajo del American Enterprise Institute (Washington, D.C.), Reprint N° 107, Marzo de 1980.

sus países retornasen a la democracia liberal) mientras que exigía el mayor rigor para condenar a la Revolución Cubana, al sandinismo en Nicaragua, al gobierno de Maurice Bishop en Granada y, por supuesto, a todos los que de una u otra manera eran caracterizados como “comunistas.” La benevolencia con —y el apoyo político, militar y financiero a— los primeros tenía su contrapartida en la promoción de la “contra” nicaragüense apelando, para financiarla, a operaciones de narcotráfico organizadas desde Washington por el coronel Oliver North (operación Irán-Contras); en la invasión y posterior asesinato de Maurice Bishop en Granada en 1983; en la intensificación del hostigamiento a —y criminal bloqueo de— Cuba; o en el lanzamiento de la “guerra de las galaxias” destinada a desangrar económicamente a la Unión Soviética. En reconocimiento a la sagacidad de sus observaciones Kirkpatrick fue designada, durante el primer turno de la administración Reagan, como embajadora de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas precisamente para promover este tipo de políticas.

La versión contemporánea de esta ideología profundamente reaccionaria es la que precisamente repiten como si fueran sesudas contribuciones teóricas Castañeda y Vargas Llosa en tiempos supuestamente “democráticos” como los nuestros. Solo que donde antes se hablaba de “dictaduras amigas” ahora se habla de “democracias racionales y sensatas”, aptitudes éstas que se miden por su puntual coherencia con los dogmas económicos y políticos del neoliberalismo y por su incondicional “amistad” (a veces llegando a los extremos de las relaciones carnales, como ocurriera con Menem en los 90 y como hoy pareciera estar ocurriendo con algunos gobiernos de centro-izquierda) con los amos imperiales. Para Vargas Llosa y compañía que Evo Morales respete escrupulosamente sus promesas electorales de nacionalizar los hidrocarburos y promover la reforma agraria es prueba irrefutable de sus debilísimas propensiones democráticas; que Tabaré Vázquez se haya olvidado del programa del Frente Amplio/Encuentro Progresista es, por el contrario, un signo inequívoco de su inquebrantable vocación democrática. La desorbitada represión descargada sobre los estudiantes secundarios chilenos (mil doscientos detenidos luego de la primera gran manifestación, y estudiantes extranjeros deportados por el solo hecho de haber tomado parte en ella) y sobre los mapuches, a quienes se les aplica una legislación gestada por el pinochetismo, son claras muestras de sensatez democrática, mientras que la tolerancia que Hugo Chávez exhibe con una prensa sediciosa que incita al magnicidio y con fuerzas políticas

opositoras golpistas y violentas es legítima causa de preocupación para el autor de *La ciudad y los perros*. Que no haya “niños de la calle” en Cuba, o que su población goce de una atención médica muy superior a la que los Estados Unidos ofrecen a sus habitantes, son clarísimas muestras de la incurable naturaleza despótica de su gobierno; pero las centenas de miles de familias campesinas que desde hace años acampan en los caminos de Brasil a la espera de la reforma agraria, o los millones de pobres frustrados por el fracaso del programa “Hambre Cero” (y que motivara la significativa renuncia de Frei Beto) son otros tantos ejemplos de vitalidad democrática que tranquilizan el sueño de Vargas Llosa, solo perturbado por las amenazantes imágenes de Fidel y sus discípulos.

La democracia que el imperialismo nos propone —y que el escritor peruano y sus amigos hacen suya— es la que existe en los Estados Unidos, con sus matanzas de civiles inocentes autorizadas por el secretario de Defensa y por la propia Casa Blanca y, por lo tanto, no atribuibles a “excesos” de una patrulla de marines acosados. Democracia es organizar una red mundial de centros de detención adonde se envía, en vuelos secretos, a prisioneros para que sean “legalmente” torturados y a los que se le niega el más elemental derecho a la defensa y al debido proceso. Democracia es condenar a millones de sus ciudadanos a la drogadicción; o conspirar para despojar de sus ahorros a los trabajadores protegiendo a los estafadores; o practicar el terrorismo de Estado a escala planetaria mientras se protege a terroristas como Luis Posada Carriles, se encarcela a cinco cubanos por combatir al terrorismo, al paso que se agita la retórica de la “lucha contra el terrorismo” en todos los foros internacionales. Democracia según el imperio y sus lacayos es garantizar para los amigos de la familia gobernante fabulosos contratos para “reconstruir” Irak y abastecer a las fuerzas de ocupación allí estacionadas, adjudicados sin ninguna licitación pública; o construir un muro de centenas de kilómetros para contener el ingreso de los “nuevos bárbaros” del Sur; o abandonar a su suerte a los barrios pobres de *New Orleans* y la zona del Golfo, y dejar que los huracanes Katrina y Rita lleven a cabo la eutanasia de los pobres. Democracia, en suma, es consentir y promover el secuestro de la política por las grandes empresas, y reducir el impuesto que pagan los ricos aumentando las contribuciones de los pobres. O, como en Italia, que una sola persona concentre en sus manos —como lo hizo por largos años Silvio Berlusconi— todos los canales privados y públicos de la televisión. Esta fenomenal falsificación de lo que

realmente es la democracia es lo que Vargas Llosa nos propone como modelo. ¿Son ideas propias? No. Lo que hace el escritor es regurgitar las ideas de las clases dominantes del imperio y diseminarlas por su amplia geografía. Las ideas que hoy expresa, con su inigualable gracia y simpatía, la señorita Condoleezza Rice. Ideas falsas y mentirosas, que sus epígonos repiten y reproducen con una repugnante mezcla de obsecuencia y solemnidad.



La derecha y su fábrica de mentir

La cumbre de la ultraderecha mundial en Buenos Aires revela varias cosas. Por un lado, la creciente desesperación del imperialismo para “reordenar su tropa” y retomar el control de este continente. La heroica resistencia de Cuba, la solidez política de los procesos radicales en marcha en Venezuela, Bolivia y Ecuador y, por último, la persistencia de una orientación latinoamericana e integracionista en Argentina, Brasil y Uruguay generan el desasosiego de los administradores imperiales. El resultado de la primera vuelta electoral en Perú y la probabilidad de un triunfo de Ollanta Humala es otro dolor de cabeza para la Casa Blanca. De ahí el hiperactivismo de los publicistas imperiales, con Mario Vargas Llosa como mascarón de proa, acompañado por impresentables como José M. Aznar, derrotado en una ejemplar elección por mentirles descaradamente a los españoles sobre los atentados de Atocha, y Arnold Schwarzenegger, artífice de la paulatina destrucción del más importante sistema de universidades públicas de Estados Unidos, la Universidad de California.

La llegada a Argentina de este contingente financiado por poderosos “tanques de pensamiento” de la derecha radical como la Sociedad Mount Pelerin, el Instituto Cato, la Fundación Heritage y el Fondo Nacional para la Democracia con estrechas vinculaciones con los servicios de inteligencia de Estados Unidos y un deshonesto activismo al servicio de las más criminales dictaduras latinoamericanas demuestra la agresiva internacionalización de la derecha, bajo la dirección de Washington, y la importancia que le dan a la “reconquista” de este continente.

Pero el evento también revela algo que ni siquiera el eximio manejo del lenguaje de Vargas Llosa o los artilugios retóricos de otro visitante, Fernando Savater, pueden disimular: que el neoliberalismo es una receta que solo sirve para enriquecer a los ricos y empobrecer a los pobres. Ahí están,

para comprobarlo, los casos ya no de América latina sino los de la rica Europa y Estados Unidos, claros ejemplos de la debacle a la que conducen las políticas neoliberales. En una medida sin precedentes la calificadora de riesgo *Standard & Poor's* acaba de modificar la perspectiva de los títulos de la deuda estadounidense de “estable” a “negativa”. El neoliberalismo transformó a la superpotencia en una nación de pedigüños que sobrevivirá mientras chinos, japoneses y surcoreanos estén dispuestos a prestarles dinero. La deuda pública de Estados Unidos llegó a 47 mil dólares por habitante y a nivel global ya supera los 14 billones de dólares (es decir: 14 millones de millones), una cifra equivalente a su PBI, mientras que hace apenas treinta años oscilaba en torno del billón de dólares. ¡Todo un éxito de las políticas neoliberales! A su vez, la crisis europea que estalló en Grecia ya arrastra a Portugal, Irlanda; Italia y España están caminando al filo de la navaja, mientras Francia, Reino Unido y Alemania ven deteriorarse su situación día a día. Pero los ideólogos y publicistas neoliberales persisten en su prédica porque, en el río revuelto de la crisis, el gran capital financiero se fortalece a expensas de los millones que se declaran en bancarrota. Tres millones de deudores hipotecarios en *default* en Estados Unidos no impidieron que los sueldos anuales de los principales CEOs de *Wall Street* regresaran a los niveles multimillonarios de antaño. En una palabra: nuestros ilustres visitantes no son otra cosa que una pandilla de embaucadores y publicistas que en su ideologismo barato hacen caso omiso de los datos que brotan de la experiencia.

Dado que los concurrentes al cónclave de Buenos Aires insisten tanto sobre las bondades del neoliberalismo para nuestra región es oportuno darle una ojeada a lo que piensan los latinoamericanos sobre las políticas neoliberales. La consultora Latinobarómetro releva todos los años las opiniones y actitudes políticas y sociales de la población en dieciocho países del área. Sus datos son tanto más pertinentes porque se trata de una empresa con un fuerte sesgo conservador y para nada sospechosa de ser crítica del neoliberalismo. En ediciones anteriores de su informe anual se le olvidó consignar que en 2002 había habido un golpe de Estado en Venezuela. Ahora, en su Informe 2010 se dice que en ese año en Ecuador “hubo un confuso incidente con las fuerzas policiales que fue calificado por algunos como ‘golpe’”. Dejamos a los lectores que extraigan las conclusiones por sí mismos. Pues bien: en ese mismo documento se pregunta a los entrevistados si creen que las privatizaciones han sido beneficiosas. Sería bueno

que don Mario y sus amigos les peguen una miradita a estos datos porque en América latina en su conjunto solo 36 por ciento contesta por la afirmativa. Y si se observan los datos para Perú apenas el 31 por ciento ofrece la misma respuesta, 34 por ciento en Chile y 30 por ciento en Argentina. Interrogados acerca de su satisfacción con los servicios públicos privatizados (otro de los caballitos de batalla del neoliberalismo) apenas un 30 por ciento de los latinoamericanos responde afirmativamente, 27 por ciento en Chile y Perú, y 30 por ciento en Argentina. Sobre la situación económica de sus países, el 27 por ciento de los entrevistados de Chile —casi uno de cada cuatro— dice que la misma es buena o muy buena, contra un 17 por ciento en Argentina (igual al promedio latinoamericano) y un escuálido 10 por ciento en el Perú de Alan García y su (ahora) admirador Vargas Llosa. Cuando se pregunta “cuán justa es la distribución de la riqueza”, el país con la mayor proporción de quienes dicen que es “justa o muy justa” es la tan vilipendiada —por los organizadores de esta maratón publicitaria— Venezuela bolivariana, con un 38 por ciento, contra un 14 en Perú y un 12 en Argentina y Chile, país al que nuestros visitantes nos sugieren imitar por sus logros económicos y sociales a pesar de que el 88 por ciento de la población entrevistada afirma que la actual distribución de la riqueza es injusta. Por cierto, un detalle nimio para los ideólogos de la derecha.

Podríamos seguir aportando cifras que revelan la profunda insatisfacción con los resultados de las políticas neoliberales en América latina. Claro está que esto no va a modificar la postura de nuestros visitantes. Tal como los teólogos medievales insistían en que la tierra era plana mientras contemplaban las esferas del Sol y la Luna, estos modernos publicistas de la reacción siguen haciendo su trabajo, impertérritos ante los datos de la experiencia. Su misión es propalar esas “mentiras que parezcan verdades”, para usar una incisiva frase del notable escritor e inescrupuloso publicista del imperio, que con su florida y precisa prosa se le ha encomendado la delicada misión de otorgarle credibilidad a una estafa que nuestros pueblos pagan con su dolor y, muy a menudo, con sus vidas.

21 de abril de 2011.

La furia del hechicero y la venganza de Roger Casement

Días pasados Mario Vargas Llosa descargó otra de sus habituales diatribas sobre los gobiernos y líderes progresistas y de izquierda de América latina.¹ Pero en esta oportunidad dio un paso más y no se privó de atacar también a los electorados que, según su peculiar visión, al elegir a gobiernos “populistas” optan por la barbarie y el atraso de la tribu en lugar de disfrutar las mieles de la civilización capitalista. El novelista está furioso porque algunos países de América latina no parecen dispuestos a querer avanzar por el sendero neoliberal que él les viene proponiendo desde hace tanto tiempo.

Como no podía ser de otro modo, objeto preferente de su ojeriza es el gobierno de Nicolás Maduro. Desde el confort y el lujo de la deliciosa Marbella descerraja sus disparos contra Diosdado Cabello, quien le pidió a su gente que “recurran al trueque para desterrar del país de una vez por todas la moneda imperialista”. El novelista abunda en el asunto y denuncia tarde lo que el gobierno bolivariano viene denunciando hace años: que como parte de la guerra económica que Washington le declaró a Venezuela las mafias vinculadas a los capos del imperio se apoderan de cuanto bolívar circula en el mercado, se los llevan a Colombia y dejan a la población sin circulante para hacer sus compras. Esto no es producto de la lógica del mercado sino una perversa artimaña destinada a fomentar el malhumor social y potenciar el descontento con el gobierno, apostando a que estas penurias provocarán la tan esperada insurrección popular que ponga fin al gobierno de Maduro. En otras palabras: planificar el caos económico y

¹ Cf. “Retorno a la barbarie”, en *El País* (España) 31 de agosto 2019. Reproducido en *La Nación* (Buenos Aires) 2 septiembre 2019.

social y sentarse a esperar que maduren las condiciones para la revuelta popular. Pero el señalamiento de Vargas Llosa se detiene, no por obra del azar o el descuido, en el engañoso mundo de las apariencias dado que omite identificar las causas que originan la desaparición del circulante y los objetivos que la Casa Blanca persigue con esta maniobra. Oculta a sabiendas que esta operación es una de las vigas maestras de las “guerras de quinta generación” (también llamadas “guerras híbridas”) que lleva a la práctica el imperio.² Guerras que ya no se libran con armas convencionales, sino por medio de la conquista de las mentes y los corazones de los pueblos, sembrando el caos, promoviendo el odio y la ira, incentivando el temor y canalizando todas estas frustraciones hacia el gobierno que Estados Unidos desea destruir. En suma: ganar una guerra sin disparar una sola bala y confiando en la eficacia de la “artillería del pensamiento”, como advirtiera Hugo Chávez.

El diagnóstico del novelista es categórico: “lo que ha hecho con Venezuela el ‘socialismo del siglo XXI’ es uno de los peores cataclismos de la historia”. Puede ser, porque lo ha reconocido el propio gobierno bolivariano. Pero no basta con constatar un crimen de lesa humanidad: hay que investigar quién es el culpable, el autor intelectual y el agente material responsable de esta situación. Recordemos: no fueron también cataclismos los que ocasionó Estados Unidos en Irak, en Libia, en Siria, antes en Chile, Nicaragua, Haití, República Dominicana, Granada y, por supuesto, en Vietnam y en Indonesia, Camboya, Laos como antes lo produjeron los ataques de la Alemania nazi en Francia, Italia e Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial. Todos los países víctimas de una agresión sufren terribles penurias, pero nadie en su sano juicio puede culpar a los agredidos por sus padecimientos. Al escritor no se le puede escapar el hecho de que Venezuela es víctima de una guerra de una crueldad infinita, que se ha cobrado miles de muertos por el bloqueo en el suministro de alimentos y medicamentos, por lo que debe enfrentar una situación humanitaria de extrema gravedad.³ Pero ¿desde cuándo la responsabilidad de esta tragedia

² Cf. Andrew Korybko, *Guerras Híbridas. De las revoluciones de colores al golpe* (Sao Paulo: Expressao Popular, 2015).

³ Los bloqueos comerciales son mortíferos. El de EEUU a Irak ocasionó la muerte de unas 650.000 personas; desde el año 2017 las sanciones económicas de Trump a Venezuela llevaron a la muerte de por lo menos 40.000 personas según un reciente informe del Center

recae sobre la víctima y no sobre los hampones, amigos y protectores de Vargas Llosa, que son los que perpetran el crimen de la guerra?

En la alucinada visión del novelista, Estados Unidos es exaltado como la indiscutible vanguardia de la civilización y, por lo tanto, incapaz de hacer el mal; que lo hacen los malos gobiernos que eligen los incorregibles latinoamericanos y nada debe culparse a Washington por nuestros infortunios. Al idealizar a Estados Unidos, el escritor barre bajo la alfombra a una sociedad alienada y alienante que cada semana produce un asesinato colectivo perpetrado por un humanoide que “oye voces” que le ordenan entrar a una iglesia, una escuela, un hospital o una cafetería y disparar a mansalva: o un veterano desquiciado en las guerras de Irak, Siria o Afganistán, o un drogadicto enloquecido deseoso de vengarse de una sociedad que lo redujo a tan desgraciada condición. Nada de esto dice el locuaz y prolífico escritor. También soslaya la existencia de 50 millones de estadounidenses que viven bajo la línea de la pobreza y los otros tantos que están apenas por encima y que comen cuando pueden gracias a las *food stamps*; o la de los poco más de 550.000 *homeless* diseminados a lo largo y a lo ancho de todo el país; o la del 25 por ciento de la población de Estados Unidos que no tiene asistencia médica alguna o que la tiene en grado insuficiente.⁴ Esto para ni hablar de una “civilización” que perpetró los dos mayores atentados terroristas de la historia de la humanidad al reducir en instantes a cenizas a más de doscientas mil personas inocentes cuyo único delito había sido vivir en Hiroshima y Nagasaki.

Incapaz de controlar el sesgo ideológico que tanto lo ofusca el autor de *Conversación en la Catedral* clama por los “cuatro millones de venezolanos” que han huido del país, pero cierra beatíficamente sus ojos ante los ocho millones de desplazados en Colombia, oficialmente reconocidos por las autoridades de ese país. Cuatro millones (suponiendo que sean cuatro)

for Economic Policy and Research de Washington, D. C. Ver <http://cepr.net/press-center/press-releases/report-finds-us-sanctions-on-venezuela-are-responsible-for-tens-of-thousands-of-deaths>

⁴ La cifra de los “sin casa” se encuentra en <https://endhomelessness.org/homelessness-in-america/homelessness-statistics/state-of-homelessness-report/> con base en informes oficiales del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano del gobierno de Estados Unidos. Los datos sobre la insuficiencia asistencia médica provienen de <https://www.thebalance.com/health-care-inequality-facts-types-effect-solution-4174842>

que huyen de Venezuela es una catástrofe; ocho millones que abandonan los campos colombianos es un agradable paseo que no despierta el menor reproche en el rencoroso escritor. Peor aún, en su desbocada iracundia se congratula de que Chile “progrese a pasos de gigante” al igual que en “Colombia, donde la democracia funciona y parece hacer avances pese a todas las deficiencias del llamado ‘proceso de paz’.” Es obvio que el novelista extravía por completo el rumbo cuando abandona el terreno de la ficción —en el que se mueve con indiscutible maestría— y pretende instalarse como un cronista objetivo y profundo de su época. Para su desazón hay que decir que en este terreno es apenas un diletante.

Por ejemplo, se escandaliza de las “gigantescas fortunas” fugadas por la dirigencia chavista sin aportar, como ocurre invariablemente en sus frecuentes libelos, un solo dato concreto o una sola fuente objetiva sobre la cual apoyar sus denuncias. Pero seré solidario con él y le ofreceré una información que seguramente le será de utilidad: bajo el gobierno de su admirado amigo Mauricio Macri, fugaron de la Argentina, entre el 1º de enero de 2016 y el 30 de junio de 2019, la friolera de 70.200 millones de dólares; a razón de 54 millones de dólares día a día, incluyendo sábados, domingos y “fiestas de guardar”. Son datos oficiales del Banco Central. Pero como se trata de un amigo, el novelista seguramente se llamará a silencio ante este descomunal saqueo. Prefiere fantasear con el dinero que los chavistas habrían fugado de Venezuela y no meter sus narices en los delitos cometidos por sus amigos y auspiciantes.

En su nota prosigue con sus difamaciones: centenares de presos políticos en Venezuela, torturas sistemáticas, cuerpos represivos que se multiplican, “impopularidad del régimen”, “asesinatos a mansalva”, sometimiento vía terror y siguen las letanías. Pero, ¿está hablando de Colombia, donde cada semana desaparecen, torturan o matan a tres o cuatro militantes sociales? ¡No! Habla de Venezuela, poniendo su exquisita pluma de escritor de ficciones al servicio de los más sórdidos intereses de las clases dominantes de Estados Unidos y América latina. Y se permite agredir también a nuestra Cuba, heroico país que ha soportado con un alarde de patriotismo y estoicismo admirables sesenta años ininterrumpidos de agresiones norteamericanas. Pero el autor de *La casa verde* pasa por alto esa nimiedad y se permite describir a Cuba como un país “que se ha quedado fuera de la historia”. Sangra por su aún entreabierta herida porque quien se quedó fuera de la historia fue él, postergando para siempre sus sueños de ser presidente

del Perú. Sus compatriotas le propinaron una derrota humillante a manos de Alberto Fujimori en la elección presidencial de 1990. Después de ese masivo repudio tuvo que optar por la ciudadanía española. ¡Y pese a ello tiene la desfachatez de decir que Cuba se quedó fuera de la historia!

Es obvio que lo propio de este novelista no es el ensayo, sino la ficción. Si muchos de sus personajes volvieran a vivir (pienso en el entrañable irlandés Roger Casement, héroe de *El sueño del celta*) seguramente lo increparían sin piedad por su cinismo y por su deshonestidad, al poner en sus bocas palabras y discursos anticapitalistas y antiimperialistas que luego desprecia y denigra cuando abandona sus ficciones y se dedica a comentar lo que ocurre en el mundo real. Por ejemplo, en este mismo artículo le reprocha a argentinas y argentinos por su “locura furiosa”, expresada en las elecciones primarias del 11 de agosto, que se tradujeron en una categórica derrota de su amigo Mauricio. “Yo pienso” —dice el escritor— “que el llamado ‘gradualismo’, el empeño del equipo de Macri en no exigir más sacrificios a un pueblo extenuado por los desmanes de los Kirchner” fue el causante de la derrota. Es obvio que Vargas Llosa no tiene la menor idea de lo que ha ocurrido en la Argentina. Solo un ignorante, o una persona desalmada, puede “exigir más sacrificios” a un pueblo que gracias a las políticas que él propone con tanto ahínco ha sido empobrecido, hambreado, desinformado y confundido por la propaganda oficial, abrumado por aumentos escalofriantes en las tarifas de los servicios públicos, por la escalada inflacionaria, crecientemente desempleado, con miles de pequeñas y medianas empresas cerradas, con el consumo cayendo en picada, con brutales recortes en los programas de salud y educación y con un país que se convirtió en un festival de endeudamiento y fuga de divisas. Y no solo eso: el escritor se permite asegurar que el gobierno de su amigo, el que tomó por asalto y saqueó a la Argentina es “probablemente el más competente y honrado que ha tenido el país en mucho tiempo”. Ni honrado ni competente, sino todo lo contrario, don Mario. Y si tiene tiempo venga a la Argentina y converse con gente real, de carne y hueso, no las momias con las que alterna cuando nos visita, y compruebe por usted mismo si todavía se le puede exigir que hagan más sacrificios. Sobre todo para que los ricachones que nos gobiernan sigan abultando sus fortunas de manera escandalosa.⁵

⁵ Ver “El presidente incrementó sus bienes en un 51 por ciento y es el tercer funcionario más rico de su gabinete”, en Chequeado.com, La mayoría de los miembros del gabinete

Termina usted su balance de esta penosa marcha desde la supuesta civilización a la barbarie refiriéndose a los gobiernos de Nicaragua, Bolivia y México. La verdad: nada nuevo. Reproduce sin el brillo que su pluma exhibe en sus novelas las mentiras y “posverdades” que elaboran sin cesar sus amigos en Washington y reproduce la peonada intelectual y política que el imperio apaña y mantiene en estas latitudes. Fulmina a Daniel Ortega, a Evo Morales y a Andrés Manuel López Obrador (AMLO) sin aportar un solo dato, sin la menor especificación del contexto, sin situar históricamente las luchas de esos gobiernos sometidos por siglos a la opresión imperialista. Lo hace confiado en el hechizo de su prosa. Pero no basta. Acusa con impudicia a Evo de pretender eternizarse en el poder, habiendo sido de lejos el mejor presidente de toda la historia de Bolivia y construido la economía más sana y dinámica de Nuestra América. Nada de eso le importa. Esa “eternización” es maligna, dice, pero no así la de su compadre Felipe González o la de su mentora ideológica y política Margaret Thatcher. En estos casos sus prolongadas permanencias en el gobierno fueron síntoma de virtud republicana.⁶ Lo que es bueno en un europeo es malo cuando lo hace un indio, un mulato o un obrero. No hace falta ser un psicólogo para percibir el racismo subyacente a aquella denuncia.

No le va mejor a AMLO, que también cae bajo el rayo de su inquina: “prosигuen los asesinatos de periodistas y mujeres a un ritmo aterrador”, afirma, y su “populismo comienza a carcomer una economía que, pese a la corrupción del gobierno anterior, parecía bien orientada”. Los asesinatos de periodistas y los feminicidios comenzaron con los gobiernos que precedieron a López Obrador y que Vargas Llosa apoyó con todas sus fuerzas, ¿o se le olvidó ese detalle? Y eso de que la “economía parecía bien orientada” es un certificado oficial de ignorancia en lo más elemental de la ciencia y la historia económicas. Charlatanería pura, como la que exalta las

y el círculo de amigos del régimen se enriquecieron escandalosamente durante la gestión de Mauricio Macri. Y casi sin excepción tienen depositadas sus fortunas en paraísos fiscales. Ver <https://chequeado.com/el-explicador/declaraciones-juradas-arribas-dujovne-y-macri-los-mas-ricos-del-gabinete/>

⁶ Tal como lo reconoce con orgullo en su *La Llamada de la Tribu* (Madrid: Alfabuara, 2018). Una crítica a ese libro, y en particular a la “revelación” que le produjo su asombroso encuentro con Thatcher se encuentra en mi *El hechicero de la tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América latina* (Madrid, México, Buenos Aires: AKAL, 2019).

“democraduras” de Piñera y Duque en Chile y Colombia. En Chile, país con el mayor endeudamiento per cápita de América latina producto de la privatización de casi todo, incluida el agua, y en donde según un estudio de la prestigiosa Fundación Sol de ese país “más de la mitad de los trabajadores asalariados no puede sacar a una familia promedio de la pobreza” y cuya población se ha resignado a ser gobernada por los ricachones y sus representantes políticos y ya no se molesta en ir a votar. Ese es el modelo a imitar, según el escritor, pese que es uno de los países más desiguales del mundo, comparable a la de Rwanda.⁷

Y el otro modelo es nada menos que Colombia, país sometido al flagelo de una interminable matazón que no cesa y que no provoca el menor gesto de compasión del imperturbable novelista hispano-peruano, que debería avergonzarse de ello. Lo mismo cuando todavía se pregunta si “el gigante brasileño comenzará el retorno a la barbarie”. ¡Teléfono, don Mario! No se enteró que Jair Bolsonaro preside Brasil y que la barbarie ya está instalada en el Palacio del Planalto. Bolsonaro le declaró la guerra a la cultura, prohibió la “ideología de género”, condena a las escuelas formadoras de ciudadanos, a la naturaleza misma, siendo el principal autor intelectual y político del gigantesco incendio que se está devorando partes de la Amazonía. ¿No son suficientemente bárbaras todas estas iniciativas? No lee los diarios, no explora lo que dicen las redes sociales (no la de sus amigos, que le pintan un mundo beatífico que, aparentemente, toma por cierto). ¿No sabe que hubo un “golpe blando” en Brasil y que terminó con el gobierno legal y legítimo de Dilma Rousseff y que sus verdugos fueron dos bandidos, Michel Temer y Eduardo Cunha, que ahora están en la cárcel por ladrones? También lo está Lula, pese a que en el juicio el juez Sergio Moro dijo que no tenía pruebas de la corrupción pero que estaba convencido que había robado un departamento. ¿No le suena a despotismo monárquico todo esto? Tal vez no, porque el polémico rey emérito de España, Juan Carlos, le confirió un título de nobleza y lo hizo marqués. Pero, ¿le parece un gesto civilizatorio regresar a la época de la Inquisición en donde un cura enviaba a la hoguera a una mujer porque también él, como el juez Moro, estaba

⁷ Cf. nota de Nicolás Bravo Sepúlveda, en el periódico digital *El Mostrador* www.elmostrador.cl/destacado/2019/08/21 Los datos sobre la desigualdad se encuentran en un informe del Banco Mundial: “Taking on inequality” (Washington: 2016).

convencido que la víctima era una bruja que se había entregado gozosa a la concupiscencia de Satanás? ¿No sabía que Moro, dilecto alumno de los programas de “buenas prácticas” que organiza el gobierno de Estados Unidos, fue premiado por Bolsonaro por encarcelar a Lula designándolo nada menos que ministro de Justicia del Brasil? En fin, don Mario: ¿en qué mundo vive usted?

Pongo fin a esta nota con una breve alusión a una novela que tengo ya en mente y que los disparates propagandísticos de sus ensayos y la deslealtad en que incurre con los personajes de sus ficciones me urgen escribir. En ella hay una escena en la cual el irlandés Roger Casement se presenta abruptamente en su mansión madrileña. Toca a la puerta, usted le abre y él, sin decir agua va, lo sujeta firmemente del cuello y lo abofetea hasta derribarlo. Ya en el suelo Roger se agacha, lo sujeta por los pelos y enfurecido le grita:

¿por qué me has traicionado, por qué exaltabas mi lucha anticolonialista y antiimperialista en el libro que me dedicaste y ahora te conviertes en vocero de toda esa basura que combatí toda mi vida? ¿Eso era tan solo un negocio para ti? ¿Crees que lo que hice en el Congo Belga y en la Amazonía peruana era un juego? ¿Crees acaso que esas historias de barbarie se han terminado gracias al ‘progreso de la civilización capitalista’ como lo dices? ¿No ves en toda América latina y el Caribe gentes sufriendo las inenarrables penurias que tu narraste al novelar mis afanes en pos de la justicia y la dignidad humana? ¿Cómo explicas tu incoherencia? ¿Hasta dónde piensas llegar con tu felonía? ¿Hasta cuándo seguirás mintiendo? ¿Eres consciente que descenderás a la historia como un personaje funesto, como Louis-Ferdinand Céline, el gran escritor francés del siglo veinte XX, pero con su fama corroída irreparablemente por su apología del racismo y el nazismo? ¿Crees que otra será tu suerte? Te equivocas. Los heroicos personajes de tus novelas nos encargaremos, uno tras otro, de denunciar el hiato moral insalvable que separa al gran escritor que noveló nuestras luchas antiimperialistas del amanuense de las burguesías y sus amos imperialistas. Denunciaremos también la impostura y la doblez de quien escribe novelas de izquierda y en la vida real se coloca a la derecha de ellas. Razón por la cual los verdugos de la humanidad te suben a un pedestal mientras eres repudiado por las mujeres y hombres de buena voluntad que por doquier bregan por construir un mundo mejor.

Las alucinaciones de Vargas Llosa

(O sobre los países que prefieren la pobreza y el atraso)

En su artículo de este domingo 20 de septiembre de 2020, en *El País* de Madrid, Mario Vargas Llosa vuelve a dar rienda suelta a una de sus frecuentes alucinaciones, y probablemente la más estafalaria de todas. Según ella, los países pobres lo son porque eligieron serlo. En cambio, otros pueblos, más lúcidos y trabajadores, optaron por la prosperidad y la consiguieron. De ser cierta esta ocurrencia del narrador peruano produciría una revolución copernicana en la historia y las ciencias sociales, sumergiendo en una crisis terminal al pensamiento social de Occidente desde Platón hasta nuestros días. Pero aún el alumno más indolente de los primeros años de cualquier carrera de sociología, historia y economía, sabe que las cosas no son (ni fueron) así y que si la gran mayoría de los países del mundo están inmersos en la pobreza debe haber causas que expliquen lo que en el pensamiento del autor de *Conversación en la Catedral* no puede ser otra cosa que una imperdonable estupidez. La hipótesis de que miles de millones de personas de la población mundial prefieren vivir en la miseria, la desnutrición, la ignorancia y la enfermedad es absurda, porque supone que todos ellos son víctimas de un incurable masoquismo que los impulsa a optar por el sufrimiento en vez del goce y el disfrute que vienen de la mano de la prosperidad.

Los ejemplos a los que apela Vargas Llosa desnudan la intencionalidad política de su exabrupto: Venezuela eligió ser pobre y Alemania, en cambio, prefirió ser rica. Mientras aquella eligió el camino del socialismo los alemanes prefirieron al capitalismo. La descripción que hace del país sudamericano no solo es incorrecta sino también inmoral. Venezuela, ni siquiera durante los años del *boom* petrolero, “progresaba a pasos de gigante” como fabula el novelista. En aquella dorada época las compañías norteamericanas saqueaban a voluntad el petróleo venezolano, destinando

algunas migajas para corromper a la clase dirigente y a los operadores del Pacto de Punto Fijo, engatusar a las capas medias más acomodadas con las luces cegadoras del consumismo, mientras dejaban al pueblo en total indefensión. Millones de personas no vieron a un médico en su vida hasta que Chávez llegó a Miraflores; millones de mujeres parieron tres y cuatro hijos en los rancheríos de Caracas y otras ciudades sin jamás haber visto a una ginecóloga o siquiera una enfermera. Cuatro millones de personas (sobre un total de 24) eran *zombis* civiles y políticos privados de todo derecho: carecían de documentos de identidad, vivían en calles sin nombres y casuchas sin número y la mayoría no sabía ni leer ni escribir. Todo esto ocurría en las épocas en las cuales, según las afiebradas fantasías del escritor, Venezuela prosperaba “a pasos de gigante”. Llegó Hugo Chávez y puso fin a tanta injusticia. El “caracazo” de 1989 es la prueba más elocuente —de las muchas que hay— para descalificar su aseveración. Y si en ese país hoy escasean los alimentos, medicamentos e insumos de todo tipo (para la industria, el transporte, etcétera) es a causa de las sanciones y la hostilidad permanente que Estados Unidos desató en contra de la Venezuela Bolivariana desde su nacimiento. Obviar ese dato no solo invalida su descripción, sino que constituye una inmoralidad de marca mayor. Vargas Llosa no puede ignorar que el bloqueo y las sanciones económicas concebidas para producir privaciones y sufrimientos —como lo propone un ex asesor de Barack Obama en *The art of sanctions*— con el ánimo de provocar un levantamiento popular que ponga fin al gobierno de Nicolás Maduro son crímenes de lesa humanidad, políticas de exterminio, de aniquilación de una población. Son, en una palabra, genocidio.¹ Escamotear este dato convierte al tan galardonado escritor en un cómplice de esos crímenes, al igual que Luis Almagro y Michelle Bachelet, Mike Pompeo y Donald Trump, entre tantos otros.

Alemania, en cambio, optó por “la prosperidad, es decir, estimuló la empresa privada, la competencia y el ahorro, e integró su economía en los mercados mundiales”. El resultado: un formidable crecimiento económico. Sin embargo, los violentos incidentes que tuvieron lugar el 23 de junio en Stuttgart desmienten la versión idílica, novelesca, del

¹ Cf. Richard Nephew, *The art of sanctions. A view from the field* (New York: Columbia University Press, 2018).

peruano. Según el diario *Frankfurter Rundschau*, la tensión social que conmueve el subsuelo de la sociedad alemana tiene su génesis en el pasado, cuando millones de *gastarbeiter* (“trabajadores invitados”) llegaron a Alemania para laborar en sus fábricas. Pero, tal como lo indica su nombre, se suponía que los “invitados” en algún momento regresarían a sus lugares de origen, cosa que no ocurrió. Su radicación en el país que los había invitado, con una intención claramente oportunista, puso en cuestión la integración social de una sociedad que en poco más de una generación se convirtió en pluriétnica y multicultural y, encima de eso, más desigual. Esto se comprueba al observar que el índice Gini —que mide la desigualdad económica— alcanzó recientemente un valor de .295, el nivel más elevado desde 1989, cuando se produjo la reunificación de Alemania.² Por otra parte, ¿cómo ignorar que las políticas del Banco Central Europeo y la Comisión Europea favorecieron descaradamente a Alemania, a costa de sumir en la crisis a otros países europeos (siendo Grecia apenas el caso más conocido)? ¿O que el proyecto de la Unión Europea fue la astuta concreción del *Deutschland uber alles* (Alemania por encima de todo) como lo demuestra no solo el Brexit, sino el resentimiento de tantos países de la eurozona que se empobrecieron mientras Alemania se enriquecía?

El remate del razonamiento de Vargas Llosa es que las dificultades para emular al modelo alemán radican en la corrupción que,

en el caso de América latina, está tan profundamente arraigada en sus gobiernos, roban tanto sus ministros y funcionarios y el robar es una práctica tan extendida en casi todos los Estados, que es del todo imposible establecer una economía de mercado que funcione de verdad.

Otra generalización absurda que coloca en el mismo saco a todos los gobiernos de la región, incluyendo, en buena hora, al de sus amigos como Sebastián Piñera, Mauricio Macri e Iván Duque. Pero las cosas no son tan simples, porque la corrupción es un cáncer ampliamente extendido en las economías capitalistas avanzadas, claro que bajo formas mucho más sutiles

² <https://www.iamexpat.de/expat-info/german-expat-news/income-inequality-germany-reaches-record-high>

que las que imperan en algunos de nuestros países. Pero en ambos casos se trata de lo mismo. ¿O acaso la extensa red de “paraísos fiscales” —mejor sería llamarlas “guaridas fiscales”— en los países del capitalismo avanzado o sus ex posesiones coloniales no son sino la expresión más refinada de la corrupción inherente al capitalismo? Según la *Tax Justice Network*, algunos de los “paraísos” favoritos de los grandes capitales son las Islas Vírgenes, Bermudas, Islas Caimán y Bahamas en el Caribe; Singapur y Hong-Kong en el sudeste asiático y Holanda, Suiza y Luxemburgo en Europa. Allí se evaden impuestos, se lava dinero del narcotráfico, venta ilegal de armas y tráfico de órganos y personas y se montan toda clase de operaciones comerciales y financieras al margen de la ley. Al lado de esa corrupción en gran escala, que cuenta con el inequívoco apoyo de los gobiernos del mundo desarrollado, la que hay en América latina y el Caribe, por imperdonable que sea, es un juego de niños.

La pobreza y el atraso que abruma a América latina y el Caribe tienen, según Vargas Llosa, como su causa fundamental el visceral rechazo que la palabra “capitalismo” encuentra en estas latitudes. Aquí el novelista tropieza, una vez más, con “las duras réplicas de la historia”, como gustaba decir a Norberto Bobbio. ¿Cómo olvidar que bajo el yugo de las coronas de España y Portugal Nuestra América desempeñó un papel decisivo en el desarrollo del capitalismo global desde sus mismos orígenes? El oro y la plata de nuestros países, y más tarde minerales y diversos productos agrarios, nutrieron durante siglos la acumulación capitalista de los imperios coloniales y sus aliados europeos. Después de apostar durante quinientos años al capitalismo, los resultados están a la vista. ¿Qué pretende Vargas Llosa: que sigamos trajinando durante otros cinco siglos por la misma ruta? No hay futuro para nuestros países dentro del capitalismo, que nos condena al subdesarrollo, la desigualdad, el racismo, el patriarcado y a una catástrofe ambiental, para colmo en una región del mundo en donde la presión sofocante del imperialismo norteamericano se ejerce con simpar intensidad.

Hay muy buenas razones por las cuales el capitalismo en buena parte del mundo, y no solo en América latina, se ha convertido en una mala palabra. Ha creado un sistema que produjo monstruosas consecuencias: que el uno por ciento más opulento de la población mundial retenga tanta riqueza como el 99 por ciento restante; o que los “2153 milmillonarios que hay en el mundo posean más riqueza que 4600 millones de

personas (un 60 por ciento de la población mundial)”.³ Si la palabrita que tanto le fascina, “capitalismo”, tiene mala prensa no es por un capricho de la izquierda y de quienes queremos un mundo mejor, sino porque lo que el novelista califica como “una sensación de injusticia y desigualdad, de bribonería y egoísmo” es un dato duro, lacerante, de la realidad. No es ninguna “sensación”: el capitalismo es esencialmente injusto y la bribonería y el egoísmo están inscriptos, de modo inamovible, en su ADN.

De paso, ya que estuvo en Alemania, le cuento que su tan admirada Ángela Merkel, tiene que esmerarse un poco más para luchar contra el coronavirus, pese a que usted displicentemente afirma “que parece allí perfectamente controlado”. Le cuento: mirando las estadísticas al día de hoy, lunes 21 de septiembre, que en aquel país hay 124 muertos por Covid-19 por millón de habitantes, mientras que en las bloqueadas y salvajemente agredidas Cuba y Venezuela la cifra es de 10 y 19 respectivamente. Tan horrible no debe ser el socialismo para exhibir estos notables resultados, y tan bueno no debe ser el capitalismo para que las cifras del Chile de su amigo Piñera sea de 642 por millón de habitantes, las de Bolivia 651, Brasil 643 y su país de origen, Perú, un catastrófico 948, una masacre. ¡Ah!, me olvidaba. Dígale al primer ministro conservador Boris Johnson, heredero de las glorias de su tan ensalzada Margaret Thatcher, que le convendría pedirle algún consejo a Miguel Díaz-Canel o Nicolás Maduro, para que le digan cómo hicieron para combatir al Covid-19 en sus países, porque la tasa de mortalidad por millón de habitantes del Reino Unido (615) es un escándalo, al igual que la Donald Trump (616), todos sin tener que neutralizar los embates de bloqueos, sanciones económicas, invasiones y sabotajes. Las conclusiones son obvias. Y al hablar de corrupción no se olvide de su querido amigo, el rey emérito Juan Carlos I; sí, ese que le adjudicó un marquesado y años después huyó de España como un vulgar ladronzuelo. Yo que usted antes de hablar otra vez de la corrupción en América latina lo pensaría no una sino diez veces.

³ <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/los-milmillonarios-del-mundo-poseen-mas-riqueza-que-4600-millones-de-personas>

Fabulando sobre capitalismo y pobreza

Pocas dudas caben sobre la calidad de Mario Vargas Llosa como narrador. Si bien sus obras más recientes no tienen el mismo espesor literario de las que les precedieron, el peruano sigue siendo un notable escritor. Pero como lo he demostrado en un libro de muy próxima aparición, *El hechicero de la tribu*, su talento como analista político, siendo benévolos, diríamos que no supera la mediocridad. Claramente el análisis político no es lo suyo porque ni conoce las teorías y, mucho menos, la metodología; su mundo, en el cual navega con maestría, es la ficción. Y como él mismo lo ha dicho más de una vez, un escritor es alguien que escribe mentiras que parecen verdades. La elegancia y precisión formal de su escritura, acompañada a menudo por un énfasis rayano en el fanatismo cuando trata asuntos políticos o ideológicos, ejerce una poderosa seducción sobre sus lectores.

Embriagado por su propio discurso, Vargas Llosa traspasa con absoluta desaprensión los límites de la ficción, se interna en el análisis político y allí, en ese terreno resbaladizo y por momentos traicionero, descerraja a diestra y siniestra afirmaciones atrabiliarias cuando reacciona ante fenómenos o ideologías políticas que se encuentran en las antípodas de sus creencias. Por eso, el colombiano César Gaviria, quien fuera secretario General de la OEA antes de que, bajo la conducción de Luis Almagro, esta institución se hundiera en imborrable ignominia, dijo que

A veces, al leer a don Mario, tengo la impresión de que su capacidad de análisis político es proporcionalmente inversa a sus logros literarios, y debería oír con más frecuencia el refrán que a todos nos enseñaron de chicos: “zapatero a tus zapatos”.¹

¹ (Cf. *El País*, España, 18 junio de 2000).

Jamás objetaría que Vargas Llosa manifestase libremente sus opiniones políticas o, como hubiera dicho su amigo Octavio Paz, sus ocurrencias —algo que es preciso distinguir de las ideas—. Pero el aire pontifical con que las emite —como si fueran el producto de un minucioso análisis— y la complicidad de quienes la reciben y reproducen por los medios hegemónicos, convierten en verdades irrefutables un ejercicio groseramente propagandístico por el cual el narrador se convierte en fabulador. La reciente entrevista concedida a un periodista del diario *La Nación*, de Buenos Aires, el pasado 25 de marzo, en ocasión de su visita a este país para participar en el VIII Congreso Internacional de la Lengua Española (celebrado en la provincia de Córdoba), lo comprueba sin atenuantes.² Tomaré solo dos pasajes a título de ejemplo.

En el primero dice textualmente que

En este momento, la humanidad tiene un privilegio que no tuvo nunca. Los países pueden elegir si quieren ser prósperos o elegir ser pobres. Y las recetas están ahí, probadas. Los países que reforzaron la propiedad privada, la empresa privada, el libre mercado y se abrieron al mundo, han avanzado.

Si este disparate fuese cierto habría que concluir —cosa que el peruano no hace— que por lo menos las cuatro quintas partes de la humanidad está constituida por imbéciles profundos que, en lugar de la prosperidad, prefieren vivir en la indigencia, sin viviendas dignas, sin educación, salud pública, acceso al agua potable y redes cloacales. Nuestro autor no tiene formación en ciencias sociales ni se le ocurre consultar algunas fuentes insospechadas de estar contaminadas con el virus populista o izquierdista que tanto lo desvelan. Como Oxfam, por ejemplo, quien, en su informe presentado ante la Cumbre de Davos 2019 demostró que

desde 2015, el uno por ciento más rico de la población mundial posee más riqueza que el resto del planeta; que los ingresos del diez por ciento más pobre de la población mundial han aumentado menos de tres dólares al año entre

² Mario Vargas Llosa: “Los países pueden elegir si quieren ser prósperos o pobres”, en <https://www.lanacion.com.ar/politica/mario-vargas-llosa-los-paises-pueden-elegir-nid2232075/> 25 marzo 2019.

1988 y 2011, mientras que los del uno por ciento más rico se han incrementado 182 veces.³

Y, recordemos, la mayoría de estos países sumidos en la pobreza se vieron forzados a aplicar por presión del FMI, o del Banco Mundial o sus sucedáneos regionales, las políticas libremercadistas y privatizadoras del imperialismo, que con tanto ardor publicita Vargas Llosa.

Y al hablar específicamente de la Argentina, el narrador vuelve a fabular cuando sentenció que “este país fue el primero de la región que logró erradicar el analfabetismo. Ahora nadie se acuerda, pero se lo propuso y lo hizo. La pregunta es cómo pasó que la Argentina dejó de ser un país próspero. Y la respuesta es simple: eligió el camino de la pobreza”. Dos cosas: la respuesta no es simple, sino simplista, que no es lo mismo. Y, además, falsa, en más de un sentido. Fue Cuba, luego de la Revolución, el primer país en erradicar el analfabetismo en América latina. Y segundo, porque si hubiera tenido la prudencia de consultar las fuentes censales de la Argentina, habría caído en la cuenta de que este país, a diferencia de sus tan denostadas Cuba y Venezuela, aún no erradicó el analfabetismo. En los albores del peronismo, el censo de 1947 registraba un 13.6 por ciento de analfabetos entre la población mayor de 10 años. Es decir que después de casi setenta años de políticas liberales gestionadas por la oligarquía de este país cuando, presuntamente, argentinas y argentinos habían elegido la prosperidad, la tasa de analfabetismo seguía siendo considerablemente elevada. Hubo que esperar hasta 1991 para descenderla hasta el 3.7 por ciento, y en el censo de 2010 —ya bajo el gobierno de Cristina Fernández— la tasa llegó a un 1.92 por ciento, que es lo que técnicamente se considera el umbral mínimo para certificar el fin del analfabetismo en un país. Dictamen final: aplazado en análisis político por severos errores metodológicos. Como dijo César Gaviria, “zapatero a tus zapatos”, don Mario. Basta ya de decir mentiras para que parezcan verdades.

³ <https://www.lavanguardia.com/economia/20170116/413409733554/ricos-pobres-planeta-desigualdad-oxfam.html>

Esa irresistible compulsión por mentir

(Anotaciones sobre la Pandemia y el Uruguay)

Ya nos parecía extraño que Mario Vargas Llosa permaneciera en silencio ante las atrocidades de la pandemia. Sobre todo, las sufridas en sus dos países, el de origen, Perú, y el de su adopción, España. Allí se refugió después de haber sido repudiado por sus compatriotas hace hoy exactamente treinta años —un 10 de junio de 1990— tras su humillante derrota a manos de Alberto Fujimori en la elección presidencial de ese año. Como era previsible, aprovechó la ocasión de la pandemia para dar a conocer otra de sus tantas mentiras que parecen verdades —arte maligno del cual es un refinadísimo cultor— para alabar al gobierno de su amigo Luis Lacalle Pou que, según el escritor, decidió combatir al Covid-19 apelando a “la responsabilidad de los ciudadanos” y declarando “que nadie que quisiera salir a la calle o seguir trabajando sería impedido de hacerlo, multado o detenido, y que no habría subida de impuestos, porque la empresa privada jugaría un papel central en la recuperación económica del país luego de la catástrofe”.

Quien lea estas líneas comprobará que su indudable talento como escritor es tan grande como su ignorancia en materia de economía y estadística. También que su resentimiento contra la izquierda exagera este defecto y lo induce a extraer conclusiones que se desmoronan como un castillo de naipes ante una suave brisa. Aplaudiva el hecho de que en Uruguay solo se registren 23 muertos a causa del coronavirus, pero insólitamente le atribuye ese mérito a un presidente que asumió pocos días antes del estallido de la pandemia. Su obcecación lo mueve a desconocer que antes de la presidencia de su amigo Lacalle Pou, hubo quince años de gobierno del Frente Amplio (al que descalifica por sus “equivocaciones notables en política económica” aunque reconoce que se respetó “la libertad de expresión y las elecciones libres”) durante los cuales la salud pública fue una de las prioridades de la gestión del médico Tabaré Vázquez, durante diez años,

así como durante el interregno de José “Pepe” Mujica. Fue eso: la fuerte presencia del Estado en el terreno de la sanidad y no las palabras huecas e insulsas de Lacalle Pou lo que protegió al pueblo uruguayo de la pandemia.

A contrapelo del Uruguay y las políticas de la izquierda, en sus patrias de nacimiento y adopción, el desastre producido por las ideas que Vargas Llosa propagandiza con tanto denuedo es estremecedor. Con 5738 muertos el Perú figura en el 21 lugar en la lista de 215 estados y territorios compilados por la Organización Mundial de la Salud, y España ocupa el sexto lugar en el ranking gracias a las 27.136 víctimas del Covid-19 facilitadas por las “políticas de austeridad” de los sucesivos gobiernos neoliberales que asolaron a ese país. Otros gobiernos admirados por el escritor: el de Ecuador con sus 3690 muertos se coloca en el puesto número 17 mientras que el 19 está reservado para el Brasil de Jair Bolsonaro con un saldo luctuoso de 38.701 muertos.

Pero el impacto de la pandemia y la eficacia de las políticas gubernamentales se muestran de modo más nítido cuando se controla el número de muertos por millón de habitantes. Allí las palmas se las lleva la pequeña república de San Marino, enclavada en territorio italiano, que con sus escasos ciento cincuenta y un mil habitantes tiene una tasa de letalidad por millón de 1238. Pero Bélgica, uno de los portaestandartes de la reacción neoliberal, le sigue con 831 por millón; el cuarto lugar lo ostenta el Reino Unido de su admirado Boris Johnson, con 606/millón, y en el sexto encontramos a España, con 580 muertos por millón de habitantes. Ecuador con 209, Brasil con 182 y Perú con 174 continúan en el pelotón de la vanguardia. Mucho más abajo, obviamente está Uruguay, con siete muertos por millón, una performance notable, sin duda, igual a la que exhibe Japón. Pero mucho más meritorio es que esa misma cifra sea la que tiene Cuba, tan denostada por el hechicero neoliberal. Igual que Uruguay y el Japón, pero sin que ninguno de estos dos países sufra la asfixia de un encarnizado bloqueo que se extiende a lo largo de sesenta años, que los maleantes que gobiernan Estados Unidos solo atinaron a endurecerlo aún más en el medio de la pandemia.

Implacable crítico de Alberto Fernández —“lamentaremos la derrota de Macri”, dijo el escritor poco después de la victoria del candidato del Frente de Todos— y los gobiernos “populistas” de la Argentina, Vargas Llosa debería saber que con sus 717 víctimas de la plaga este país exhibe una tasa de letalidad de 16 muertos por millón de habitantes, lejos, muy le-

jos de los valores que registran España y Perú, inclusive de Estados Unidos con sus 348 por millón. Y que en el país que gobierna su amigo Sebastián Piñera, este índice es ocho veces mayor que el de la Argentina. En efecto, en el más antiguo experimento neoliberal de América latina, y en donde la privatización de la salud ha sido llevada a un extremo durante casi medio siglo, el índice llega a 130 por millón.

Conclusión: la pandemia exige para su control una fuerte presencia del Estado para proteger a la población, cosa que no se logra convirtiendo a la salud y los medicamentos en onerosas mercancías. La experiencia actual refuta los tóricos delirios de los mentores intelectuales de Vargas Llosa: Popper, Von Hayek, Berlin, Revel y compañía, responsables indirectos de políticas que en los Estados Unidos produjeron más de 115.000 muertos. Afebrados delirios que se contrarrestan con los sobrios números de Cuba, Uruguay, China, Vietnam y Venezuela. Sí, la bloqueada República Bolivariana que, como el Uruguay, también tuvo apenas 23 muertos por el Covid-19. Solo que cuando se estandariza esta medida por millón de habitantes la tasa en ese país no alcanza siquiera a uno por millón, contra el muy meritorio siete del Uruguay. Pero todas estas cosas las calla el escritor, y no creo que sea porque desconozca algo tan elemental. Puede ignorar las complejidades teóricas de la economía política y los fundamentos matemáticos de la estadística. Pero cálculos tan elementales como el que hemos expuesto más arriba están al alcance de cualquiera. Me niego a admitir que Vargas Llosa no haya caído en la cuenta de todo esto. Pero su misión, su fanatismo, lo lleva, una y otra vez, a mentir para defender una causa perdida. No parece haber caído en cuenta de que aparte de las cuantiosas pérdidas humanas, el Covid-19 hizo algo más: descerrajarle el tiro de gracia al neoliberalismo como fórmula de gobernanza. Y si no me cree, que por favor se dedique a leer los diarios de la mal llamada “comunidad financiera internacional” (en realidad una tropa de truhanes y bandidos de “cuello blanco”) que allí se lo explicarán con pelos y señales.

Casos nacionales



Colombia

Dos varas para juzgar la vida política

Días pasados el escritor Mario Vargas Llosa publicó una nota en el diario *El País* (Madrid) titulada “Retorno a la barbarie”, en donde se refería a Colombia y decía que allí “la democracia funciona y parece hacer avances, pese a todas las deficiencias del llamado “proceso de paz”. Días después publiqué una nota refutando las principales tesis expuestas por el novelista peruano.¹ Pero hoy lunes 9 de septiembre, leo en el diario *El Espectador*, de Colombia, que en poco más de un mes han sido asesinados seis aspirantes a distintos cargos en disputa para las elecciones regionales que tendrán lugar el 27 de octubre de 2019. Ultimados a escopetazos, o con fusiles y granadas, secuestrados y abandonados luego en automóviles incendiados. Tan grave es la situación que el senador Gustavo Petro exigió la suspensión de las elecciones en los distritos en donde se asesinen a los candidatos.

Esta noticia la comparto porque es un lúgubre y, a la vez, rotundo recordatorio de la visión sesgada que Vargas Llosa exhibe en sus crónicas políticas, donde se muestra minuciosamente implacable para descalificar y satanizar situaciones o personajes que considera “bárbaros” de distinto pelaje como Nicolás Maduro, Evo Morales, Daniel Ortega (y que, por casualidad, coinciden con los que el gobierno de Estados Unidos define como sus enemigos y les declara la guerra) a la vez que hace gala de una infinita tolerancia para convalidar, con su atronador silencio, los crímenes que se cometen en un país donde “la democracia funciona y parece hacer avances”, como en Colombia. Solo por las opacas anteojeras ideológicas que ofuscan la visión del novelista es que puede ensalzarse a Colombia como un ejemplo de una

¹ Ver en mi blog <http://atilioboron.com.ar/la-furia-del-hechicero-y-la-venganza-de-roger-casement/> o en numerosos periódicos digitales

democracia que funciona bien. Si estos asesinatos ocurriesen en la campaña electoral ahora en curso en Bolivia, Vargas Llosa seguramente habría puesto el grito en el cielo. Pero no, tuvieron lugar en un lugar donde gobiernan los amigos y la respuesta es un silencio cómplice. Doble rasero, que le dicen. Una vara para medir a los enemigos, otra completamente distinta para medir a los amigos. No solo no es serio. También es inmoral.

A continuación, los pasajes más relevantes de la nota de *El Espectador* informando sobre este asunto:

▷ Con la muerte de García Vásquez ya son seis aspirantes a las elecciones los que han sido asesinados desde el 27 de julio, fecha en la que se cerraron las inscripciones de candidaturas. El pasado 1° de septiembre, en un atentado con fusiles y granadas, mataron a Karina García, candidata a la Alcaldía de Suárez (Cauca), y Yeison Obando, candidato al concejo de ese mismo municipio. El 19 de agosto fue hallado sin vida el cuerpo de Luis Eduardo Caldera Villamizar, quien era aspirante al Concejo de San Jacinto del Cauca (sur de Bolívar), desaparecido días antes.

▷ El 12 de agosto fue Nelson Enrique Gaviria García, candidato al Concejo de Betania (Antioquia), quien fue interceptado cuando se desplazaba en un taxi por desconocidos que le propinaron varios disparos y lo mataron. Y el 3 de agosto, Silvio Alonso Álvarez, candidato por el Centro Democrático al Concejo de Versalles (Valle del Cauca), fue hallado muerto en la vereda Arabia con un impacto de bala. Estos hechos, incluso, ya han motivado propuestas, como la del senador Gustavo Petro, para que no se realicen las elecciones en los sitios en donde la violencia está a la luz del día en la contienda. “Ni las elecciones de Suárez ni las de Toledo se deben realizar, ninguna elección es válida si han asesinado a uno de los candidatos participantes”, comentó el congresista en Twitter.²

Vargas Llosa y la violencia

(sobre Gustavo Petro y su candidatura)

Demostrando que los años lejos de tornarlo más sabio han potenciado su obcecación y su fanatismo, Vargas Llosa declaró hace un par de

² Fuente: <https://www.elspectador.com/elecciones2019/campana-electoral-de-alto-riesgo-van-seis-candidatos-asesinados-articulo-880130>

días en Madrid que la elección de Gustavo Petro en la próxima elección presidencial de Colombia sería un grosero error. Según el novelista peruano, Petro es “un candidato muy peligroso que puede empujar a Colombia cada vez más hacia soluciones de tipo colectivista y estatista, es decir, a un populismo”. Por supuesto, se trata de opiniones que carecen de fundamento. A esta altura de su vida, Vargas Llosa no se preocupa por estudiar seriamente los temas sobre los cuales opina, sino que emite despreocupadamente sus “ocurrencias”, productos cerebrales que no deben confundirse con las ideas, que son expresión de un razonamiento complejo por completo ausente en aquéllas. Quien quiera ver un completo catálogo de sus “ocurrencias” no tiene más que leer su último libro, *La llamada de la tribu*, para comprobarlo.

En el caso que nos ocupa, el Nobel peruano no se tomó la molestia de estudiar la propuesta de Petro y de Colombia Humana, la coalición política que lo apoya y, además, se permitió incurrir en un dislate mayúsculo al afirmar que Colombia “es una democracia que funciona; las instituciones en Colombia funcionan, hay una tradición institucional”. Una democracia que estuvo en guerra durante más de cincuenta años y que, por la presión de una parte del Congreso y el Poder Judicial (no así la Corte Constitucional), ha incumplido y saboteado sistemáticamente el proceso de paz. Recordar también que, cuando consultada, la población rechazó los acuerdos de paz entre el gobierno y la guerrilla (50.2 por ciento por el no, 49.8 por ciento por el sí) y los medios de comunicación tuvieron mucho que ver con tan lamentable resultado que mostró, además, la profunda fractura que divide a la sociedad colombiana. Una democracia que, según cifras oficiales

desde el momento de la dejación de armas en junio de 2017, han sido asesinados 85 ex combatientes o sus familiares (...) y entre comienzos del año pasado y lo corrido de este, la violencia homicida ha recaído sobre 260 “líderes sociales”, entre los cuales cuentan parte de los 166 de Marcha Patriótica asesinados entre 2011 y 2018.³

³ <https://www.semana.com/opinion/articulo/proceso-de-paz-en-colombia-y-duque-columna-de-jorge-botero/569556>. Los datos de Marcha Patriótica se encuentran en el Informe del Equipo Nacional de Garantías y Derechos Humanos de esa organización.

Seguramente cuando Vargas Llosa habla de “tradición institucional” estará pensando en la que instituyó el padrino del candidato que goza de su favor, Iván Duque. Hablamos, claro está, del narcopolítico Álvaro Uribe Vélez, denunciado como tal por el FBI y la DEA en 1991, que desde entonces es un rehén de Washington, so pena que le pase lo que le ocurrió a otro narcopresidente, el panameño Manuel Antonio Noriega, que terminó purgando una condena de cuarenta años de cárcel.⁴ En su condición de rehén de Estados Unidos, Uribe —y por extensión su peón, Iván Duque— deberán hacer lo que Trump les ordene. Y si el rehén del rehén no obedece Uribe puede seguir los pasos de Noriega. Seguramente que para Vargas Llosa este es un detalle menor que para nada empaña la inmaculada tradición institucional de Colombia. Lo mismo que haya trece estrechos colaboradores durante la presidencia de Uribe Vélez condenados o procesados por la justicia colombiana.⁵ O que, cuando presidente, Uribe Vélez hubiera organizado el reclutamiento (o el secuestro) de miles de jóvenes colombianos de los pueblos más apartados del país engañándoselos con la promesa de un empleo, se les vistiera de guerrilleros y luego se los fusilara, para mejorar las estadísticas, presentando a esas víctimas como prueba de la “eficiencia” de la política de combate a la guerrilla que proponía el presidente. Hay que recordar que cómplice de estos crímenes fue el actual presidente Juan Manuel Santos, que era su ministro de Guerra. Las fosas comunes que se encuentran por todo el territorio colombiano son otro indicio de la calidad de la democracia de ese país, puesta en peligro ahora por la candidatura de Gustavo Petro lo mismo que los más de siete millones de desplazados por el paramilitarismo, el narcotráfico y el conflicto armado.⁶

⁴ Sobre la relación de Uribe Vélez con el narcotráfico ver <https://nsarchive.gwu.edu/briefing-book/colombia/2018-05-25/narcopols-medellin-cartel-financed-senate-campaign-former>. La información estaba disponible desde 1991, pero solo fue hecha pública años después, lo que no impidió que Washington apoyara la candidatura presidencial de Uribe.

⁵ Cf. “Las batallas perdidas del uribismo en la justicia”, *El Tiempo*, 18 de abril de 2015. Disponible en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15593157> Por si al escritor peruano le asaltan las dudas sobre este tema puede disiparlas leyendo otra nota de *El Tiempo*, 8 de abril del 2008: “Escándalo de la ‘parapolítica’ completó 51 congresistas involucrados y 29 presos”, en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-4085772>

⁶ “Colombia abre la mayor fosa común de desaparecidos del mundo” en *Público*, 28 julio 2015, disponible en <http://www.publico.es/internacional/colombia-abre-mayor-fosa-comun.html> Según el periódico *El Espectador* el gobierno certificó que al 18 de junio de 2017

En fin, las listas de las monstruosidades perpetradas por esta peculiar “democracia” colombiana sería interminable. Pero eso no arredra en lo más mínimo a Vargas Llosa, devenido en un *killer* literario fiel a sus reaccionarias obsesiones y leal con sus jefes políticos en Washington y Madrid. Por eso sale a matar con sus palabras a quienes, como Gustavo Petro o Andrés Manuel López Obrador hoy, y antes Cristina Fernández, Dilma Rousseff, Luiz Inácio Lula da Silva, Hugo Chávez, Nicolás Maduro, Rafael Correa, Evo Morales, Néstor Kirchner, en suma, a todos los que tuvieron la osadía de negarse a ser sirvientes del imperio. ¿Cómo calificar la conducta del narrador peruano? Simple. Eso se llama “apología de la violencia”, y es una figura criminal.

había 7.400.000 desplazados internos en Colombia. Ver <https://www.elespectador.com/noticias/el-mundo/colombia-sigue-siendo-el-pais-con-mas-desplazados-internos-74-millones-articulo-698945>

Venezuela Mentiras que matan

Pocas veces leí tantas mentiras y calumnias como en la nota de Mario Vargas Llosa en *La Nación*, titulada “La gesta libertaria de los estudiantes venezolanos”.¹ Pocas veces vi a un gran escritor arrastrarse tan bajo para complacer a sus mecenas imperiales o ser víctima de una andropausia intelectual tan profunda que lo impulse a mentir descaradamente y a escupir sobre su propio pasado, cuando defendía con ardor a la Revolución Cubana.

Ejemplos de esas mentiras: “millones de estudiantes en las calles” protestando contra el gobierno bolivariano, cuando fueron unos pocos miles los que ganaron las calles sobre los casi dos millones y medio de universitarios que hay en Venezuela; Leopoldo López elevado a la categoría de “preso político” por perpetrar crímenes que, en Estados Unidos, España o Francia, lo condenarían a prisión perpetua; exaltar a los “guarimberos” como si fuesen una amable tertulia de estudiantes e intelectuales, mientras tienden un alambre de púa a ambos lados de la calle para, en la noche, decapitar a motociclistas desprevenidos; “por doquier se levantaron barricadas”, dice el escritor, cuando en el momento de su apogeo había guarimbas en 18 de los 335 municipios existentes en Venezuela (¿qué quiere decir “doquier”, don Mario?); “cerca de cincuenta compañeros que han perdido ya la vida” a manos del gobierno, cuando la realidad es que la mayoría de las víctimas de la violencia de la derecha han sido chavistas o funcionarios del gobierno y sus fuerzas de seguridad. Son estos “pacíficos disidentes” quienes incendian universidades y edificios públicos, destruyen parques y plazas, pegan

¹ Cf. <http://www.lanacion.com.ar/1687598-la-gesta-libertaria-de-los-estudiantes-venezolanos>, del día 6 de mayo de 2014.

fuego a automóviles o transportes colectivos, y quienes han salido a las calles dispuestos a matar.

La densidad de mentiras por cada línea de esa nota no tiene parangón, prueba irrefutable de lo que decía en una de sus novelas Alejo Carpentier acerca del “ultraje irreparable de los años”. Solo que en el caso de Vargas Llosa es un proceso muy agudo, que comenzó hace mucho tiempo, antes de que llegara a su actual decrepitud intelectual y moral. Habría que estudiar las razones por las que un gran escritor, que sin duda lo es, y que conoce los crímenes y las artimañas del imperialismo y sus secuaces locales como pocos (quien lo dude le recomiendo leer lo que pone en boca de Roger Casement, el luchador anticolonialista de *El sueño del celta*) puede llegar a arrastrarse en el fango inmundo en que hoy se revuelca Vargas Llosa contando sus “mentiras que parezcan verdades”, como el mismo definió el arte del novelista. Solo que cuando escribe ensayos sobre la realidad contemporánea de Venezuela, esas mentiras no son un inocente entretenimiento, sino que se convierten en una siniestra coartada para alentar y justificar en ese país un desenlace sangriento como el producido por las hordas neonazis en Ucrania. Y de eso, tarde o temprano, tendrá que hacerse responsable.



Cuba

Defensa y abominación de la Revolución Cubana

Mario Vargas Llosa no siempre pensó como piensa hoy. Fue durante seis años (1965-1971) colaborador de Casa de las Américas y asiduo visitante de Cuba. En desacuerdo con lo actuado en relación con el sonado “caso Padilla”, el novelista peruano renunció al cargo que ocupaba en el Comité de la revista de Casa de las Américas. Mucho después, y ya en el exilio, Padilla diría que todo el episodio: su poesía antirrevolucionaria y su posterior confesión, que causó un revuelo mundial, había sido un pérfido montaje, y que había estudiado las “confesiones” durante las purgas estalinistas de los años 30 para reproducirlas ante sus censores. Pese a ello el 29 de mayo de 1971, dos meses después de esa farsa, Vargas Llosa creyó necesario entregar a la prensa una declaración en la que aclaraba los alcances de su postura crítica. Vale la pena leerla y, después, preguntarse qué ocurrió a continuación y que fue lo que hizo que Vargas Llosa cambiase como cambió, que de un ardiente defensor de la Revolución Cubana pasara a convertirse en uno de sus más viciosos detractores. El extraordinario viraje de su pensamiento es uno de los misterios más intrincados de la literatura y la política latinoamericana.

César Hildebrant, en una entrevista telefónica para la revista *Caretas*, de Lima (junio, 1971) le dijo que

Periódicos de derecha han destacado insólitamente el entredicho suyo con Fidel Castro. ¿Qué opina al respecto?

—Era previsible que la derecha tratara de sacar partido de los acontecimientos cubanos. Es una de las razones por la que el episodio de las autocríticas y el discurso de Fidel me parecen lamentables: por la extraordinaria oportunidad que brindan a la derecha y al imperialismo de atacar la solución socialista para los problemas de América latina.

En lo que a mí se refiere, el 29 de mayo entregué a la prensa la siguiente declaración:

Cierta prensa está usando mi renuncia al comité de la revista Casa de las Américas para atacar a la Revolución Cubana desde una perspectiva imperialista y reaccionaria. Quiero salir al frente de esa sucia maniobra y desautorizar enérgicamente el uso de mi nombre en esa campaña contra el socialismo cubano y la revolución latinoamericana. Mi renuncia es un acto de protesta contra un hecho específico que sigo considerando lamentable, pero no es ni puede ser un acto hostil contra la Revolución Cubana, cuyas realizaciones formidables para el pueblo de Cuba son llevadas cabo en condiciones verdaderamente heroicas, que he podido verificar personalmente en repetidos viajes a la Isla. El derecho a la crítica y a la discrepancia no es un privilegio burgués. Al contrario, solo el socialismo puede asentar las bases de una verdadera justicia social, dar a expresiones como “libertad de opinión”, “libertad de creación”, su verdadero sentido. Es en uso de ese derecho socialista y revolucionario que he discrepado del discurso de Fidel sobre el problema cultural, que he criticado lo ocurrido con Heberto Padilla y otros escritores. Lo hice cuando los acontecimientos de Checoslovaquia y lo seguiré haciendo cada vez que lo crea legítimo, porque esa es mi obligación como escritor. Pero que nadie se engañe: con todos sus errores, la Revolución Cubana es, hoy mismo, una sociedad más justa que cualquier otra sociedad latinoamericana y defenderla contra sus enemigos es para mí un deber más apremiante que honroso.¹

Se escuchó, ¿no?

¹El facsímil de la entrevista se encuentra en [<https://sites.google.com/site/biblioteca-candelabrocomas/mario-vargas-llosa-y-cesar-hildebrandt>].

Vargas Llosa. Su choque con la revolución cubana²

Entrevista a Roberto Fernández Retamar

La Habana, Cuba. Embelesado con la naciente revolución encabezada por Fidel Castro Ruz, el escritor peruano Mario Vargas Llosa fue, en los años sesenta, uno de los escritores latinoamericanos más cercanos al proceso revolucionario de la Isla.

Mucho le agradezco su cariñosa carta del 29 de agosto, que he encontrado aquí en mi casa de Londres, esperándome. Solo llegué del Perú hace tres días y por eso acuso recibo con tanto atraso. Me dio mucha alegría saber que usted y los otros amigos de la Casa de las Américas estaban enterados de lo sucedido en Caracas [cuando pronunció un discurso al recibir el Premio Rómulo Gallegos] y aprobaban mi actitud.

Así iniciaba la carta escrita hace 43 años (2 de octubre de 1967) por el hoy Premio Nobel de Literatura y enviada a Haydée Santamaría, encargada del proyecto de la Casa de las Américas y una de las mujeres más cercanas a Fidel Castro Ruz desde el movimiento guerrillero de la Sierra Maestra.

En la misiva, el escritor peruano muestra su admiración e interés en regresar a Cuba:

Voy a tratar de arreglar las cosas de tal manera que pueda viajar al Congreso Cultural en enero, pues no solo tengo mucho interés en asistir a esa reunión que puede ser de gran trascendencia para América latina, sino también un gran deseo de charlar con usted y los amigos de la Casa sobre muchas cosas comunes. Mi problema es la universidad, pues voy a dictar este año, aquí, un curso de literatura. Confío en obtener una licencia, aunque sea de diez días para estar con ustedes. Le agradecería mucho si me avisara con tiempo la fecha del Congreso, para hacer las gestiones del caso. De nuevo mil gracias por sus líneas, que me conmueven mucho, y me llenan de estímulo expresa, y concluye con un afectuoso saludo de Mario Vargas Llosa. Y cumplió su palabra. El año siguiente de la carta, Mario Vargas Llosa, junto con

² Revista *Proceso* (México), 10/10/2010, <https://www.proceso.com.mx/80652/su-choque-con-la-revolucion-cubana>.

afamados escritores latinoamericanos, estadounidenses y europeos, como Juan Goytisolo, Jean-Paul Sartre, Susan Sontag, Jorge Semprún, entre otros, participaron en el primer Congreso Cultural en La Habana. Durante varios días sostuvieron sendas reuniones con el líder de la revolución, Fidel Castro.

Así recuerda al escritor peruano el escritor y poeta cubano Roberto Fernández Retamar (La Habana, 1930), actual director de Casa de las Américas:

Sé que él estuvo vinculado a Casa de las Américas, incluso se hizo en 1965 una mesa redonda sobre *La ciudad y los perros*, su primera y ya notable novela. Después formó parte del consejo de colaboración de la revista Casa de las Américas. Él estuvo realmente muy cerca de nosotros y desgraciadamente se separó después, no solo de Casa de las Américas, sino de toda perspectiva revolucionaria, pasando a ser un connotado ideólogo de la extrema derecha. Pero recordamos con simpatía los años que estuvo con nosotros.

En efecto, Vargas Llosa tuvo un estrecho maridaje con el naciente gobierno comunista de Cuba: participaba en actos literarios, escribía cartas, defendía a Cuba y su revolución en medios de América latina, participaba en congresos y se vinculaba con el proceso cultural de la mayor de las Antillas.

En enero de 1965, el narrador y ensayista aceptó integrar el jurado de la sexta edición del concurso literario Casa de las Américas. Junto a Camilo José Cela (España), José Pedro Díaz (Uruguay), Jaime Sarusky (Cuba) y David Viñas (Argentina) decidieron, por unanimidad, entregarle el premio de novela al argentino Víctor García Robles por su obra *Oid mortales*.

En la página ocho de la cronografía del libro *Memorias de los premios Casa de las Américas*, recopilado por Inés Casaña y Jorge Fornet, aparecen dos fotografías en las que Vargas Llosa convive feliz, en La Habana, en una mesa en la que se encuentra parte del jurado de los premios (novela, cuento, poesía, etcétera) en 1965.

Entre otros aparecen José Lezama Lima, Camilo José Cela, Edmundo Aray y Jaime Sabines. En la misma página del libro se publica otra foto donde aparecen también los poetas Allen Ginsberg, José Lezama Lima, J. M. Cohen, Nicanor Parra y Jaime Sabines.

En esa edición, Vargas Llosa también convivió con un puñado de prestigiosos escritores de novela, cuento, teatro y poesía: Emilio Abreu Gómez,

Vicentina Antuña, Emilio Carballido, Antonio Larreta, Ricardo Lachaman, Humberto Arenal y Enrique Caracciolo, entre otros.

Notable escritor, mal político

Los que conocieron a Mario Vargas Llosa en sus andanzas en La Habana, en los años sesenta, lo recuerdan como un hombre radical en todas sus acciones.

En la entrevista con *Proceso*, Fernández Retamar dice:

Mario es el ejemplo más flagrante del escritor que va de un extremo al otro. Él no solo era revolucionario, sino radical. No solo apoyaba a la revolución cubana, sino a todo el movimiento de izquierda de América latina. Yo me atrevería a decir que fue un hombre no de izquierda, sino de extrema izquierda. Como ahora no diría que es de derecha, sino de extrema derecha. Ha dado un cambio muy grande y lo que se ha conservado vivo en él es su talento literario.

Acota: “Mario Vargas Llosa es un notable escritor, es tan buen narrador como mal político”.

El director de Casa de las Américas celebra que la Academia Sueca le haya conferido el Premio Nobel de Literatura 2010: “Encuentro justo que se le entregue, de verdad, a un escritor tan talentoso como es Vargas Llosa”. Pero lamenta que el Premio Nobel no haya sido para el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal (Granada, Nicaragua, 1925). Fernández Retamar reconoce, “a pesar de la diferencia política tan grande que existe entre nosotros”, que el nuevo Nobel sea “un escritor de primera clase, de primera fila y en este orden entiendo ha sido bien dado el Nobel”, y lo define: “no solo es un notable narrador, sino también un gran ensayista y crítico de envergadura”.

¿Qué destacaría de su obra literaria?

Para mi gusto y conocimiento, tiene varios libros notables. Pienso en *La casa verde*, pienso en *Conversación en la Catedral*, pienso en *La guerra del fin del mundo*, por mencionar unas cuantas que son novelas notables, realmente muy buenas.

¿Recuerda usted si escribió algo defendiendo a la revolución cubana?

Recuerdo cuando el pequeño escándalo de la revista *Mundo Nuevo*, una revista pagada por la CIA. Cuando se hizo público que esa revista era una fachada de la CIA, recuerdo que Vargas Llosa escribió un artículo que se publicó en *Marcha* de Montevideo, Uruguay, sobre ese punto, en defensa de los movimientos en la región. Él fue un compañero identificado con la causa, no solo de la revolución cubana, sino de las revoluciones de América latina en general.

¿Cuándo rompe con la revolución?

Viene a principios de 1971. Él escribió una carta abierta a Fidel Castro. A partir de ese instante empezó a separarse de las posiciones de Cuba, hasta el extremo en que se encuentran hoy.

¿Cuál era el contenido de la carta?

Era una carta en relación con las cartas abiertas que se le enviaron a Fidel después del encarcelamiento de Heberto Padilla (escritor, poeta y crítico). El mismo Vargas Llosa confesó que fue el actor fundamental de la segunda de esas cartas. Una carta muy agresiva que no era posible responderle. A partir de ese momento inicia su separación de la Revolución Cubana. Varios de los firmantes se retractaron porque entendieron, meses después, que no habían actuado correctamente, pero Vargas Llosa llevó al extremo su separación de la revolución y empezó a combatirla desde su nueva ideología. La luna de miel del escritor peruano Mario Vargas Llosa con el régimen de La Habana concluyó en 1971, fecha en que el gobierno cubano reprende y encarcela al crítico escritor Heberto Padilla.

Respuesta de Haydée Santamaría a Mario Vargas Llosa



La Habana, 14 de mayo de 1971

Sr. Mario Vargas Llosa
Vía Augusta 211
Atico 2º - Barcelona 6, España

Señor Vargas Llosa:

Usted sabe que el Comité de la revista *Casa de las Américas*, al cual usted supuestamente renuncia, de hecho no existe ya, pues, a sugerencia de este organismo, se acordó en enero de este año, en declaración que usted mismo suscribió, ampliarlo en lo que significaba sustituirlo por una amplia lista de colaboradores de la revista y de la institución. Y esta medida obedeció al hecho evidente de que hacía mucho tiempo que era inaceptable la divergencia de criterios en el seno de dicho comité: criterios que iban desde los realmente revolucionarios, y que eran los de la mayoría, hasta otros cada vez más alejados de posiciones revolucionarias, como habían venido siendo los de usted. Por una cuestión de delicadeza humana, de las que usted sabe que le hemos dado pruebas reiteradas, pensamos que esta medida era preferible a dejar sencillamente fuera del comité a gentes como usted, con quien durante años hemos discutido por su creciente

proclividad a posiciones de compromiso con el imperialismo. Creíamos que, a pesar de esas lamentables posiciones, todavía era posible que un hombre joven como usted, que un escritor que habría escrito obras valiosas, rectificara sus errores y pusiera su talento al servicio de los pueblos latinoamericanos. Su carta nos demuestra qué equivocados estuvimos al ilusionarnos de esa manera. Usted no ha tenido la menor vacilación en sumar su voz —una voz que nosotros contribuimos a que fuera escuchada— al coro de los más feroces enemigos de la Revolución Cubana, una Revolución que tiene lugar, como hace poco recordó Fidel, en una plaza sitiada, en condiciones durísimas, a noventa millas del imperio que ahora mismo agrade salvajemente a los pueblos indochinos. Con tales enemigos al alcance de la vista y no pocos enemigos internos, esta, como toda Revolución, debe defenderse tenazmente o resignarse a morir, a dejar morir la esperanza que encendimos en el Moncada y en la Sierra y en Girón y en la Crisis de Octubre; a dejar morir de veras a Abel, a Camilo, al Che. Y nosotros no dejaremos nunca que esto ocurra y tomaremos las medidas que sean necesarias para que esto no ocurra. Por esto fue detenido un escritor, no por ser escritor, desde luego, sino por actividades contrarias a la Revolución que él mismo ha dicho haber cometido; y usted, que acabada a de visitar nuestro país, sin esperar a más, sin conceder el menor crédito a las que pudieran ser razones de la Revolución para proceder así, se apresuró a sumar su nombre a los de quienes aprovecharon esta coyuntura para difamar a nuestra Revolución, a Fidel, a todos nosotros. Este escritor ha reconocido sus actividades contrarrevolucionarias, a pesar de lo cual se halla libre, integrado normalmente a su trabajo. Otros escritores también han reconocido sus errores, lo que no les impide estar igualmente libres y trabajando. Pero usted no ve en todo esto sino “un lastimoso espectáculo” que no ha sido espontáneo sino prefabricado, producto de supuestas torturas y presiones. Se ve que usted nunca se ha enfrentado al terror. Se ve que nunca ha tenido la dicha de ver a hermanos que por lo único que se conocía que eran ellos era por la voz y esa voz era para decirles a quienes les arrancaban la vida en pedazos su fe en la lucha, en la victoria final, su fe en la Revolución, en esta Revolución a cuyos peores calumniadores usted se ha sumado. Después de lo cual se sienta usted a esperar las invectivas que teme o desea. Sin embargo, Vargas Llosa, pocos como usted conocen que no ha sido nunca costumbre nuestra proferir invectivas contra gentes como usted. Cuando en abril de 1967 usted quiso saber la opinión que

tendríamos sobre la aceptación por usted del Premio venezolano *Rómulo Gallegos*, otorgado por el gobierno de Leoni, que significaba asesinatos, represión, traición a nuestros pueblos, le propusimos “un acto audaz, difícil y sin precedentes en la historia cultural de Nuestra América”; le propusimos que aceptara ese Premio y entregara su importe al Che Guevara, a la lucha de los pueblos. Usted no aceptó esa sugerencia: usted se guardó ese dinero para sí, usted rechazó el extraordinario honor de haber contribuido, aunque fuera simbólicamente, a ayudar al Che Guevara. Lo menos que podemos pedirle hoy, a los verdaderos compañeros del Che, es que no escriba ni pronuncie más ese nombre que pertenece a todos los revolucionarios del mundo, no a hombres como usted, a quien le fue más importante comprar una casa que solidarizarse en un momento decisivo con la hazaña del Che. ¡Qué deuda impagable tiene usted contraída con los escritores latinoamericanos, a quienes no supo representar frente al Che a pesar de la oportunidad única que se le dio! Sin embargo, nosotros en aquel momento no le dedicamos invectivas por esa decisión. Supimos, sí, a partir de entonces, que no era usted el compañero que creíamos, pero aún pensábamos que era posible una rectificación de su conducta y preferimos felicitarlo por algunas palabras dichas en la recepción del premio, considerando que tendríamos otras ocasiones de volver sobre el asunto. Tampoco recibió usted invectivas cuando, en septiembre de 1968, en la revista *Caretas*, y a raíz de los sucesos de Checoslovaquia, emitió usted opiniones ridículas sobre el discurso de Fidel. Ni cuando a raíz de las críticas al libro de Padilla *Fuera del juego* nos enviara, en unión de otros escritores residentes en Europa, un cable en que expresaban estar “consternados por acusaciones calumniosas contra el poeta Heberto padilla” y grotescamente reafirmaban “solidaridad, apoyo toda acción que emprenda Casa de las Américas en defensa de la libertad intelectual”. Lo que sí hice entonces fue enviar un cable en que decía a uno de ustedes: “Inexplicable desde tan lejos puedan saber si es calumniosa o no una acusación contra Padilla. La línea cultural de la Casa de las Américas es la línea de nuestra Revolución, la Revolución Cubana, y la directora de la Casa de las Américas estará siempre como me quiso el Che: con los fusibles disparados y tirando cañonazos a la redonda”. Ni recibió usted invectivas cuando, después de haber aceptado integrar el jurado del Premio Casa 1969, dejó de venir, sin darnos explicación alguna, porque se encontraba en una universidad norteamericana. (Por hechos como este, dicho sea, entre paréntesis, nunca creímos que vendría a dictar el curso de

que se habló informalmente. La pública renuncia que hace de este curso no es más que otra argucia suya. Si vino en enero de 1971, fue sobre todo para buscar el aval de la Casa de las Américas que, por supuesto no obtuvo, para la desprestigiada revista *Libre* que planean editar con el dinero de Patiño). Y si, a raíz de estos y otros hechos, algunos escritores vinculados a esta Casa de las Américas discutieron privada y públicamente con usted, no se trató nunca de invectivas. La invectiva contra usted, Vargas Llosa, es su propia carta vergonzosa: ella lo presenta de cuerpo entero como lo que nos resistimos a aceptar que usted fuera: la viva imagen del escritor colonizado, despreciador de nuestros pueblos, vanidoso, confiado en que escribir bien no solo hace perdonar actuar mal, sino permite enjuiciar a todo un proceso grandioso como la Revolución Cubana, que, a pesar de errores humanos, es el más gigantesco esfuerzo hecho hasta el presente por instaurar en nuestros tierras un régimen de justicia. Hombres como usted, que anteponen sus mezquinos intereses personales a los intereses dramáticos de lo que Martí llamó “nuestras dolorosas Repúblicas”, están de más en este proceso.

Confiamos, seguiremos confiando toda la vida, en los escritores que en nuestro continente ponen los intereses de sus pueblos, de nuestros pueblos, por encima de todo; en los que pueden invocar los nombres de Bolívar, Martí, Mariátegui y Che. Son ellos los que darán, los que le están dando ya, como en su propia tierra acaban de hacer los mejores escritores peruanos, la respuesta que usted merece. Solo le deseo, por su bien, que algún día llegue usted a arrepentirse de haber escrito esa carta pública que constituirá para siempre su baldón; de haberse sumado a los enemigos de quienes en esta Isla hemos estado y estaremos dispuestos a inmolarlos, como nuestros compañeros vietnamitas, como nuestro hermano Che, por defender “la dignidad plena del hombre”.

Haydée Santamaría

Chile

La implosión del modelo chileno

El trágico golpe de Estado en Bolivia me apartó momentáneamente del cuidadoso seguimiento que venía haciendo de la heroica lucha del pueblo chileno por darse una constitución democrática y decididamente pos-pinochetista y por construir una sociedad justa e igualitaria. Proseguí, pese a ello, consultando las fuentes y conversando y chateando con muchos compañeros y compañeros de Chile, pero la masacre en curso en Bolivia y la escandalosa defección de una parte significativa de la intelectualidad “progre” de ese país y de América latina —que con su silencio o con sus explícitas declaraciones respaldó el golpe de Estado de los lacayos del imperio— absorbieron gran parte de mi tiempo y de mis energías. Hoy, próximo a cumplirse un mes del inicio de las grandes movilizaciones populares que abrieron para siempre “las grandes alamedas” con las que soñara Salvador Allende, retomo ese escrito a medio terminar, que tiene por objeto examinar la perplejidad de la derecha, en la pluma de su vocero mayor, Mario Vargas Llosa, ante el furioso despertar del pueblo chileno.¹ Y, de paso, hacer pública las dudas que me genera el “acuerdo” logrado, a puertas cerradas, entre el gobierno y la partidocracia, para poner fin a las protestas populares, restablecer la “paz social” (es decir, desmovilizar a la población) y avanzar hacia la creación de una nueva Constitución.

En relación con el estallido social chileno, hay que comenzar señalando su carácter realmente excepcional (por lo inesperado y arrollador), ante el cual un maestro consumado en el manejo del lenguaje como el novelista peruano se quedó sin palabras, estupefacto, atónito. A la hora de caracterizar lo ocurrido solo atina a confesar que está en presencia de un hecho

¹ “El enigma chileno”, en *El País* (Madrid) 3 de noviembre de 2019.

misterioso, enigmático, sorprendente. Es comprensible: la súbita toma de conciencia y la extraordinaria movilización de chilenas y chilenos fue un cañonazo político mortal que destruyó los vistosos artificios propagandísticos del “modelo chileno”, del cual Vargas Llosa fue su principal y más eficaz apologista durante décadas. Pero ahora no encuentra palabras para explicar lo que para él es un “enigma sorprendente”. No debería llamarnos la atención tamaña perplejidad cuando se observa el rudimentario instrumental teórico y metodológico del que dispone, que solo le permite acceder a una comprensión muy superficial de los procesos históricos. A diferencia de los notables recursos con que cuenta para sus ficciones, a la hora de internarse en el análisis de la realidad sus herramientas conceptuales son un revoltijo de los clichés más convencionales del pensamiento burgués, forjados y difundidos masivamente desde la segunda posguerra hasta nuestros días. Un pensamiento conservador y colonial, fervorosamente capitalista, rabiosamente anticomunista y crítico de cualquier proceso social que se aparte de la defensa irrestricta del orden social burgués o que insinúe una crítica a la sociedad norteamericana, sus instituciones, valores y políticas. Víctima de esta obtusa cosmovisión el capitalismo es concebido como el remate virtuoso de la naturaleza esencialmente egoísta y adquisitiva del ser humano y, por lo tanto, someterlo a discusión es tan fútil como insensato sería tratar de persuadir a un pez de que demasiada agua podría ser lesiva para su salud. El imperialismo es una palabra prohibida y su existencia negada apriorísticamente: lo que hay es un mundo globalizado en el cual, al decir de Henry Kissinger, “Honduras depende de las computadoras de Estados Unidos tanto como éste de las bananas hondureñas”. Huelgan los comentarios sobre este célebre aforismo del criminal de guerra. Y de la lucha de clases y su papel como fuerza motriz de la historia no se puede ni hablar, como tampoco se admitiría considerar la naturaleza clasista del Estado. ¿Cómo comprender la realidad sin contar con estas categorías teóricas?

Víctima de estas insanables limitaciones la lectura que el novelista peruano hace de la insurrección popular chilena —que ya se prolonga por cuatro semanas— tenía que resultar lo que fue: una torpe simplificación en donde un pueblo, y no solo las capas medias, como él dice, se rebela y enfrenta un feroz aparato represivo que al momento de escribir estas líneas había ya ocasionado veintitrés muertos. Según el Instituto Nacional de Derechos Humanos de ese país (al 17/11/2019), los detenidos por los Carabineros ascienden a 6362 (759 de los cuales son niños o adolescen-

tes), 2381 heridos de los cuales 866 fueron alcanzados por disparos de perdigones y 407 por arma de fuego no identificada. Se estima que unas 250 personas perdieron un ojo durante los incidentes.² Agréguese a lo anterior decenas de desaparecidos, de hombres y mujeres violados por las “fuerzas de seguridad” y el ensañamiento con que los represores les disparaban perdigones y bombas de gases lacrimógenos a la cara y todo esto, supuestamente, ¡porque el “régimen” de Sebastián Piñera había decretado un aumento de 30 pesos (unos 5 centavos de dólares) en la tarifa del metro de Santiago! Revuelta absolutamente desproporcionada ante la nimiedad del factor precipitante y aún más incomprensible en la medida en que Vargas Llosa imagina a Chile como un país “casi” desarrollado, con un elevado ingreso per cápita, una población que disfruta del pleno empleo y que ha sido bendecida por la afluencia de inversiones extranjeras. Todo este cúmulo de bondades se tradujo, según el novelista, en un “desarrollo extraordinario” y un rápido crecimiento del nivel de vida general de la población. ¿Cómo explicar pues este estallido social?

Se trata de un “hecho misterioso”, nos dice, que nada tiene que ver con otros acontecimientos que signaron una “catastrófica quincena” en la cual se produjo la derrota de Mauricio Macri y el retorno de Cristina Fernández en la política argentina, el “fraude escandaloso en las elecciones bolivianas que permitirán al demagogo Evo Morales eternizarse en el poder” (otra calumnia imperdonable) y, poco antes, las “agitaciones revolucionarias de los indígenas en Ecuador”. Sí se emparenta, en cambio, con la protesta de los “chalecos amarillos” en Francia: una reacción de una sociedad inclusiva pero cuyo Estado no logra impedir el aumento de la desigualdad económica y social. Por eso plantea, erróneamente, que lo de Chile es “una movilización de clases medias” ajena a las rebeliones latinoamericanas protagonizadas por quienes “se sienten excluidos del sistema” (¿no lo están, acaso, con independencia de que adoctrinados por la ideología dominante no caigan en cuenta de ello?). En Chile, continúa el novelista, “nadie está excluido del sistema, aunque, desde luego, la disparidad entre los que tie-

² <https://www.lagaceta.com.ar/nota/825316/actualidad/chile-muertos-ya-son-23.html> El diario chileno *La Nación* informa asimismo que Departamento de Ingeniería Civil Mecánica de la Universidad de Chile determinó que el material de los perdigones de Carabineros se compone solo de 20 por ciento de caucho y que el resto son minerales o metales de alta dureza, lo que explica la proliferación de lesiones oculares.

nen y los que apenas comienzan a tener algo sea grande. Pero esta distancia se ha reducido mucho en los últimos años”.

Es obvio que la afirmación anterior solo es concebible en alguien que no tiene la más pálida idea de lo que realmente ha venido ocurriendo en Chile desde el derrocamiento de Salvador Allende hasta nuestros días. Decir que en ese país “nadie está excluido del sistema” revela o bien un notable desconocimiento de los datos más elementales disponibles en infinidad de estudios y publicaciones que retratan con elocuencia los alcances de la exclusión económica y social y del gran aumento de la desigualdad experimentado por Chile; o bien un empecinamiento ideológico que le impide tomar contacto con el mundo real. Excluidos son los millones que no tienen acceso a la salud y la educación públicas, o a la seguridad social porque estos antiguos derechos se convirtieron en costosas mercancías gracias a las políticas inauguradas por la dictadura del general Pinochet y profundizadas —¡sí, profundizadas!— por gobiernos como los de la Concertación o de la Nueva Mayoría que el autor de *La casa verde* considera “de izquierda”. Asegura y se equivoca al decir que “en 29 años de democracia la derecha apenas ha gobernado cinco años y la izquierda —es decir, la Concertación—, 24”. Es increíble la fuerza que tiene la ideología para ofuscar la mente de un intelecto privilegiado como el de nuestro autor y llevarlo a creer que una serie de gobiernos que, repito, mantuvieron y profundizaron las políticas de Pinochet, puedan ser caracterizados como “de izquierda”. Así como no percibe los alcances de la exclusión económica y social existente en Chile y evidente para todos sus habitantes, que por eso salieron en masivas manifestaciones de protesta día tras día, tampoco cae en la cuenta que gobiernos que privatizaron todo —desde el agua en sus fuentes de origen hasta el litoral chileno pasando por la salud, la educación, la seguridad social y el transporte— que convirtieron al mercado en el árbitro inapelable de la distribución de la riqueza y que hicieron de su sometimiento a los dictados de la Casa Blanca la estrella polar de su política exterior solo pueden ser caracterizados como de izquierda por un aficionado. Gobiernos que privatizaron buena parte de la producción del cobre, que estaba en su totalidad en manos del Estado durante el gobierno de Salvador Allende y en la actualidad apenas resta el 31 por ciento; que convirtieron a Chile en uno de los ocho países más desiguales del mundo, compartiendo ese poco honorable lugar con Rwanda; que produjeron un fenomenal endeudamiento de los hogares chilenos obligados a pagar por servicios que antes

eran parte constitutiva del contrato social en su condición de ciudadanos. “La mayoría de quienes apoyan la protesta son familias trabajadoras para las cuales la vida se ha vuelto cada vez más cara” —observa un calificado analista de la realidad chilena— “y que deben soportar vivir en barrios inseguros, trasladarse horas en condiciones de ganado para llegar al trabajo, usar créditos de consumo para llegar a fin de mes y hacerse cargo de abuelos con jubilaciones miserables”.³ Frente a este demoledor diagnóstico, el consejo del novelista es tan rotundo como absurdo: redoblar la medicina, aunque esté matando al paciente. Por eso dice que lo peor sería “dar marcha atrás” —como piden algunos enloquecidos que quisieran que Chile retrocediera hasta volverse una segunda Venezuela— en sus políticas económicas, sino “completarlas y enriquecerlas con reformas en la educación pública, la salud y las pensiones”. ¿Y esto cómo se lograría? ¿Apelando a la sensibilidad, al altruismo de quienes han saqueado al país y su gente durante medio siglo, súbitamente convertidos en buenas almas democráticas deseosas de establecer la justicia social en la sociedad que ha caído bajo sus garras? ¿Podrán los lamentos y exhortaciones de Vargas Llosa obrar el milagro de ablandar el corazón de quienes conforman el uno por ciento más rico del país, que se apropia del 26 por ciento del ingreso nacional? La complaciente partidocracia que ha regentado y coparticipado de este saqueo, ¿abrazará ahora la causa de una real democratización de la vida chilena abriendo el paso a una Asamblea Constituyente que siente las bases de un régimen político genuinamente pos pinochetista? ¿Y qué decir de los medios hegemónicos, que han venido destilando un veneno paralizante y embotador de las conciencias durante décadas? ¿Se convertirán todos ellos en fervientes demócratas, ansiosos por fundar un orden basado en la recuperación de los derechos ciudadanos y en la desmercantilización de la salud, la educación y la seguridad social, por mencionar tan solo lo más elemental?

Las respuestas son obvias. Pero es preciso tener en cuenta que la gran movilización popular está lejos de haber triunfado por completo. Los reflejos conservadores de una partidocracia que hace décadas usufructúa del poder a su antojo y de un gobierno y una institucionalidad estatal diseñados para frustrar el protagonismo ciudadano, si bien se vieron superados

³ Pablo Ortúzar, “¡Quiéren todo gratis!” (*Diario Financiero*), 8 de noviembre de 2019.

por la crisis, fueron capaces en los últimos días de pergeñar una respuesta tramposa que en apariencia recoge el clamor de la calle pero que, en su esencia, contiene un Caballo de Troya que amenaza con frustrar las heroicas jornadas de lucha y hacer que tanta muerte, dolor y vejaciones puedan haber sido en vano. En primer lugar, porque se posterga hasta abril del próximo año una elementalísima consulta popular con dos papeletas (¿Quiere usted una nueva Constitución? ¿Qué tipo de órgano debiera redactar la nueva Constitución? ¿Convención Mixta Constitucional o Convención Constitucional?) que podría realizarse en pocas semanas si existiera la voluntad política de recoger el mensaje de las multitudinarias y heteróclitas protestas. Ante esto varios comentarios: primero, nótese que la expresión “Asamblea Constituyente” es eliminada de la comunicación oficial, y esto no por casualidad. La expresión siempre fue considerada peligrosísima por la dirigencia política chilena desde hace más de un siglo, y lo actuado por el gobierno de Piñera y sus compinches se inscribe en esa misma tradición. Segundo, que tampoco es casual que se proponga una fórmula “mixta” en donde la “Asamblea Constituyente” podría estar compuesta por partes iguales por representantes del voto popular y por los personeros de la corrupta partidocracia gobernante, causante de la crisis, con lo cual toda tentativa de cambio profundo sería abortada de inmediato; tercero, que para una tan elemental consulta ciudadana deba esperarse nada menos que ¡cinco meses!, haciendo posible que en el intertanto el oficialismo y sus aliados puedan poner en práctica toda clase de tramoyas tendientes a burlar la voluntad popular.

Es en razón de lo anterior, así como del hecho de que este arreglo pomposamente bautizado como “Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución” haya sido plasmado de espaldas al pueblo, que haya sido enfáticamente rechazado por la Unidad Social, entidad que agrupa a más de 200 organizaciones de base que estuvieron en las calles y plazas y cuya voz, previsiblemente, no fue escuchada por el gobierno y los partidos cómplices de su accionar. Es preciso reconocer, no obstante, que hubo unos pocos partidos o líneas dentro de las fuerzas de izquierda (el partido Comunista, algunas fracciones del Partido Socialista y del Frente Amplio) que se oponen a ese arreglo y que, por eso mismo, gozan de un reconocimiento social que las otras tiendas políticas no tienen. En el documento que fundamenta su rechazo categórico a aquel engendro “gatopardista”, donde algo cambia para que todo siga igual, la Unidad Social denuncia el

quórum elevado que perpetúa el veto de las minorías; la discriminación de menores de 18 años, protagonistas notables de las luchas; no se contempla mecanismo alguno de participación plurinacional y de paridad de género y, por último, establece un mecanismo de representación y elección que es funcional a los partidos políticos, que han sido responsables de la actual crisis político y social.

Por ello no sorprende el llamado de ese enorme conglomerado de movimientos sociales a proseguir la lucha con huelgas y jornadas de protesta para hacer realidad las consignas que movilizaron durante semanas a millones de chilenas y chilenos. Sin duda que se ha abierto una ventana de oportunidad, que sería imprudente despreciar. Es cierto que lo viejo no termina de morir, aunque su muerte será inevitable más pronto que tarde. El tan afamado “modelo chileno”, alabado por todo el pensamiento neoliberal y sus agentes (FMI, Banco Mundial, los grandes medios de comunicación, una abrumadora mayoría de la colonizada academia, etcétera) como la única vía correcta para salir del desarrollo y la dictadura yace en ruinas y no habrá poder humano capaz de resucitarlo. Resta por ver qué es lo que la creatividad, la conciencia, la capacidad de organización y de lucha de las grandes mayorías nacionales serán capaces de inventar para dejar definitivamente atrás una oscura página de la historia chilena.

México

López Obrador es la “resurrección” del PRI, afirma Vargas Llosa¹

En marzo 2018, el premio Nobel de Literatura afirmó en “Aristegui en vivo” que le gustaría estar equivocado sobre el “populismo” de López Obrador; pero su triunfo “sería un mal ejemplo” para América latina; finalmente, AMLO ganó las elecciones el 1 de julio con más de 30 millones de votos.

El escritor peruano advirtió sobre el populismo visto en algunos líderes latinoamericanos, entre quienes se encuentra el presidente de México. Aseguró que el presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, representa en realidad la resurrección del PRI, partido que gobernó el país durante más de 70 años.

En entrevista con el periódico *Reforma*, el ganador del premio Nobel de Literatura afirmó que la llamada “dictadura perfecta” del Partido Revolucionario Institucional podría estar de vuelta con el actual mandatario.

“No era tan perfecta, porque finalmente la dictadura desapareció, pero lo que es terrible es que vaya a resucitar, ¿no? Porque yo tengo un poco la impresión de que López Obrador es como la resurrección del PRI, del PRI que formó parte de su juventud”, expresó.

El presidente formó parte de las filas del PRI en Tabasco, aunque abandonó esa formación política en 1988. En la entrevista, Vargas Llosa advirtió del peligro del populismo entre los dirigentes latinoamericanos, en los que incluyó a López Obrador.

¹ <https://www.elfinanciero.com.mx/culturas/lopez-obrador-es-la-resurreccion-del-pri-afirma-vargas-llosa> , 17/10/2019 (ver el video en Aristegui donde VLI explica su libro: *La llamada de la tribu*: <https://aristeginoticias.com/1710/mexico/amlo-es-la-resurreccion-del-pri-dice-vargas-llosa-y-el-presidente-le-responde/>

Este no es el primer señalamiento que Vargas Llosa dedica al presidente de México: en marzo, criticó la carta que López Obrador envió al rey de España en la que le solicitaba disculpas por los abusos cometidos por ese país durante la Conquista de México.

“Se equivocó de destinatario. Debió de mandársela a él mismo y responderse, respondernos, a la pregunta de por qué México, que hace cinco siglos se incorporó al mundo occidental gracias a España, y que es independiente desde hace 200 años, tiene todavía tantos millones de indios marginados, pobres, ignorantes y explotados», dijo.

¿Y qué dijo AMLO?

En su conferencia de este jueves, el presidente Andrés Manuel López Obrador fue cuestionado sobre las declaraciones de Vargas Llosa, a quien se refirió como “un gran escritor. En lo político, yo creo que ya es hasta monárquico, ha involucionado, pero eso es otro asunto”, agregó antes de terminar la rueda de prensa.

Bolivia

El mentiroso. Notas sobre Evo y Bolivia

Mario Vargas Llosa una vez definió el oficio del escritor como el de alguien que escribe mentiras que parecen verdades. Tal es el empecinamiento con que el novelista ha cultivado esta práctica que se le ha vuelto costumbre cada vez que se interna en la crónica o el ensayo político. El más reciente ejemplo de esta malsana actitud lo ofrece su nota “El fin de Evo Morales”, publicada en *El País*, el 1º de diciembre. Allí da rienda suelta a su odio visceral contra el depuesto presidente boliviano.¹ Enumerar y refutar cada una de las mentiras volcadas en ese artículo me obligaría a escribir otro libro, y la verdad es que con uno ha sido suficiente. Es una figura cada vez más devaluada porque sus silencios ante las masacres perpetradas por sus amigos Sebastián Piñera e Iván Duque y, ahora, el brulote lanzado en contra de Evo Morales, han tenido la virtud de mostrar que tras la máscara amable de un liberal *aggiornado*, se encuentra un energúmeno reaccionario, racista y ganado por el odio. Por eso seré breve en la enumeración de sus mentiras.

Primera, cuando dice que “los bolivianos se han librado de él no porque sea ‘indio’ (que no lo es, nos dice)” y, además tampoco “es el primer presidente indígena en la historia de Bolivia... y que Bolivia ha tenido varios presidentes indígenas (algunos dictadores), como Perú, México, Ecuador y Guatemala”. Dado que la antropología y en general las ciencias sociales no son precisamente su fuerte, el escritor cree que cualquier gobernante de tez morena es un indio, con lo cual la galería de presidentes indígenas de América latina y el Caribe sería interminable. Pero lo cierto es que hubo un solo caso anterior al de Evo: Benito Juárez, indígena zapoteca que llegó a ser presidente

¹ https://elpais.com/elpais/2019/11/28/opinion/1574952319_840849.html?prod=REG-CRART&o=cerrado#

de México. Pero nadie más. Ni en ese país, ni en Meso y Sudamérica. Por otra parte, solo una mente ofuscada por el odio amalgamado con una maligna conveniencia política puede negarle a Evo su condición de indígena. Es que para un señorito de la decadente e híper colonizada aristocracia arequipeña, un indio es un homínido que corre semidesnudo por las sierras cazando conejos. Si habla, razona, persuade y se convierte en un referente político nacional e internacional no puede ser un indio, tiene que ser otra cosa. Según sus palabras: “un mestizo cultural como lo somos buena parte de los latinoamericanos, en muy buena hora”. O sea, Vargas Llosa y Evo Morales están milagrosamente hermanados gracias a la magia del mestizaje cultural.

Segunda mentira, Evo fue destituido por una enorme rebelión popular provocada “porque mediante amañs múltiples se las arregló para permanecer catorce años en el poder, en contra de la Constitución boliviana” y porque se “disponía, mediante un fraude grotesco... a quedarse indefinidamente en el gobierno”. Al referirse a los amañs múltiples, el peruano debe estar pensando en las elecciones que ganó Evo en 2005 (con el 53.7 por ciento de los votos); 2009 (64.2 por ciento); 2014 (61.3 por ciento) y la última, en 2019, (47.08 por ciento) en donde le sacó 10.57 por ciento de ventaja a Carlos Mesa, un probo hombre de la democracia y la República, que antes de las elecciones había declarado que no reconocería otro resultado que no fuese el que lo consagrara como triunfador. Evo obtuvo una proporción de votos menor a la habitual, pero aun así se impuso con holgura y por más de los diez puntos que establece la Constitución Política del Estado Plurinacional para designar al ganador en primera vuelta. Una diferencia de 0.17 por ciento fue suficiente para catapultar a John F. Kennedy a la Casa Blanca. En cambio, los 0.57 por ciento de Evo fueron el prelude de un golpe de Estado que venía siendo cuidadosamente preparado a lo largo de los últimos años. En cuanto a las supuestas intenciones del líder boliviano de eternizarse en el poder, es llamativo que Vargas Llosa jamás haya manifestado la menor preocupación durante los catorce años de gobierno de su amigo Felipe González; o los también catorce de Ángela Merkel para no hablar de Helmut Kohl, quien tuvo que renunciar por un escándalo de corrupción después de permanecer algo más de dieciséis años en el gobierno de Alemania; o por el desafortunado afán por “perpetuarse en el poder” del neoliberal Jaime Nebot que permaneció diecinueve años en la intendencia de Guayaquil, dato despreciado por Vargas Llosa más impaciente por hostilizar a Rafael Correa que por tomar nota de nimiedades

como las de Nebot. Claro que ninguno de estos es indígena y, en cambio, son todos neoliberales. Lo que es virtud en algunos se convierte en vicio en el caso de Evo. La inmoralidad y la chapucería de este doble rasero es evidente y exime de mayores comentarios.

Volviendo al tema del supuesto fraude es preciso reconocer que efectivamente hubo algunas irregularidades en la transmisión rápida de los datos, pero nunca alcanzaron una magnitud capaz de volcar el resultado de la elección o hundir la diferencia que obtuvo Evo por debajo del diez por ciento. En el Informe de 95 páginas de la OEA sobre las elecciones bolivianas de 2019 la expresión “fraude” o “fraudulento”, que con tanta ligereza emplea el hechicero de la tribu (en seis ocasiones en su libelo) no aparece ni una sola vez.² Sería bueno que, para conservar algo de la poca credibilidad que le queda don Mario, se informe bien antes de escribir tonterías. Ya antes del demorado Informe de la OEA, el prestigioso *Center for Economic and Policy Research* (CEPR) de Washington produjo un informe en donde “no se encuentra evidencia de que hubo irregularidades o fraude que afecten el resultado oficial que le dio al presidente Evo Morales una victoria en primera vuelta”.³ El departamento de Ciencia Política de la Universidad de Michigan, el más renombrado en el estudio del comportamiento electoral, publicó un largo estudio en donde demuestra que Evo ganó en buena ley.⁴ El profesor Walter R. Mebane Jr., una autoridad en el análisis de los fraudes electorales, comprobó la existencia de “irregularidades estadísticas que podrían indicar fraude solo en 274 de las 34.551 mesas de votación y que (esto) no se diferencia mucho de patrones vistos en otros comicios en Honduras, Turquía, Rusia, Austria y Wisconsin. Incluso si se excluyen los votos fraudulentos, el MAS tiene una ventaja superior al diez por ciento”, sentenció al final de su extenso trabajo.

Tercera mentira: decir que “Bolivia está en calma”. Los veintitrés muertos son una macabra refutación de sus dichos. Por empezar ya suman trein-

² El Informe puede consultarse en [http://www.oas.org/es/sap/deco/Informe-Bolivia-2019/0.1%20Informe%20Final%20-%20Análisis%20de%20Integridad%20Electoral%20Bolivia%202019%20\(OSG\).pdf](http://www.oas.org/es/sap/deco/Informe-Bolivia-2019/0.1%20Informe%20Final%20-%20Análisis%20de%20Integridad%20Electoral%20Bolivia%202019%20(OSG).pdf)

³ Cf. <http://cepr.net/publicaciones/spanish-reports/que-sucedio-en-el-recuento-de-votos-de-las-elecciones-de-bolivia-de-2019>

⁴ “Evidence Against Fraudulent Votes Being Decisive in the Bolivia 2019 Election”, disponible en <http://www.personal.umich.edu/~wmebane/Bolivia2019.pdf>

ta y uno. Las hordas fascistas incitadas y protegidas por los compinches de Vargas Llosa —los Mesa, Camacho, Ortiz, Murillo, Añez y otros de esa ralea, a los que se unieron los militares y policías corruptos— asolaron y aterrorizaron las principales ciudades del país; incendiaron y saquearon hogares de ministros, funcionarios y parlamentarios del MAS y tomaron de rehenes a sus parientes (en algunos casos adolescentes o ancianos) que bajo amenaza de muerte, suplicaban a sus mayores que renunciasen a sus cargos o traicionaran al líder depuesto; apresaron y apalearon a periodistas, y dando muestras de su coraje y espíritu democrático humillaron a las “señoras de pollera”. Esta valiente turba de exaltados “vargasllosistas” —¿serán estos a los que alude en *La llamada de la tribu*?— descargó su odio sobre Patricia Arce, la alcaldesa de Vinto, una pequeña ciudad del departamento de Cochabamba. La pobre mujer fue arrastrada por las calles descalza, le cortaron su pelo a tijeretazos y cuchillazos, la embadurnaron con pintura roja, le destrozaron su ropa y la exhibieron por horas postrada en el suelo como se hacía en los tiempos de la colonia con los indígenas rebeldes o insumisos. O como hasta hace poco hacían los criminales del Estado Islámico en Oriente Medio, fotografiando y filmando a las víctimas de sus ejecuciones. La infame policía que se amotinó contra Evo se limitó a observar, inmutable, toda esa barbarie. Demoró cuatro horas en aparecer en escena y “restaurar el orden”, o la supuesta “calma” de la que habla el novelista.

Estos rufianes son los protagonistas de la recuperación democrática de Bolivia que con sus venenosas palabras enaltece Vargas Llosa desde Madrid, mientras recibe un guiño aprobatorio de la derecha mundial. Una “calma” obtenida luego de que la policía y las fuerzas armadas garantizaran “zonas liberadas” para que las pandillas de la restauración neoliberal creasen el caos requerido para que los jefes policiales y militares le comunicasen a Evo que debía renunciar. Fuerzas de represión cobardes y corruptas cuyos jefes no tardaron sino un par de días en huir con las generosas pagas desembolsadas por “la Embajada”, buscando refugio, como tantos otros maleantes (Gonzalo Sánchez de Lozada, responsable junto a Carlos Mesa de la masacre de al menos setenta personas en la guerra del gas en octubre de 2003) en Estados Unidos. Huyeron después de destruir la economía más próspera de América latina en los últimos diez años, de asesinar a treinta y un bolivianos, dejar centenares de heridos, decenas de desaparecidos muchos de ellos secuestrados ante los ojos de sus familiares, de haber encarcelado a más de mil personas, de haber gaseado a procesiones de dolientes que iban a enterrar a sus

muertos, de haber reprimido con saña a gentes que salieron a defender una institucionalidad pisoteada por una derecha que jamás creyó, ni creará, en la democracia. Que, para ese sector social, producto de la descomposición del orden colonial, solo es admisible siempre y cuando sus privilegios e intereses se encuentren salvaguardados y el incondicional sometimiento de Bolivia a las directivas del imperio no sean puestas en cuestión.

Tres mentiras graves de un mentiroso incorregible. Un escritor desgraciadamente ganado por la furia y el fanatismo propio de los conversos. En este caso, su desgraciado periplo desde el marxismo sartreano al liberalismo que justifica y exalta a la sociedad más injusta de la historia de la humanidad y en la que el uno por ciento de la población mundial detenta más riqueza que el 99 por ciento restante. Cólera del converso que se potencia con el resentimiento elitista que produjo la bochornosa derrota sufrida a manos de un desconocido, el “chinito” Alberto Fujimori en las elecciones presidenciales peruanas de 1990. En el balotaje de esa elección el novelista apenas si obtuvo el 37 por ciento de los votos de la ciudadanía. O sea, fue repudiado por dos de cada tres peruanos, una afrenta de la que no se recobraré jamás y que alimentará el fuego eterno de su odio a todo lo que huelga a plebeyo. No pudo ser presidente del Perú como su arrollador egocentrismo lo llevó a anhelar durante tanto tiempo, mientras que Evo, el humilde indígena aymara, sí lo fue. Y para colmo, para ahondar su herida narcisista, fue el mejor presidente de la historia de Bolivia y Vargas Llosa quedó para siempre convertido en un animador cultural de las tertulias de los ricachones de España y de los cortesanos del rey Juan Carlos que premió sus servicios ungiéndolo como marqués. Devenido también en un embaucador profesional al servicio del imperio, encargado de apelar al hechizo de sus palabras para ofuscar, deformar y adormecer las conciencias de las víctimas del imperialismo. De ahí el odio que enceguece su inteligencia y que lo lleva a escribir piezas tan vergonzosas como las que estamos comentando y de las cuales debería retractarse lo antes posible para rescatar parte de la honorabilidad perdida a causa de sus escritos políticos.

Releo estas notas y me vienen a la memoria unas lóbregas palabras de otro converso, aunque no tan reaccionario como Vargas Llosa. En su novela distópica *1984*, George Orwell hace decir a O'Brien, uno de sus malignos protagonistas, que “las viejas civilizaciones afirmaban que se basaban en el amor o en la justicia. La nuestra se basa en el odio. En nuestro mundo no habrá otras emociones que no sean el miedo, la ira, el triunfo y la humi-

llación. Destruiremos todo lo demás , absolutamente todo”.⁵ Eso es lo que el capitalismo está haciendo en nuestro tiempo; es lo que acaba de hacer en Bolivia, contando con la complacencia, o complicidad, de intelectuales como Mario Vargas Llosa. La humanidad deberá reaccionar antes de que sea demasiado tarde.

¡Árbenz sí, Evo no!

Quiero compartir la sugerente nota de Fernando D’Addario, reseña crítica de *Tiempos recios*, el más reciente libro de Mario Vargas Llosa publicada en Radar (Suplemento Cultural de *Página/12*), del domingo 15 de diciembre de 2019. A continuación, el texto de D’Addario y, más abajo, un comentario de mi autoría.

Las dos caras de Vargas Llosa

Ejercicio práctico para poner a prueba la capacidad de asombro: leer al mismo tiempo *Tiempos recios*, la última novela de Mario Vargas Llosa, y las declaraciones del escritor sobre la actual situación en Bolivia. En su nuevo libro, el Premio Nobel de Literatura da cuenta de los intereses económicos, geopolíticos y culturales que provocaron el golpe de Estado de 1954 en Guatemala y terminaron con el gobierno progresista de Jacobo Árbenz. Como narrador, Vargas Llosa toma partido abiertamente por su “héroe” y denuncia la intromisión de los Estados Unidos en los asuntos latinoamericanos, el papel central de la *United Fruit* en el golpe, la alianza entre militares, sectores de la Iglesia y grandes terratenientes para despojar a los indígenas de los derechos que habían conquistado, la utilización del *marketing* mediático para instalar la idea de que Árbenz era un monstruo comunista manejado por la Unión Soviética, etc. Como contrapartida, el mismo Vargas Llosa, pero en su condición de “ensayista”, publicó recientemente un artículo que celebra “la valentía del pueblo boliviano que ha arrojado del poder a un dictador”.

⁵ 1984, edición electrónica disponible en: www.philosophia.cl / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS, p. 217

En su novela escribe, aludiendo a los desafíos que tenía Árbenz cuando tomó el poder:

Había que cambiar la estructura feudal que reinaba en el campo, donde la inmensa mayoría de guatemaltecos, los campesinos, carecían de tierras y trabajaban para los hacendados ladinos y blancos, por sueldos miserables, en tanto que los grandes finqueros vivían como los encomenderos en la colonia, gozando de todos los beneficios de la modernidad.

El Vargas Llosa novelista se queja de lo que ocurrió cuando derrocaron al presidente elegido democráticamente: “Todo rastro del régimen de Jacobo Árbenz parecía desaparecido y, en su reemplazo, había surgido un país en estado frenético en el que la caza a los comunistas reales o supuestos era la obsesión nacional”.

En su ensayo difundido aquí por el diario *La Nación*, Vargas Llosa escribe:

Bolivia parecía perdida para la democracia y la legalidad. Mucho se apresuraron Cuba, Venezuela y Nicaragua a creer que tenían en sus garras al pueblo boliviano. No sabían de lo que este pueblo valiente es capaz en defensa de su soberanía y libertad.

El cimbronazo de la doble lectura, que es fuerte, invita a establecer algunas hipótesis: 1) Vargas Llosa dejó de escribir ficción hace treinta años y ante los requerimientos editoriales va sacando del cajón viejas novelas —*El sueño del celta*, publicada en 2010, también podría caber en esta especulación— escritas cuando tenía ideas progresistas. 2) Tiene un *ghost writer* que entiende al revés las consignas que le dicta el Premio Nobel de Literatura. 3) El escritor peruano/español sabe que sus ideas reaccionarias tienen buena acogida en el *establishment* mediático, pero intuye que la mayoría de los que todavía leen libros son de izquierda o algo parecido. Fuera de estas alternativas ya entraríamos en alarmas de bipolaridad intelectual que excederían las atribuciones de esta simple comparación de textos.

Quizá para atajarse, el propio Vargas Llosa ensaya, sobre el final de su novela, una suerte de “moralaja” que intenta compatibilizar su defensa de un gobierno de centro izquierda (de hace 65 años) y sus ideas liberales (de hoy). Escribe: “La intervención norteamericana en Guatemala retrasó durante decenas de años la democratización del continente y costó millares

de muertos, pues contribuyó a popularizar el mito de la revolución armada y el socialismo en toda América latina”.

Esa idea, de que el fascismo alentado por los Estados Unidos en nombre de “la lucha contra el comunismo” no hizo más que radicalizar a los jóvenes idealistas de la época (da el ejemplo de Fidel Castro) es discutible e interesante. Pero es perfectamente aplicable a la situación actual en Bolivia, donde la perspectiva de un gobierno represivo de extrema derecha apoyado por los Estados Unidos y las multinacionales también podría engendrar, tarde o temprano, una reacción más virulenta por parte de la izquierda.

No se trata aquí de cuestionar las ideas políticas de Vargas Llosa. Tampoco se pone en duda su talento como escritor. Lo que provoca perplejidad es su incapacidad para procesar coherentemente, en su condición de intelectual todoterreno, elementos del presente y del pasado; la miopía que le impide trazar analogías entre el poder de fuego de la *United Fruit* de ayer y las multinacionales extractivistas de hoy; su ingenuidad (¿?) para ver en la actualidad un espontáneo levantamiento popular donde antes —en un cuadro de situación muy similar— veía una operación golpista gestada por la CIA y la Embajada de los Estados Unidos; su disposición a entregarse a los cantos de sirenas de la “prensa libre” (léase hegemónica) después de haber descripto en su novela de manera brillante cómo se instrumentó la campaña mediática (a instancias del publicista Edward L. Bernays, un Durán Barba de mediados del siglo XX) que fue minando paulatinamente el gobierno de Árbenz; su falta de perspicacia para advertir que el populismo del que hoy abomina es equivalente —en términos de demonización— al comunismo de los tiempos de la Guerra Fría. En definitiva, es llamativa la doble vara que utiliza Vargas Llosa para medir, en uno y otro caso, las verdaderas relaciones de poder. En esa disociación, donde antes veía víctimas hoy ve victimarios. Y viceversa.

En defensa de nuestra propia ingenuidad como lectores, cabe agregar a la lista de hipótesis una cuarta alternativa: el Vargas Llosa institucional, ese que repite consignas básicas que parecen copiadas de una conferencia de prensa de Marcos Peña, es un impostor; el verdadero Vargas Llosa vive recluido y aislado, a la manera de Salinger, pero sigue escribiendo, para refutar a su impostor, estas historias (*El sueño del celta*, *Tiempos recios*) que, a la manera de aquellas (*Conversación en la Catedral*, *La guerra del fin del mundo*) reflejan la realidad con mucha más precisión que un puñado de discursos bien pagos.

Mi Comentario a la nota de D'Addario

Precisamente, por haber colmado mi capacidad de asombro —bien tratada en la nota de D'Addario— fue que decidí realizar un examen crítico del tercer y, por ahora último, texto autobiográfico de Vargas Llosa *La llamada de la tribu* (Anagrama: 2018) en donde el novelista nos presenta a los siete mentores intelectuales que lo llevaron de la mano desde el marxismo sartreano al ultraliberalismo que cultiva en estos días. Asombro y perplejidad porque, como lo expresé en tantas ocasiones, y sobre todo en el libro que escribiera para tratar de desentrañar las raíces ideológicas de su conversión: *El hechicero de la tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América latina* (Akal: 2019) me costaba entender cómo un escritor cuyos personajes centrales, sus héroes o heroínas, en buena parte de sus novelas, son gentes que se juegan la vida luchando contra el imperialismo, la oligarquía o las burguesías locales; cómo el escritor que pone en boca de estos protagonistas coherentes y rotundos discursos antiimperialistas e inclusive anticapitalistas a la hora de escribir sus “ensayos políticos” o crónicas periodísticas del presente, se le olvida todo lo que escribió en sus novelas y adopta un punto de vista diametralmente opuesto. “Olvida” o, como bien observa D'Addario, el cálculo de rentabilidad persuade al escritor de que, dado que más bien son gentes de izquierdas, o al menos de ideas progresistas, quienes todavía leen libros, se adecua a los gustos y preferencias de su potencial mercado y actúa en consecuencia. Pero en sus “ensayos” se convierte en un escandaloso apologista del capitalismo y del imperialismo, confirmando lo que otro Mario, el uruguayo Benedetti, denunciara en una polémica con el hispano-peruano en 1984 al decir que “afortunadamente, la obra de Vargas Llosa está netamente situada a la izquierda de su autor”. Es ella la que sobrevivirá, no así sus ensayos y crónicas de actualidad que tendrán por ineluctable destino terminar en el basurero de la historia. Por eso es enriquecedor leer sus novelas, sobre todo las que tienen un trasfondo más específicamente político. Porque cualquier lector o lectora mínimamente atento, o atenta, podrá fácilmente establecer una inquietante, pero a la vez esclarecedora analogía entre el golpe de Estado en Bolivia, celebrado por Vargas Llosa como la epifanía de la libertad en ese país, y lo acontecido en Guatemala en 1954, que se encuentra espléndidamente narrado en *Tiempos recios*.

¿Qué es lo que explica la enorme incoherencia de un escritor como VLI? ¿Cómo reconcilia sus “dos caras”? No sabemos. D'Addario ofrece

algunas conjeturas, algunas más probables que otras, pero ninguna es del todo satisfactoria. Creo, sinceramente, que nunca lograremos saberlo. Para ello habría que penetrar en los planos más profundos de la personalidad del escritor. Tal vez, si es que lo tiene, su psicoanalista pudiera alguna vez ofrecernos las pistas para comprender las causas de una grave esquizofrenia y sus reflejos políticos: izquierdista en la ficción, reaccionario en el ensayo. Pero tal cosa violaría el secreto profesional de modo que habrá que convivir con esta incertidumbre.

Mucho más me interesa, en cambio, cuestionar las ideas políticas de Vargas Llosa. De eso trata mi libro, porque el “hablador”, para usar otro de los títulos de sus novelas, es un formidable propagandista de las creencias y valores que están produciendo y justificando un genocidio de inmensas proporciones, y no solo en América latina y el Caribe. Es, a juicio de los más atentos observadores de la escena cultural, el más eficaz publicista del imperio y la derecha (más allá, incluso, de la lengua castellana), cuyas penetrantes consignas se fueron convirtiendo en lugares comunes en vastos sectores de la opinión pública. “Evo quiere eternizarse en el poder”; “Evo es un dictador”; “no hubo golpe de Estado sino transición en Bolivia” son expresiones que escuchamos en las calles de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, dichas por gentes del común, por indígenas y campesinos, por el subproletariado urbano de esas ciudades, por las emergentes capas medias cargadas de odio y temor hacia el posible ascenso de “los de abajo”. Consignas que, gracias a la eficacia de la prédica de Vargas Llosa, al encanto de sus palabras y al hecho nada trivial de estar situado en el vértice de la pirámide de un inmenso aparato *mass-mediático* global, le otorgan una resonancia sin parangón, al menos en las Américas y Europa. Y crea subjetividades políticas, como esas, de origen popular, que hoy afirman que no hubo golpe de Estado en Bolivia o que Evo había instaurado una dictadura. Por eso es importante combatir las ideas que difunde Vargas Llosa, porque son el destilado de la ideología de un imperio que, amenazado en sus confines más lejanos por China y Rusia, ha lanzado una feroz contraofensiva para condenar a su “patio trasero” a un definitivo sometimiento. Y el novelista es una pieza fundamental, por ahora irremplazable, de ese dispositivo cultural. Conviene recordar las sabias palabras de José Martí: “De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento”.

Argentina Vargas Llosa lamenta la victoria de Alberto Fernández

En su reciente entrevista concedida al diario *O Estado de Sao Paulo* el escritor volvió a repetir sus fatigosas letanías sobre la política latinoamericana asegurando que “los argentinos van a lamentar enormemente la derrota de Mauricio Macri”.¹ No solo eso: volvió a calificar como una “tragedia” el triunfo de Alberto Fernández y atribuyó esa —para él infausta— decisión de votar al Frente de Todos a una supuesta vocación suicida de los argentinos. Abundando en el tema afirmó que “esa vocación suicida es algo verdaderamente extraordinario, pues ya se sabe que todos los problemas actuales del país fueron causados por el peronismo”.

La verdad es que dudé mucho antes de sentarme a escribir una respuesta a sus dichos. Pero habida cuenta de que estas “ocurrencias” —ese producto semi-intelectual que debe diferenciarse de las “ideas”— del narrador adquieren una enorme difusión gracias a la acción concertada de la oligarquía mediática mundial me pareció que valía la pena saltar al ruedo y refutar su discurso. La confusión y el embrutecimiento que promueve en la opinión pública exige prontas respuestas a sus venenosos ataques.² Me concentraré en tres temas.

Primero, sería insólito o estúpido que los argentinos nos lamentásemos por la derrota de un gobierno que sumió en la pobreza al 40,8 por ciento

¹ La nota se publicó en *O Estado de Sao Paulo* el 22 de diciembre y se reprodujo horas después en lengua castellana en Clarín. Disponible en https://www.clarin.com/politica/mario-vargas-llosa-argentinos-van-lamentar-enormemente-derrota-mauricio-macri_0_42-G4vHQ.html

² Una refutación completa de sus artificios propagandísticos se encuentra en *El hechicero de la tribu* (Madrid, Buenos Aires, México: AKAL, 2019).

de la población y ha dejado al otro 35 por ciento apenas por encima de la línea de pobreza (LP), cosa que normalmente se soslaya en muchas intervenciones periodísticas y académicas. Como si el 60 por ciento restante “no pobre” estuviera constituido por sólidas clases medias o ricachones de abultada billetera. ¡No! Buena parte de ese conglomerado, lo conforman gentes que en cualquier momento se hundan por debajo de la LP. Con cierto optimismo podríamos aventurar que tal vez haya un 25 por ciento que no son pobres ni están en riesgo de serlo. Pero el resto camina sobre el filo de la navaja, apelando a diario a mil estrategias para evitar hundirse por debajo de la LP. Un dato adicional ilustra lo que decimos: seis de cada diez niños argentinos es pobre. Incurriría en el mal gusto de la reiteración si volviera a exponer aquí los archiconocidos datos sobre la crisis económica y la emergencia nacional en que nos ha dejado el gobierno de Macri: caída de los salarios reales y los haberes jubilatorios, impresionante número de pymes que cerraron sus puertas, derrumbe del PBI, tarifazos a destajo en los servicios públicos, inflación descontrolada y un fenomenal endeudamiento externo, vehículo para practicar una fuga de capitales sin precedentes que constituye una marca a fuego del carácter corrupto del gobierno de Cambiemos. La tragedia es la que hemos sufrido estos últimos cuatro años de gobierno de su amigo Mauricio, no la recién inaugurada gestión de Alberto Fernández cuyo signo en el sentir popular es la esperanza. En suma: ¡nada de lo que debamos lamentarnos!

¿Puede un hombre como Vargas Llosa ignorar datos tan elementales como estos? Imposible. Descartemos esa hipótesis. Sus críticas son expresión de la fanática obcecación de un converso o, peor aún, de alguien a quien le confirieron la misión de execrar todo lo que contraríe al paradigma neoliberal, aunque para ello deba mentir y barrer la realidad debajo de la alfombra.

Segundo, hay una afirmación que insulta la inteligencia de sus lectores cuando sentencia que todos los problemas de este país fueron “causados por el peronismo”. ¿Cómo desconocer que la Argentina padeció desde 1930 sucesivos golpes de Estado, todos los cuales tuvieron como signo distintivo la aplicación de los preceptos económicos del liberalismo? La dictadura de los años treinta tuvo esas características, como la de 1955 que abrió de par en par las puertas del país al FMI; la de 1966, pomposamente llamada “Revolución Argentina” promovió las ideas que el autor de *Tiempos recios* abraza con singular fervor. A las anteriores hay que sumar

la genocida junta del mal llamado “Proceso” que tomó por asalto el poder en 1976, dejó al país económica y socialmente deshecho, desapareció a 30.000 personas, alejó por décadas la posibilidad de recuperar las Islas Malvinas e hizo del neoliberalismo y su consigna principal: “achicar el Estado es agrandar la nación” el pilar de toda su política económica y social. Como si lo anterior fuera poco, un gobierno peronista travestido, el de Carlos S. Menem, adhirió a esa nefasta doctrina con fervor. Una estudiosa del tema comprueba que

en los cincuenta años transcurridos desde el ingreso de nuestro país al organismo [el FMI] en 1956 hasta el pago total por adelantado de la deuda pendiente desde la crisis de la convertibilidad en 2006, la Argentina estuvo bajo acuerdo [con el FMI] durante 38 años.³

A estos hay que añadir los dos años más en los cuales la directora Gerente del FMI, Christine Lagarde, se convirtió en la verdadera ministra de Economía del gobierno de Macri. Por eso nuestra decadencia económica y social se explica muchísimo más —por no decir en su totalidad— por esos cuarenta años de “co-gobierno” entre la Casa Rosada y el FMI que por los errores que, como cualquier otro gobierno, pudo haber cometido el peronismo en cualquiera de sus cambiantes concreciones históricas, el alfonsinismo de inicios de la reconstrucción democrática e inclusive la nefasta Alianza de finales del siglo pasado.

Tercero y último: alguna lectora o algún lector podría preguntar qué diantres tiene que ver Joseph Goebbels en todo este asunto. Respuesta: mucho, porque el autor de *La tía Julia y el escribidor* demuestra conocer muy bien las tácticas comunicacionales del ministro de Propaganda de Hitler (y doctor en Letras por la Universidad de Heidelberg, ¡ojo con la academia y los “hombres de letras”!). Una de las frases que resume el pensamiento del jerarca nazi dice textualmente que

la propaganda debe limitarse a un número pequeño de ideas y repetirlas incansablemente, presentarlas una y otra vez desde diferentes perspectivas, pero

³ Noemí BRENDA, *Argentina atrapada. Historia de las relaciones con el FMI 1956-2006* (Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2008).

siempre convergiendo sobre el mismo concepto. Sin fisuras ni dudas. De aquí viene también la famosa frase: “Si una mentira se repite lo suficiente, acaba por convertirse en verdad”.

Eso es precisamente lo que hace Vargas Llosa con la maestría que le otorga su dominio del lenguaje: manejar unas pocas ideas y repetirlas hasta la saciedad “sin fisuras ni dudas”. Como cuadra a todo fanático, su discurso está herméticamente sellado y los incómodos datos de la experiencia no hacen mella en la gruesa coraza de su ideología. Sus mentiras se repiten incansablemente, como aconsejaba Goebbels. La tenacidad militante de Vargas Llosa es admirable, lástima que esté al servicio del mal. Gracias al inmenso poderío de los medios de comunicación hegemónicos esas mentiras se convierten en verdades indiscutibles, o en un “sentido común” difícil de desafiar. Hacerlo es visto como un acto temerario, casi como un sacrilegio. Pese a ello su ensayística es una artificiosa construcción que se derrumba como un castillo de naipes ni bien se la contrasta con el análisis histórico o la elocuencia de las estadísticas. Por algo en los últimos cuarenta años solo en contadísimas ocasiones se lo ha visto debatir sus ideas, y casi siempre con benévolo interlocutores cuidadosamente seleccionados. Resumiendo: las afirmaciones contenidas en la entrevista que hemos analizado son pura y simple propaganda, imbuidas de un odio y un resentimiento que mucho dicen sobre la naturaleza de los tiempos que corren en donde el hundimiento del neoliberalismo es un dato absolutamente insoslayable que enfurece y ofusca la mente del escritor peruano. Tendrá que acostumbrarse.

Uruguay La reelección indefinida: vicio en el Sur, virtuosa en el Norte

Complicadas perspectivas para el Frente Amplio en el balotaje del próximo domingo. Las encuestas, en su totalidad, anticipan el triunfo de la alianza de la derecha liderada por Luis Lacalle Pou sobre Daniel Martínez, candidato del Frente Amplio. Los guarismos varían según los encuestadores: en un caso vaticinan una ventaja que oscila entre cuatro y ocho puntos porcentuales. A Martínez la va bien con la población joven (18-29 años) en donde obtiene una ventaja de diez puntos sobre su rival. La situación se empareja, aún con una leve ventaja para el frenteamplista, en la cohorte de 30 a 44 años, pero luego pierde por doce puntos en el grupo de 45-49 años y por veinte entre los mayores de 60. Dado que la pirámide demográfica del Uruguay revela un fuerte envejecimiento, estas diferencias pueden ser decisivas a la hora de los comicios. Pero sería un error asegurar hoy jueves que la elección del domingo ya está cerrada.

Quien haya visitado el Uruguay en estos días difícilmente percibiría en las calles la excitación que supuestamente produciría la inminencia de un balotaje trascendental. Esto porque lo que está en juego, a diferencia de las anteriores elecciones bajo el gobierno del Frente Amplio, es no solo un recambio del jefe de Estado, sino una radical reorientación del rumbo económico y social que seguirá el país en los próximos cinco años. La insatisfacción con el oficialismo ha sido muy eficazmente estimulada por el coro mediático que entona una sola melodía condenatoria de la gestión frenteamplista y que oculta impudicamente los logros de la gestión. Que hay problemas y que han quedado asignaturas pendientes es indudable y era previsible, pero que a lo largo de quince años esos gobiernos dieron pasos importantes en la construcción de una sociedad más justa, empoderada e inclusiva es un hecho indiscutible. Pero eso ahora no cuenta para amplias

frangas de la población que se ven inermes ante el bombardeo mediático y dan muestras de una suicida credulidad ante la artillería propagandística de la derecha. Algo asombroso para quien viene de la Argentina: los medios instalaron en uno de los países más seguros y tranquilos del mundo a la “inseguridad” como uno de los temas fundamentales de la campaña, fogueando las quejas en contra del gobierno por ese supuesto flagelo que hoy atribula al Uruguay. Sorprende también constatar cómo el desconocimiento o la desaprensión ante el holocausto social provocado por las mismas políticas que propicia Lacalle Pou en el vecindario: lo ocurrido en Argentina, Brasil y Chile no parece conmover a la opinión pública oriental.

El resentimiento en contra del Frente Amplio tiene como uno de sus manantiales la necesidad de dar lugar a una alternancia en el poder. ¡Lleva demasiado tiempo gobernando, es hora de “cambiar”, me dicen algunos! Con esa misma fórmula la Argentina se sumió en el marasmo en que se encuentra, pero poca gente aprende en cuerpo ajeno. Este argumento, el de las virtudes insuperables de la alternancia, jamás lo hemos escuchado de labios de Vargas Llosa y su troupe de repetidores para hostigar a Ángela Merkel, canciller de Alemania desde el 22 de noviembre de 2005 (dos meses exactos antes de que Evo Morales asumiera la presidencia del Estado Plurinacional de Bolivia) y que probablemente culmine, si no es reelecta, en 2021, cumpliendo dieciséis años de ejercicio continuado del poder; o para fustigar a Benjamín Netanyahu por sus diez años como primer Ministro de Israel y con miras a seguir un buen tiempo más. O los catorce años de Felipe González en la presidencia del gobierno de España, o los once años como primera Ministra de Margaret Thatcher. Pero lo que es aceptable y bueno en la “civilizada” Europa es malo y reprochable en la bárbara América latina, sobre todo cuando gobiernan fuerzas de izquierda.

Termino con una conjetura: si las encuestas han venido fallando en sus pronósticos en todos los países, y a veces con diferencias de hasta ocho o nueve puntos, ¿por qué pensar que las que anuncian la inexorable victoria de la derecha en Uruguay esta vez darán en el clavo? Puede ser, pero también podría haber una rotunda desmentida ciudadana. Porque a nadie se le escapa tampoco en este clima de apatía electoral que la coalición de la derecha es una verdadera “armada Brancalione” unida más por las perspectivas de apoderarse del botín estatal que por un proyecto coherente y beneficioso para ese país. Conviven allí sectores que se odian a muerte, que se repelen furiosamente, y que van desde militares fascistas, como Manini

Ríos, hasta liberales trasnochados, que todavía no aprendieron las lecciones de Chile, como el inefable Julio Sanguinetti. Como decía un poeta y cuentista que amaba el Uruguay, Jorge Luis Borges, a esa coalición no la une el amor sino el espanto. Y tal vez, en el momento en que uruguayas y uruguayos vayan a votar este domingo se den cuenta que no pueden entregar el país a un rejunte como ese y que, para colmo, los va a hacer transitar por un camino que termina en el desastre chileno, elogiado por décadas por Sanguinetti. Desastre que, huelga comentarlo, adquiriría en una economía mucho más frágil que la chilena, proporciones descomunales. Por eso, tal vez, el domingo a la noche podría haber una sorpresa en Uruguay.

Noviembre 21, 2019.



Brasil Lula entre rejas

Vargas Llosa no pudo contener la euforia que le produjo la noticia de la sentencia y encarcelamiento dictado por el juez Sergio Moro en contra de Luiz Inacio Lula da Silva, y volcó ese sentimiento en una de sus acostumbradas notas dominicales que publica *El País* de España.¹ Su escrito es un gesto que pinta con caracteres indelebles su odio y rechazo viscerales a cualquier proyecto emancipatorio, de izquierda e, inclusive, moderadamente reformista que se ensaye en nuestros países. Por desgracia, ese derrame bilioso del novelista hispano-peruano reverberará por toda América latina y el Caribe envenenando mentes y corazones de quienes, ingenuos e indefensos, son cautivados por la elegante prosa de Vargas Llosa y toman como verdades comprobadas sus embustes.

Fiel a sus pulsiones más profundas y a su visión maniquea del mundo, el vilipendiado Lula es contrapuesto con una figura ejemplar, la del juez que lo condenó. Así escribe que “gracias a la valentía de jueces y fiscales como Sergio Moro se está persiguiendo en Brasil la corrupción, el gran enemigo del progreso latinoamericano”. Tocando siempre de oído, porque el fatigoso trabajo de archivo y búsqueda de documentación no es su fuerte, afirma que Lula fue enviado a prisión no por las “buenas cosas que hizo durante su gobierno sino por las malas, y entre éstas figura, por ejemplo, la espantosa corrupción de la compañía estatal de Petrobras y sus contratistas”. Pese a que esto no pudo probarse, el novelista asegura que “entre las últimas acusaciones que se ciernen sobre su cabeza está la de haber recibido de la constructora OAS, a cambio de contratos públicos, un departamento de tres pisos en la playa de Guarujá (Sao Paulo)”.

¹ “Lula entre rejas” https://elpais.com/elpais/2018/04/13/opinion/1523620881_400713.html

Por supuesto que para Vargas Llosa es absolutamente irrelevante que jamás a lo largo del proceso el juez Moro hubiera podido comprobar que ese departamento pertenecía al ex presidente. Las críticas de numerosos juristas en Brasil y en el exterior han sido terminantes en relación con las gruesas arbitrariedades cometidas por el juez a lo largo del proceso, y más grave aún, al conocerse que éste se había puesto en contacto con el fiscal de la causa, Deltan Dallagnol, aconsejándole y dándole instrucciones a los efectos de orientar la investigación en una dirección que tornara inevitable el procesamiento y condena de Lula. De hecho, nunca aparecieron las pruebas pese a lo cual, al pronunciar su sentencia, Moro —invitado al menos en dos ocasiones para participar en los cursos de “buenas prácticas” que organiza el Departamento de Justicia de Estados Unidos en ese país— reconoció que no tenía las pruebas de que el ex presidente era culpable, pero tenía la convicción de que lo era. Y por eso, por su convicción, al estilo de la Inquisición, lo condenó a nueve años y medio de cárcel. Un caso típico de *lawfare* ardorosamente aplaudido por Vargas Llosa. Y una condena “largamente anunciada”, como lo estableció el profesor Afrânio Silva Jardim en su deposición ante el Comité de Derechos Humanos de la ONU, en 2016, en calidad de “testimonio calificado”. Dijo en esa oportunidad que

estoy convencido de que el expresidente Luiz Inácio Lula da Silva está “previamente condenado”. Contra él, se creó un “clima” de verdadera persecución, a través de investigaciones policiales y un proceso penal carentes de tipicidad penal y del mínimo de pruebas de conducta de autoría o participación en delitos. Como se acostumbra decir: seleccionaron al “criminal” y ahora están buscándole el crimen.²

Ninguno de los probados atropellos al debido proceso amilanó a Vargas Llosa que, cual intrépido autoproclamado cruzado de la libertad, no ahorró invectivas en contra de Lula. Tan grande son su ofuscación y el

² En Carol Proner, Gisele Cittadino, Gisele Ricobom y João Ricardo Dornelles, compiladores: *Comentarios a una sentencia anunciada. El proceso Lula*, disponible en la Biblioteca Virtual de CLACSO y accesible en: http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20180406015923/Comentarios_a_una_sentencia_anunciada.pdf, p. 278.

odio que le enturbia su visión que en su nota incurre en un gigantesco exabrupto, como decir que “Hay muchas gentes admirables en Brasil; grandes escritores como Machado de Assis, Guimarães Rosa ... Pero, si tuviera que escoger uno de ellos como modelo ejemplar para el resto del planeta, no vacilaría un segundo en elegir a Sergio Moro”-

Deshonor eterno para este sinvergüenza, porque es la calificación más suave que se me ocurre al leer la basura que ha hecho circular masivamente en contra del expresidente Lula y exaltando a un juez corrupto que violó todas las normas del debido proceso e impuso la cárcel a un inocente. La historia dará su veredicto y no me cabe duda de que cuando lo haga Vargas Llosa será el condenado, junto con su admirado Sergio Moro, y Lula será reivindicado.

PS: al momento de finalizar esta compilación, el 8 de marzo de 2021, un cable informa que el juez Edson Fachin, del Supremo Tribunal de Brasil, anuló todas las condenas por corrupción contra el expresidente Luiz Inácio Lula da Silva dentro del caso Lava Jato. Además, ordenó comenzar nuevamente la investigación en otros fueros, debido a la probada parcialidad de la Fiscalía y del exjuez y exministro Sergio Moro.³

³ Ver nota en: <https://www.pagina12.com.ar/328238-anulan-todas-las-causas-contralula>



Epílogo

La hipocresía democrática de un traidor

Confieso que, en las muy pocas ocasiones en que utilicé el vocablo “traidor” para referirme a Mario Vargas Llosa, siempre me invadió una ligera, aunque molesta, sensación de incomodidad. Estaba en presencia de un personaje veleidoso y narcisista como pocos. Había militado en el comunismo peruano en su adolescencia, luego saltó a la democracia cristiana y, tras el triunfo del Movimiento 26 de Julio, adhirió a la Revolución Cubana. En 1967 comienza un lento crepúsculo ideológico que, sin embargo, solo se convertiría en noche oscura después de 1971. Hasta esa fecha sus declaraciones públicas —la famosa entrevista con César Hildebrandt de mayo de 1971, incorporada a este volumen— en defensa de Cuba eran terminantes, me atrevería a decir ejemplares: “una sociedad más justa que cualquier otra sociedad latinoamericana”, es la síntesis de su valoración de la Revolución Cubana. Pero lo largo de esa década se produce una lenta y radical metamorfosis y se consuma su conversión al ideario neoliberal. Sus dos encuentros con Margaret Thatcher y Ronald Reagan dejaron huellas profundas en su conciencia, marcando un antes y un después en su vida política.¹

No obstante, hay un hecho traumático que desencadena su odio, su resentimiento y su furia contra cualquier actor o proceso con signo izquierdista: el repudio de sus compatriotas, que se inclinaron a favor de Alberto Fujimori en la crucial elección presidencial peruana de 1990. Durante buena parte de esa campaña electoral, Vargas Llosa aparecía en todos los sondeos con amplia ventaja en las preferencias populares. Sus rivales

¹ A quienes estén interesados en este tema, los remito a *El hechicero de la tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina* (Madrid/Buenos Aires/México: AKAL, 2019).

más próximos eran el aprista Luis Alva Castro y, bastante más lejos, dos figuras de la izquierda: Henry Pease García y Alfonso Barrantes. Mucho más abajo, en el desesperanzado pelotón del 1% figuraba un ignoto ingeniero agrónomo peruano-japonés, Alberto Fujimori. Sin embargo, este comenzó a separarse del resto, y a un mes de las elecciones ya contaba con el apoyo del 10% de sus conciudadanos. En las últimas dos semanas su crecimiento fue astronómico y, cuando se contaron los votos de la primera vuelta, logró colarse al balotaje alcanzando un absolutamente inesperado 29% de los votos, contra un 33% del escritor. Eso fue apenas el “vestíbulo del infierno”, para utilizar palabras de Dante Alighieri, porque Vargas Llosa descendería sin retorno al averno el 10 de junio de 1990, cuando en el balotaje el “chinito” (así se refería despectivamente el escritor a su oponente) le propinó una paliza inolvidable cosechando el 62% de los votos y consagrándose presidente del Perú. Poco tiempo después, Vargas Llosa abandonaba el país, se instalaba en Madrid y, ante la posibilidad de que los rumores que aseguraban que Fujimori le quitaría la nacionalidad peruana fuesen verdaderos, optó por conseguir la nacionalidad española. Después de eso lo colmaron de honores, dinero, el Nobel, el marquesado, pero su resentimiento contra las peruanas y los peruanos que acabaron con sus ambiciones presidenciales no haría sino crecer y agriarse con el paso del tiempo.

Durante los siguientes 31 años el escritor fue un enemigo acérrimo de Fujimori, quien cumple en la actualidad 25 años de cárcel por delitos cometidos durante su mandato como presidente. Las acusaciones del escritor eran terribles. Dictador era el dardo más suave que le arrojaba; corrupto; ladrón; mafioso; padre de una Constitución que facilita el despotismo y ahoga la democracia y las libertades. La hija de Fujimori, Keiko, que deberá enfrentarse a Pedro Castillo en la segunda vuelta electoral, no quedó a salvo de las invectivas del novelista: participó, “de manera muy directa, beneficiándose de la dictadura, y está acusada por el Poder judicial de haber lucrado con la Operación Lava Jato, de la que habría recibido dinero, por lo cual el Poder Judicial ha pedido para ella treinta años de cárcel”.² No

² Publicada el 19 de abril de 2019 en el periódico mexicano *Crónica*. Disponible en https://www.cronica.com.mx/notas-asomandose_al_abismo-1183822-2021 Salvo indicación en contrario todas las citas siguientes proceden de esta nota.

solo esto. Como lo recuerda Diego Salazar en un artículo publicado por el *Washington Post*, en el Perú “llevamos casi dos décadas escuchándolos (al escritor y a su hijo Álvaro) decir cosas como: ‘Yo por (Keiko) Fujimori no voy a votar nunca. Creo que sería deshonoroso que los peruanos reivindicaran una de las dictaduras más atroces que hemos tenido’”.³ Pese a estas circunstancias, que lo impulsaron a “combatir al fujimorismo de manera sistemática”, Vargas Llosa se hunde sin falsos escrúpulos en la deshonor y aconseja que, en las próximas elecciones, “los peruanos deben votar por Keiko Fujimori, pues representa el mal menor y hay, con ella en el poder, más posibilidades de salvar nuestra democracia, en tanto que con Pedro Castillo no veo ninguna”. En principio, no se trata de un cheque en blanco, porque el escritor necesita salvar las apariencias estableciendo una serie de condiciones —que sabe que Keiko no cumplirá— para apoyar a la hija del dictador. Así, exige que

se comprometa, en nombre de estas libertades públicas que dice defender ahora, a respetar la libertad de expresión, a no indultar a Vladimiro Montesinos, responsable de los peores crímenes y robos de la dictadura, a no expulsar ni cambiar a los jueces y fiscales del Poder Judicial, que han tenido en los últimos tiempos una actitud tan gallarda en defensa de la democracia y los derechos humanos, y, sobre todo, a convocar a elecciones al término de su mandato, dentro de cinco años.

Volviendo al autor de *La Divina Comedia*, hay que recordar que Alighieri reservó el círculo más gélido y lacerante del infierno a los traidores. El castigo que sufren en el noveno y último círculo es más doloroso que el de todos los demás; su pecado es superlativo, no solo imperdonable. En el caso de Vargas Llosa, habría que hablar de una insalubre propensión a la traición. Hoy reitera la misma actitud y quienes se sentían representados por sus feroces críticas y diatribas en contra del fujimorismo ahora leen, pasmados, que ante la “amenaza” de un triunfo de la izquierda, se pasa de bando con total impudicia y erige a la tan odiada y corrupta Keiko Fujimo-

³ Cf. Diego Salazar, “El extraviado antifujimorismo de Vargas Llosa”, en *Washington Post*, 25 abril 2021, <https://www.washingtonpost.com/es/post-opinion/2021/04/25/mario-vargas-llosa-elecciones-peru-2021-fujimori/>

ri como una suerte de Juana de Arco que salvaría la democracia en el Perú, mortalmente amenazada por el posible triunfo del maestro Pedro Castillo. Con esta piroeta el novelista consume una doble traición: la originaria, a la izquierda, pero la actual, a quienes denunciaron o sufrieron los rigores de la dictadura y los crímenes del fujimorismo.

No conforme con el escándalo de su nueva traición, cinco días más tarde, en una entrevista concedida a la revista *Caretas*, de Lima, el escritor lanzó una envenenada advertencia. A los ojos de la derecha peruana y latinoamericana solo puede ser descifrada como una solapada exhortación a apoyar un golpe de Estado, porque declaró que “si Castillo gana la segunda vuelta y establece el modelo cubano, no se puede descartar un golpe militar de derecha”.⁴ Arroja, de ese modo, los escasos restos de su dignidad política y personal a los perros. Vargas Llosa no solo se lanza a los brazos del fujimorismo sino que, preventivamente, abre las puertas para considerar al “golpe militar” como un desenlace probable y para nada aberrante en el marco de una democracia. Peor aún, con su declaración, el escritor “naturaliza” y legitima una posible ruptura del orden constitucional, llamada a “corregir” el error de los peruanos al votar a Castillo, y lanza un globo de ensayo para que sus compinches, en Perú y en el imperio, midan la respuesta de la sociedad ante tal eventualidad. Con su actitud, Vargas Llosa confirma ese viejo *dictum* de la política latinoamericana que asegura que un fascista es un liberal asustado y que, sumido en el temor, se ha liberado de sus escrúpulos morales y es capaz de cualquier cosa. ¡Qué desgracia que un gran escritor como él se acerque al final de sus días hundido en las cloacas de la historia, clamando que sus otrora repudiados “espadaones, matones, soldadotes, caudillos bárbaros” tomen el poder por asalto para impedir el triunfo de un candidato de izquierda, o desalojarlo del gobierno en caso de que hubiera legítimamente llegado al Palacio Pizarro! ¿Y la democracia? ¡Bien, gracias, pero solo si el pueblo vota “correctamente”! En caso contrario, allí están los militares para corregir lo que la ciudadanía hace mal. Horrible involución de un fino escritor convertido en un ideólogo repugnante, como el peor de los malvados que protagonizan sus novelas.

⁴ Revista *Caretas*, 24 abril 2021, en <https://caretas.pe/politica/mario-vargas-llosa-no-descarta-la-posibilidad-de-un-golpe-de-estado-si-gana-pedro-castillo/>

Post scriptum

Cuando este libro se encontraba en la fase final de su edición, aparecieron varias declaraciones de Vargas Llosa comentando los resultados del primer turno de las elecciones presidenciales en Perú, en las que se impuso un candidato de izquierda, el maestro Pedro Castillo, mientras que Keiko Fujimori llegaba en segundo lugar. Quienes seguimos de cerca el pensamiento y las opiniones del novelista peruano sabíamos que más pronto que tarde iría a expresar su disgusto por el veredicto de las urnas. Pero nadie creía que su fanatismo lo llevaría tan lejos como para manifestar su temprano y rotundo apoyo a la candidatura de Keiko Fujimori, objeto —al igual que su padre— de las más biliosas críticas que jamás formulara contra dirigente político alguno. Para colmo de males, apenas unos días después dio a conocer unas declaraciones en las cuales contemplaba como algo normal y natural que, ante el riesgo de un triunfo de Castillo, los militares peruanos pudieran perpetrar un golpe de Estado. En lugar de escandalizarse ante tal eventualidad, transmitió más bien la impresión de ser un sigiloso llamado a las fuerzas armadas para que irrumpieran en la escena política con un “golpe preventivo” para evitar que, según decía, el Perú se convirtiera en una nueva Cuba, Venezuela o Nicaragua. Debido a eso escribí una nota que ha sido incorporada como epílogo de este libro, porque la gravedad de las expresiones de Vargas Llosa, no solo en relación con el Perú, sino toda América latina, no podían ser pasadas por alto.

Buenos Aires, 27 de abril de 2021.



El sueño del marqués. Mario Vargas Llosa, una pluma al servicio del imperio
Se imprimió en el mes de octubre de 2021
en la Imprenta Bicentenario
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 2.000 ejemplares

